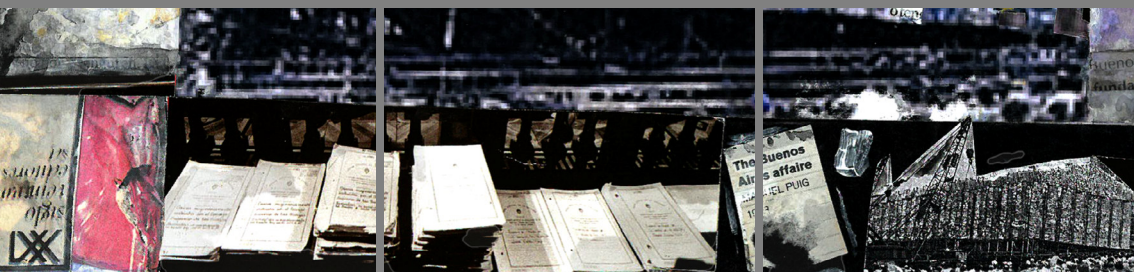


# A resguardo

Testimonios de ocultamiento y  
destrucción de libros y otras  
especies peligrosas



Comps.

Elena Vinelli | Yael Tejero Yosovitch | Laura Kaplan



OBRAS  
COLECTIVAS  
SOBRE RESULTADOS/  
AVANCES DE  
INVESTIGACIÓN



# **A resguardo**

**Testimonios de ocultamiento y  
destrucción de libros y otras  
especies peligrosas**



# A resguardo

## Testimonios de ocultamiento y destrucción de libros y otras especies peligrosas

### **Comps.**

Elena Vinelli | Yael Tejero Yosovitch | Laura Kaplan

### **Autoras y autores**

Carolina Bartalini

Laura Kaplan

Iván Mantero Mortillaro

Leticia Otazúa

Andrea Quiroga

Elena Vinelli

Yael Tejero Yosovitch



A resguardo : testimonios de ocultamiento y destrucción de libros y otras especies peligrosas / Elena Vinelli ... [et al.] ; Compilación de Elena Vinelli ; Yael Tejero Yosovitch ; Laura Kaplan. - 1a ed. - Florencio Varela : Universidad Nacional Arturo Jauretche, 2025. Libro digital, PDF - (Obras colectivas sobre resultados / avances de investigación ; 23)

Archivo Digital: descarga  
ISBN 978-631-6788-02-3

1. Dictadura Militar. 2. Represión. 3. Violencia Institucional. I. Vinelli, Elena II. Vinelli, Elena, comp. III. Tejero Yosovitch, Yael, comp. IV. Kaplan, Laura, comp.  
CDD 982

Secretaría de  
Investigación y  
Vinculación Tecnológica

Dirección de  
Gestión de la  
Investigación

 Universidad Nacional  
**ARTURO JAURETCHÉ**

Rector: Dr. Arnaldo Medina

Vicerrector: Ing. Miguel Binstock

Secretaría de Investigación y Vinculación Tecnológica: Dr. Patricio Narodowski

Dirección de Gestión de la Investigación: Mg. Dolores Chiappe

Ilustración de Tapa: *Partenón de los libros prohibidos* (2024), collage de Elena Vinelli en reconocimiento a *El Partenón de libros* (1983), de Marta Minujín.

1ª edición, noviembre de 2025

© 2025, UNAJ

Av. Calchaquí 6200 (CP1888)

Florencio Varela Buenos Aires, Argentina

Tel: +54 11 4275-6100

editorial@unaj.edu.ar

www.editorial.unaj.edu.ar

Este libro fue seleccionado, con referato externo, en la Convocatoria de Obras Colectivas 2023, realizada por la UNAJ.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.  
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina (CC BY-NC-ND 2.5 AR)  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

**Agradecimientos**..... 9

**Introducción**

Elena Vinelli..... 15

**Capítulo 1. Dos. Entrevista a Isabel Vassallo**

Laura Kaplan..... 33

**Capítulo 2. “Quédense acá, que en algún momento pueden servir de guía para alguien”. Entrevista a Res (Raúl Stolkiner)**

Yael Tejero Yosovitch..... 55

**Capítulo 3. Con una pala de punta. Entrevista a Ciro Annicchiarico**

Elena Vinelli..... 73

**Capítulo 4. El único héroe posible es el héroe colectivo. Entrevista a Guillermo “Cuco” Ñáñez**

Andrea Quiroga ..... 93

**Capítulo 5. Memorias en papel carbónico. Entrevista a Silvia Mortillaro**

Iván Mantero Mortillaro..... 107

**Capítulo 6. La casa de los libros. Entrevista a Nelly Jara**

Leticia Otazúa ..... 137

**Capítulo 7. El camino secreto de las cajas. Entrevista a Carlos Custer**

Yael Tejero Yosovitch ..... 161

**Capítulo 8. Lydia. Entrevista a Lydia Helander**

Andrea Quiroga..... 183

**Capítulo 9. “Yo, los archivos, los vi”. Entrevista a Eugenia Cabral**

Iván Mantero Mortillaro ..... 197

**Capítulo 10. Enterrados y desenterrados: la memoria revelada del peronismo. Entrevista a Jorge Gusman**

Elena Vinelli ..... 211

**Capítulo 11. Autoentrevista. *Parla che ti fa bene***

Elena Vinelli ..... 235

**Donde hubo libros, cenizas quedan. Un epílogo *A resguardo***

Yael Tejero Yosovitch y Carolina Bartalini ..... 253

**Referencias bibliográficas** ..... 277

**Autoras y autores** ..... 283

## Agradecimientos

Si fue posible escribir este libro, lo fue, en primer lugar, gracias a las personas que testimoniaron confiando en nuestra invitación a rememorar las páginas no escritas de sus historias, a volver a cursarlas, a dejarse atravesar por ellas por segunda vez. La memoria palpita en las palabras de Isabel Vasallo, Res, Ciro Annicchiarico, Guillermo “Cuco” Nãñez, Silvia Haydeé Mortillaro, Nelly L. Jara, Carlos Custer, Lydia Helander, Eugenia Cabral y Jorge Gusman.

Agradecemos asimismo a Alejandra Oberti y a Nancy Lucero, por la cálida confianza al recibirnos en el Archivo Oral de Memoria Abierta, facilitarnos sus saberes, experiencias, instrumentos, bibliografía, sus consejos y su apoyo a la hora de empezar a enunciar el proyecto de investigación presentado en la UNAJ.

A Horacio Tarcus, del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas, que nos estimuló a desarrollar el proyecto al momento de confirmarnos que no existía en Argentina un archivo específico en esta temática. Nos ofreció su tiempo, su espacio y su testimonio que figura en el repositorio de la universidad, el primero en ser editado y publicado con formato de entrevista en la revista *Cuarenta Naipes*, 2, de la Universidad Nacional de Mar Plata.

A quienes vinieron a transmitir sus saberes y experiencias en *las IV Jornadas del Taller de Lectura y Escritura* del Instituto de Estudios Iniciales de nuestra universidad, en octubre de 2017: Alejandra Oberti, Claudia Bacci, Malena Velarde, Amparo García, Liliana Barela, Adriana Echezuri y Silvana Luverá.

A María Elena Ques, que nos facilitó notas periodísticas por entonces inhallables, que hemos citado en este libro. A Marcela Castro, por su disponibilidad ante nuestras urgidas consultas. A Mariana Podetti por su lúcida lectura de ciertas secuencias del libro. A Cecilia Sagol, Daniela Rovatti, Virginia Ruano, Nina Gerasi y Patricia Somoza, por la generosidad y el aliento que recibimos del grupo “Ávidas contertulias” que todas ellas conforman.

A Mónica Bueno y a Patricia Somoza, por el trabajo compartido años atrás, en el marco de las investigaciones que delinearon nuestra tarea actual.

A Nacho Custer y a Aldana Ursino por permitirnos consultar los libros recuperados por Carlos Custer. A Aníbal Ernesto Benítez, porque gracias a él y a su traducción del ruso, pudimos acceder a la información editorial de algunos de esos libros.

A Miguel Vedda, por su disponibilidad para responder nuestras consultas.

A la orientación y dedicación de las artistas Érica Selinger y Clara Ithurralde en el proceso de producción y edición del collage de la imagen de tapa. A la artista de artistas, Marta Minujín, por regalarnos la foto citada en la ilustración.

A nuestra Casa de Altos Estudios, la UNAJ, por la excelente predisposición para abrirnos alternativas y alentarnos

en la investigación: a Carolina González Velasco y a todo el equipo del Instituto de Estudios Iniciales (IEI); a la disposición y calidez de Mirta Amati, del Área de Investigación; a Martín Sozzi y a las y los colegas del Taller de Lectura y Escritura (TLE); al Programa de Estudios Latinoamericanos (PEL); a la Secretaría de Investigación y Vinculación Tecnológica y a la Editorial UNAJ. Agradecemos, asimismo, a quienes, de un modo u otro, facilitaron nuestra tarea, a veces sin saberlo, a veces sin que sepamos sus nombres porque han estado detrás de un escritorio redactando convocatorias, respondiendo preguntas, evaluando proyectos, haciendo informes, en definitiva, moviendo los hilos invisibles que habilitan el funcionamiento institucional.



El libro se abre.

Leer vuelve a abrir el pasaje hacia la vida, el pasaje por donde pasa la vida, la súbita luz que nace con el nacimiento.

Leer descubre la naturaleza, explora, hace surgir la experiencia en la palidez del aire, como si nacióramos.

Pascal Quignard, *El hombre de las tres letras* (2023, p. 11)

Parecen dibujos,

Pero dentro de las letras están las voces.

Cada página es una caja infinita de voces.

Mia Couto, *Trilogía de Mozambique* (2024, p. 131)

Un libro desaparecido es un libro que se sigue escribiendo, deja de preservar el contenido de sus páginas para dar lugar a la memoria sobre los hechos que llevaron a su destrucción.

Gabriela Halac, *Leer y escribir* (2017, p. 67)



# Introducción

*Elena Vinelli*

Los libros no son más que metáforas del cuerpo.  
Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano* (1996, p. 153)

En 1976, un adolescente de unos 14 años, casi un chico, ve el humo y oye el crepitar de las hojas encendidas en una fogata de libros quemados por sus vecinos a campo abierto. *Libros censurados por la dictadura*, le dicen. No lo olvidará. Esa visión se resuelve en su pasión por la lectura: se hace lector de libros prohibidos. En 2014, Guillermo Ñáñez, ya adulto, es el principal referente de Derechos Humanos del municipio de Florencio Varela.

El periodista y escritor riojano Daniel Moyano es detenido el 25 de marzo de 1976. Al mismo tiempo, secuestran sus libros de las librerías de su provincia y los queman. Un amigo, sacerdote, le advierte a la esposa de Daniel que es peligroso que una requisita halle el manuscrito de la novela que Moyano acababa de concluir, *El vuelo del tigre*, y lo entierran en la huerta de su casa. Después de dos meses de cautiverio y amenazas, intiman al escritor a abandonar La Rioja. Parte a Barcelona con su familia el 24 de mayo. Ya en el exilio, no atina a tomar la lapicera hasta que decide

reescribir o reinventar aquella primera versión manuscrita, que nunca recupera, y la publica en Madrid en 1981.<sup>1</sup>

El origen de este libro está en los testimonios de quienes vivieron historias como estas.

Sabíamos, antes de iniciar la investigación, que miles de personas en nuestro país habían escondido o quemado libros, discos, películas, documentos en el transcurso de la última dictadura militar (1976-1983) y nos propusimos recuperar los relatos sobre esas pérdidas para preservar la memoria personal y social de ese entonces.

En 2017, en la Universidad Nacional Arturo Jauretche, conformamos el grupo de investigación *Voces de la Memoria*<sup>2</sup> con el propósito de abrir un espacio que permitiera hacer oír las voces que fueron silenciadas en la dictadura para que rescataran la memoria de sus vivencias y que estas no se perdieran ni fueran olvidadas. Difundimos de boca en boca nuestro propósito y

---

<sup>1</sup> Cfr. Maristany, J. (1994) El vuelo del tigre: una contestación doblemente marginal, *Letras*. 29-30. Cfr. Graham-Yooll, A. (26 de junio de 2005) Un artista de variedades, *Página 12, Radar Libros*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-1623-2005-06-26.html>

<sup>2</sup> El grupo estuvo constituido por investigadores docentes y alumnas, y por investigadoras externas a la UNAJ: Elena Vinelli, Carolina Bartalini, Yael Tejero Yosovitch, Laura Kaplan, Martín Biaggini, Andrea Quiroga, Iván Mantero Mortillaro, Andrea Vilariño, Leticia Otazúa, Pablo Castro, Estefanía Sandoval, Javier Ferretti, Patricia Medina, Silvana Aiudi, Judith Slodky, Nadia Paz, Mónica Bueno, Natalia Vinelli, Vanesa Cotroneo, Verónica Estay Stange y Anahí Molina; que fueron partícipes del desarrollo de uno o de ambos proyectos: “Testimonios del ocultamiento y destrucción de libros y otros objetos culturales, en la Argentina dictatorial (1976-1983)”, Unaj Investiga 2017 (2018-2020) y “*Voces de la Memoria*: archivo y testimonios de ocultamiento y destrucción de libros y otros objetos culturales en la última dictadura cívico militar”, UNAJ Investiga 2020 (2021-2023).

fuimos reconociendo a quienes se interesaban en narrar lo que les había pasado: amigas y amigos, docentes, parientes de nuestros conocidos, personas de nuestros barrios y del territorio aledaño al predio de la universidad, institución que alojó nuestros proyectos de investigación.

Hicimos una serie de entrevistas: este libro plasma por escrito, desde la visión de los entrevistadores, algunos de los relatos de quienes dieron su testimonio a través de entrevistas orales que filmamos y resguardamos en el Repositorio Institucional Digital de la Universidad (RID-UNAJ), con el objetivo de conformar un archivo audiovisual de la memoria. Haciendo nuestro el epígrafe de Mia Couto, podríamos afirmar que los testimonios que escrituramos para este libro *parecen dibujos, pero dentro de las letras están las voces. Cada página es una caja infinita de voces.*

Sin los testimonios de quienes ofrecieron relatar sus historias y sin el andamiaje que la universidad nos facilitó, este libro no existiría: vaya nuestro más profundo agradecimiento a la Universidad Nacional Arturo Jauretche y a las personas que compartieron sus relatos.

## **De los años setenta**

Como ustedes saben -me refiero, sí, a quienes están leyendo-, en la Argentina de los años setenta también se cumplió la advertencia de Heinrich Heine, de 1821, acerca de que quienes queman libros acaban quemando personas. Solo que los hechos sucedieron en orden inverso, pero también en forma simultánea: por un lado, desde fines de 1974 y durante 1975, creció la actividad represiva estatal en conflicto con numerosas organizaciones de

izquierda, por ejemplo, con Montoneros<sup>3</sup> y con el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). En paralelo, las fuerzas parapoliciales –entre las que se destacaba la Triple A<sup>4</sup>– habían intensificado su campaña de secuestros, atentados, desapariciones y asesinatos en la vía pública. El conflicto se agudizó en 1975, con la sanción de los decretos presidenciales que otorgaron a las Fuerzas Armadas la dirección de las acciones contra las organizaciones político-militares en nombre de la “seguridad interna”.

Por otro lado, como fue demostrado por múltiples juicios y fallos judiciales, el golpe de Estado cívico-eclesiástico-militar del 24 marzo de 1976 implementó desde el primer día un plan sistemático de secuestros, torturas y desaparición de personas que se correspondió con un plan, también sistemático, de destrucción y desaparición de objetos simbólicos, plasmado en la quema de libros y la persecución de personas vinculadas a la cultura: lectores, libreros, impresores, editores, escritores, músicos, actores, cineastas, artistas plásticos... Con inusitada perversidad, en la “pecera” de la Escuela de Mecánica de la Armada (hoy, Museo Sitio De Memoria ESMA, Ex Centro de detención, tortura y exterminio), el gobierno de facto expuso los libros secuestrados de los hogares de los detenidos-desaparecidos, que eran obligados a hacer trabajo esclavo en ese mismo sitio: reconocerlos como

---

<sup>3</sup> Montoneros era una organización peronista asociada a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP).

<sup>4</sup> La Alianza Anticomunista Argentina (Triple A o AAA) es la organización terrorista paramilitar de ultraderecha creada por el Ministro de Bienestar Social de Juan Domingo Perón y de María Estela Martínez de Perón, José López Rega, que actuó durante los gobiernos de aquellos, entre 1973-1976.

propios era el modo de enterarse de que habían violado y desvalijado sus domicilios familiares.

## **Del silencio**

Durante los años de la dictadura, las historias que nos ocupan habían sido silenciadas. Ya en democracia, varias personas empezaron a narrarlas en íntimos espacios privados, aunque no siempre. Algunas no podían ni hablar de aquellos sucesos, a otras les parecían hechos nimios en comparación con las torturas y desapariciones de personas perpetradas por el Estado. En las entrevistas, hubo quien nos dijo que nunca había contado, *ni a sus nietos*, los episodios que estaban narrando. Una pareja nos comentó, fuera de cámara, que sus hijos no sabían que entre la actual biblioteca metálica y la pared de la casa en la que se habían criado, casi inaccesibles, estaban sus libros todavía ocultos desde hacía más de cuarenta años. Hubo quien los buscó y los recuperó, quien los dio por perdidos, quien halló una masa informe, quien hizo una película con los rollos filmados, enterrados y desenterrados.

¿La censura engendra autocensura en las personas perseguidas? La autocensura se vincula con la apropiación del ideario del censor. En términos reductivos: “No leo, no miro, no escucho, no deseo y huyo de lo que ha sido tachado de inmoral o políticamente indeseable”. En cambio, las acciones de las personas entrevistadas orientadas a deshacerse de materiales fueron más bien actitudes urgentes motivadas por el terror imperante - amenazas, persecuciones, razias, secuestros, asfixia, exilios, desapariciones- o por advertencias de allegados. Ciertamente, muy pocas personas manifestaron un sentimiento de culpabilidad

por esconder libros o por haberse visto en la obligación de cumplir órdenes de “purga” de libros prohibidos en las bibliotecas escolares: lo hicieron para proteger a bibliotecarios, a personal escolar, a empleados o a sí mismos, como el caso del Centro Editor de América Latina (CEAL), en el que algunos empleados destruyeron libros después de que la represión dictatorial secuestrara y quemara un millón y medio de ejemplares de esa editorial, varios de cuyos redactores, traductores y asesores ya habían desaparecido en 1974.

Nuestra dictadura se caracterizó por la censura y la privación de la palabra impresa y oral, incluso de la postura, el aspecto corporal o la vestimenta de personas tachadas por ello de sospechosas. Eni Orlandi (2007, p. 101), en su estudio situado en la dictadura brasileña de los años sesenta, retoma la temática del *silencio de la opresión* de Michel de Certeau, y afirma que la censura es la interdicción de la inscripción del sujeto en determinadas formaciones discursivas que han sido prohibidas para impedir que el sujeto sostenga un discurso-otro. Afirma así que la censura es un hecho producido por la “Historia”; pero que el silencio, en esas coyunturas, funciona como acto de resistencia para sobrevivir en situaciones de opresión. El silencio, entonces, pero particularmente las escenas de despojamiento de materiales culturales se revelan como acciones de oposición al poder, por parte de quienes escondieron o destruyeron materiales culturales sea para salvarlos y/o salvar la propia vida, la de familiares o allegados, con o sin posibilidad de recuperarlos.

El deseo de recobrarlos obedecía al interés en lo que esos objetos “decían” o por lo que significaban para ellos; porque los libros, los fantasmas o los seres filmados o fotografiados eran

parte de su vida o de sus proyectos. Como veremos, hubo quienes no estuvieron dispuestos a deshacerse de lo que consideraban había sido su vida hasta ese entonces y proyectaron recuperar los objetos escondidos para hacer “algo” con ellos, aunque no supieran qué. Se trata de objetos investidos de afectividad, tanto en relación con el color o la imagen de la cubierta de libros y discos, con su diseño editorial, como en relación con su contenido. Libros que encarnan el derrotero de historias personales y sociales, que muchas veces son, en sí mismos, testimonio e imagen viva de quienes habían sido sus portadores desaparecidos.

Una de las hipótesis de la investigación se refería a que los libros, las canciones, las películas, las imágenes pictóricas... están íntimamente ligadas a las historias de vida. Fue esta, justamente, una impronta persistente en los enunciados de las personas entrevistadas: el cuerpo de los libros y el recuerdo de las lecturas trazan una cartografía de la memoria. En este sentido, resulta relevante el párrafo inicial del libro *El hombre de las tres letras*, de Pascal Quignard (2023):

Amo los libros. Amo su mundo. Amo estar en la nube que forma cada uno de ellos, que se eleva, que se estira. Amo proseguir su lectura. Siento excitación al recobrar su peso leve y su volumen dentro de mi palma. Me gusta envejecer en su silencio, en la larga frase que pasa ante los ojos. Es una orilla emocionante, apartada del mundo, que se abre al mundo (p. 9)

Son también significativas las expresiones de la familia cordobesa Gerchunoff, que, aterrorizada, había emparedado su biblioteca cuando secuestraron al padre, militante del PC, y lo

mantuvieron prisionero durante años: “Emparedados, quedaron, como miles de voces que no eran de hombres desesperados sino poetas, escritores, pensadores, a los que mis padres admiraban y de los que habían aprendido...” (Gerchunoff, 2016). Sus hijos pequeños empezaron a pasar hambre al hacerse cargo de la casa, ante la depresión en la que sucumbió su madre. Treinta años después, en una casa que ya no era de ellos, consiguieron permiso para tirar la pared abajo y recuperar la biblioteca:

El albañil golpeaba a maza y cincel y de pronto el grito “¡Acá están los libros!”. Todos empezamos a gritar, a reír, a festejar, a abrazarnos y a llorar como si hubiésemos llegado a la cima de nuestras vidas. Los alemanes Marx y Engels respiraron de nuevo. Mi sobrino Pablo abrazaba *El Capital* como si quisiera incrustárselo en el pecho. Fuimos bajando de a tandas unos 500 libros, revistas del Partido Comunista y la que consideramos ahora la joya de nuestra biblioteca recuperada: las *Odas* de Pablo Neruda que el propio Premio Nobel le había dedicado a mi papá en un paso que el poeta hizo por Córdoba. También reencontramos nuestros libros infantiles, como *Un elefante ocupa mucho espacio*, de Elsa Bornemann. Un libro de latín de uno de mis hermanos que iba al Monserrat, y hasta las *Memorias* del General Paz. Sacudí la cabeza y miré a los chicos y sentí que la vida estaba toda ahí, con nosotros. Y fui feliz (p. 70).

De hecho, los testimonios recabados ampliaron nuestra previsión sobre la variedad de materiales de los que se habían

despojados: libros, discos, películas, documentos, panfletos, pero también ropa y tarjetas postales.

Las tácticas de despojamiento de objetos también fueron diversas: destruidos por enterramiento, emparedamiento, quema en parrillas, incineradores o baldíos. Escondidos dentro de ladrillos huecos, de depósitos de agua, debajo de juguetes o en sitios supuestamente inaccesibles como sótanos y embutes en baldíos o grutas. Fueron camuflados: los forraron o sustituyeron sus tapas, les arrancaron las páginas que daban cuenta de su proveniencia editorial. Fueron abandonados en canales, en estaciones de servicio, en calles despobladas, en colectivos o trenes, en algunos casos con la idea de que alguien los levantara y los leyera; fueron donados, regalados, entregados a conocidos, a archivos, a bibliotecas privadas, a insospechables mujeres jubiladas. Fueron también objetos circulantes, trasladados de un lado a otro: de una editorial a otra, de una casa a una librería o al campo. Incluso, algunos aparecieron luego de realizar itinerarios y periplos desconocidos.

Fueron o son objetos auráticos que conformaron el patrimonio cultural material e inmaterial de la ciudadanía de los que hubo que despojarse como forma de resistir frente a la represión ejercida por un Estado criminal. Para los censores de todos los tiempos, son objetos “indignos de ser deseados”; pero no haremos aquí una historia de la censura, sino que “escucharemos” historias personales de resistencia.

## De la oralidad a la escritura

Persuadidos por la afirmación de Irene Vallejo, acerca de que “sin libros, las mejores cosas de nuestro mundo se habrían esfumado en el olvido” (2023, p. 397), nos propusimos preparar este libro de testimonios, partiendo de un corpus de entrevistas audiovisuales que produjimos con la idea de hacer conocer las historias de vida de la ciudadanía relacionadas con los episodios en los que se deshicieron de materiales culturales, indisociables del modo en que incidió el terror, la represión, la censura, así como considerar y revalorizar la relación entre historia social y biografía, en su dimensión colectiva.

¿Qué mejor que el formato libro para plasmar la experiencia biográfica de quienes se vieron obligados a deshacerse de los propios? ¿Cómo diseñar la enunciación de los testimonios originales retomándolos, narrándolos, citándolos desde la perspectiva de quienes habían obrado como entrevistadores? ¿Cómo entretener el soplo de la voz de cada relato oral, su emotividad, su modulación, la gestualidad de los cuerpos presentes y, en ocasiones, las lágrimas, en inscripciones, letras, palabras, frases, páginas escritas o impresas? ¿Qué tonos se nos fugarían y qué visiones adjudicaríamos a lo que fue o no fue dicho? Tal como la cámara que filmó los testimonios, la escritura de quien ha entrevistado no deja de ser una lectura: elige qué contar, cómo narrarlo, qué citar, qué recursos narrativos utilizar, priorizando una ética de lectura que respete la voz de quien ha testimoniado.

Considerando esas instancias, nos propusimos utilizar la metodología de trabajo de los talleres de lectura y escritura para

abordar la tarea de la transposición de los testimonios orales a los relatos escritos. De ese modo, inauguramos un espacio-taller virtual del que participaron las y los entrevistadores, aquí autores. En ese espacio, comenzamos por revisar las teorías acerca de los diversos géneros del reportaje propios del periodismo cultural y de la narración fáctica, tales como la crónica, el perfil, la entrevista con formato pregunta-respuesta y la entrevista glosada. Analizamos también las estrategias enunciativas apropiadas para producir esos tipos de textos, que, a su vez, nos permitieron experimentar, es decir, escribir y reformular cada versión textual a partir de la crítica y los comentarios de los talleristas-escritas; además de formular nuevas hipótesis vinculadas con la resignificación de la escena de destrucción u ocultamiento de materiales culturales, en relación con su puesta en relato escrito por la mano de un tercero que había obrado de entrevistador en la filmación de partida. El proceso de escritura y los comentarios críticos de las versiones, varias veces reescritas y revisadas en común, consideraron todos estos aspectos y también el modo en que podrían ser leídas y recibidas. Fue un trabajo colectivo, bello, de exploración y creatividad literaria.

De esos encuentros, que se extendieron por unos dos años, fueron surgiendo los relatos que componen el libro, segmentado en diez testimonios seleccionados del conjunto de las entrevistas que realizamos.

En primer lugar, Laura Kaplan retoma el relato de la poeta Isabel Vasallo: sus dos historias de ocultamiento de libros y textos. Una, personal, referida a su propia biblioteca y a un suceso en la casa familiar. La otra, colectiva, que trata de una purga de libros en un colegio nacional. Ambas están atravesadas por la

descripción estremecedora de la vida cotidiana durante la dictadura y las sutiles resistencias al régimen desarrolladas en las aulas.

En segundo lugar, Yael Tejero Yosovitch aborda el testimonio de Res, quien en su adolescencia sufrió la sustracción de los negativos de su archivo fotográfico. La posibilidad de sufrir otros allanamientos, pero en la casa familiar, se resolvió en una quema de libros y, luego, en un emparedamiento y un exilio. Res es hoy fotógrafo profesional y artista de la imagen.

La tercera historia es la de Ciro Annicchiarico, relatada por Elena Vinelli. En marzo de 1976, Ciro era empleado de un juzgado penal de Lomas de Zamora. Una noche de ese mismo mes, cavó un pozo en el jardín de su casa y enterró sus libros. Cuarenta y dos años después, recibió a sus entrevistadores en esa misma dirección, pero ahora como asesor jurídico de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación.

Andrea Quiroga perfila el cuarto testimonio, el de Guillermo "Cuco" Nãñez, director de Derechos Humanos de la Municipalidad de Florencio Varela y profesor de historia de la UNAJ. "Cuco" Nãñez rememora el crepitar de las hojas y los libros en una fogata, recuerda a ciertas personas, ciertos circuitos, ciertas estrategias de lectura y resistencia: un mundo en el que la supervivencia dependía de cómo ocultarse. Un universo donde los libros circulaban, camuflados, para su lectura en el común espacio del colectivo o en algún sótano.

Tres "Mortillaro" pueblan la quinta entrevista. Iván Mantero Mortillaro conversa con su madre, Silvia Mortillaro, quien, una vez concluido el magisterio, vivió en Cuba y luego en el Perú hasta 1979. Allí fue maestra de la Revolución. Su hermano,

Ariel Mortillaro, que también trabajaba en la isla, regresó a la Argentina en 1974; en 1977 fue secuestrado y desaparecido. Cuando Silvia se preparaba para volver a Buenos Aires, seleccionó con sumo cuidado qué poner en su valija: ni cierta vestimenta ni ciertos folletos; libros sí, sí, pero sin las páginas que indicaban el nombre de la editora isleña.

Leticia Otazúa entrevistó a Nelly Jara, una profesora de Literatura a la que su tío le había enseñado a jugar con las palabras. Leticia cuenta lo que Nelly cuenta: el secuestro y la desaparición del tío y el “enladrillamiento” de volúmenes en la que sigue siendo llamada por ella *La casa de los libros*.

En séptimo lugar, Yael Tejero Yosovitch relata el testimonio de Carlos Custer, quilmeño que ha dedicado su vida al movimiento sindical de los trabajadores. Custer fue testigo de cuatro golpes de Estado: 1955, 1962, 1966 y 1976. En 1976-77, le pidieron prestada su parrilla para quemar libros tachados de subversivos. Algunos de los propios y cartas que guardaba - escritas por Raimundo Ongaro, por el cardenal Pironio- también fueron a parar al asador: “Quemar libros a cambio de que no quemem a una persona”. Pero logró esconder la mayoría en once cajas que mudaron sus embutes al compás de las requisas del ejército, mientras facilitaba el exilio de personas perseguidas.

El octavo testimonio está escrito por Andrea Quiroga, después de su encuentro con Lydia Helander, que es poeta y docente. Lydia vivió en Santa Cruz y en Santa Fe, donde fue profesora y militante. El destino, los trabajos y las ideas la llevaron de regreso a su Buenos Aires natal y, clandestinamente, a Florencio Varela. En la entrevista de junio de 2019, refiere cómo había tenido que desprenderse de los “libros peligrosos” en el

setenta y pico; cómo ese miedo profundo -que nunca había sentido ni volvió a sentir- la había acompañado a Varela, un paraje de militancia y poesía, casi tan alejado como el fin del mundo.

A continuación, las páginas nos acercan a un archivo inaccesible a través del testimonio de Eugenia Cabral, que fue testigo de la existencia de otros libros ocultos, los libros del registro de la represión: los archivos de la dictadura. Esos que aún hoy siguen escondidos y que quienes defienden el terrorismo de Estado aseguran que no existen. Eugenia dialogó con Iván Mantero Mortillaro, quien nos lo hace conocer.

Por último, Elena Vinelli retoma el testimonio de Jorge Gusmán, que era sumamente joven cuando empezó a filmar las marchas que recibieron, acompañaron y despidieron a Perón entre 1972 y 1974. El 25 de marzo de 1976, enlató y enterró sus filmaciones en el jardín de una casa de Avellaneda para resguardarlas de las requisas del gobierno militar. Recuperarlas le permitió, 40 años después, contar una historia del peronismo en la serie documental *La lucha continúa*.

Luego, a través de un diálogo exploratorio y autobiográfico, la misma autora evoca algunos hechos que la afectaron en los años de la dictadura y perfilaron su interés por el tema a indagar, que se fue consolidando en interacción con el grupo *Voces de la Memoria*. En su desarrollo, se enunció el objetivo de hacer este libro de divulgación, para el que fueron transpuestos los testimonios orales al discurso escrito. Un ineludible reconocimiento la lleva a recuperar los nombres de las y los profesionales que estimularon y orientaron el proyecto de investigación en sus inicios.

En el epílogo, Yael Tejero Yosovitch y Carolina Bartalini ofrecen una relatoría del taller de escritura que dio lugar al presente volumen. En un primer momento, el texto describe el tipo de trabajo realizado en dicho espacio: por un lado, la lectura de crónicas, entrevistas y perfiles de autores clave del periodismo narrativo; por otro, las discusiones del *work in progress* de nuestras entrevistas. En un segundo momento, las autoras comentan las estrategias de cada autor/a, especialmente en relación a la escena primaria de destrucción y/o ocultamiento de bibliotecas o materiales culturales.

En correspondencia con las hipótesis iniciales de la investigación, en el transcurso de los encuentros con las personas entrevistadas, vislumbramos que testimoniar ha sido un modo de inscribir la propia historia en la historia comunitaria, de hacer trascender el saber que surge de la experiencia más allá del dominio del olvido o la insignificancia y de que las palabras enunciadas sean susceptibles de constituirse en un aporte para los estudios sobre el pasado reciente, la memoria, la resistencia social.



Y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1990, p. 60)



# Capítulo 1

## Dos<sup>1</sup>

### Entrevista a Isabel Vassallo

*Laura Kaplan*

Isabel tiene el don de la palabra: si los dones son innatos o adquiridos, es caso que requiere otro escrito. Bien, sí: el don de la palabra. No solo porque es profesora, tal como lo deja claramente establecido en su presentación, sino también porque es poeta, actividad que prefiere no mencionar, pero que sus entrevistadores traemos a nuestra conversación. Ella se permite, con pudorosa humildad, dudar de su condición de escritora: nosotros estamos allí para confirmarle que, efectivamente, es escritora (una poeta increíble), tal como se puede apreciar en sus tres libros publicados: *Los motivos ardientes* (1997), *Memoria de la hierba* (2013) y *Diamante de afilada pena* (2018) donde aparece un uso exquisito de la forma.

---

<sup>1</sup> Edición escrita de la entrevista audiovisual a Isabel Vassallo, realizada por Pablo Castro, Laura Kaplan, Elena Vinelli (entrevistadores) y Martín Biaggini (realización multimedial) el 17/06/2019 en la Ciudad de Buenos Aires. Archivo audiovisual *Voces de la Memoria*, RID-UNAJ.

Como profesora de Letras, trabajó en diversos colegios secundarios, en terciarios y en la Universidad de Lomas de Zamora. En el ámbito superior, su actividad se centró en la Teoría Literaria y también en la Lectura y la Escritura: los misterios y la relación dialéctica entre estas dos actividades. Por eso, coordinó (y lo sigue haciendo) talleres literarios. Por cuarenta años, desde 1976, ha formado generaciones de profesores en el Instituto Joaquín V. González. En enero de 2017, se jubiló. Esta nueva situación la apena bastante, porque piensa que sus últimos años como docente establecieron una correspondencia directamente proporcional: a mayor distancia entre su propia edad y la de sus alumnos, más rica la experiencia de intercambio.

Su relato empieza en los barrios de San Telmo y Palermo, en dos casas diferentes. También están los colegios secundarios, los del comienzo de su carrera como escenarios de su testimonio. Y el microuniverso de las bibliotecas: espacios preciados, queridos, deseados.

Isabel tiene dos historias: una vinculada a su biblioteca, una historia íntima, personal y otra ligada a la biblioteca del Colegio Nacional de San Isidro, una historia colectiva, institucional. Y, sin embargo, en relación con la subjetividad, es mucho más potente para ella la segunda. Sus narraciones suceden (y se suceden) entre los años 1976 y 1977, “los momentos más cruentos de la dictadura en lo que se refiere a secuestro y a lo que después conocimos como desaparición de personas”. Nos dice que alguna vez y en conversaciones muy privadas refirió algo de esto. Pero que nunca lo contó así: a la vez que aparecen los hechos en su relato, reflexiona, se piensa. Entonces, resalta el valor social que

tiene esta entrevista: la idea de que sus palabras queden para una comunidad y, a partir de ellas, sea posible construir algo mayor.

Y ahora, aquí, es el momento ideal. Si cuando ocurrieron los hechos no pudo tomar distancia de lo que le/nos tocó vivir, cuando transcurrió el tiempo pesó lo que le/nos pasó: ¿cuándo dimensionamos individualmente los terribles traumas, aunque sean de todo un país? Y configura a la literatura “como un modelo de la vida”: ver la censura, la dictadura en un juego de espejos con las ficciones.

— Esto es muy claro para nosotros, los que estudiamos Letras, aunque creo que también les pasa un poco a todos... Me acuerdo de *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, pensaba en esa cosa tan emblemática del nazismo y de las hogueras con libros... Pero no tenía la conciencia que tuve después de lo que eso significaba. Era como un sálvese quien pueda.

Salvarse una y salvar a otros, habilitar posibilidades para actuar.

### **Primera historia: la biblioteca propia**

No hubo allí ninguna señal que le anunciara que tenía que hacer desaparecer libros. Para cuando esa señal llegó, su biblioteca estaba en estado *inspeccionable*. Lo que en principio la llevó a retirar ciertos libros, por ejemplo, la selección de textos de Marx y Engels de la Editorial MIR de Moscú, fue el clima general que se le fue metiendo en el cuerpo y en la conciencia. Una sensación que se le presentaba cuando buscaba algún libro para preparar una clase: cualquier persona (alumno, encargado, vecino) podría ver

su biblioteca y denunciarla. Y es que, salvo con los muy íntimos y conocidos, la dictadura vino a establecer una clase de relaciones rotas, quebradas entre los ciudadanos: desconfiar de aquel del que, en situaciones normales, no se sospecharía. No hablar, no abrirse, no escuchar, tener miedo. Siempre. “Eso es, precisamente, la disolución del tejido social: cuando no se puede ir a pedir una taza de azúcar a un vecino”. Entonces, comenzó a esconder los libros, a camuflarlos allí, en la misma biblioteca: bien arriba, al fondo, acostados, tapados por otros. ¿Cuáles ocultó?

— Hay un libro que se llama *La formación intelectual de Carlos Marx*, no me acuerdo justo ahora quién es el autor... Me lo había pasado mi marido: yo había leído el primer capítulo y lo tenía ahí, como para tomarlo en cualquier momento. Nunca lo terminé. Bueno, me parece que ya llegó la hora de leerlo... *En Cuba*, de Ernesto Cardenal, libros de poemas, de Miguel Hernández, por ejemplo... Yo tenía un libro muy hermoso de Losada que había comprado muy joven con la cara de Maiacovski en la tapa. ¡Me encantaba! Ahora también me encanta: no hace falta tener veinte años para que a una le guste semejante rostro y yo tenía ese texto con la foto de él, donde está muy rapado, se le notan mucho los rasgos. Después, vino Internet y se llenó de sus fotos: solo, en grupo... Ese libro, directamente, lo tiré. Pensé: “Esto va a pasar y yo voy a poder volver a comprar sus poemas”.

No recuerda mucho más que esto que nos cuenta, como si las marcas del miedo se hicieran olvido. Sabe que, seguramente, escondió otros libros; tirar, solo el de Maiacovski. Lo que sí nos dice es que no le dio nada a nadie.

— A veces, la gente, en su desesperación, lo hacía. Una muy amiga que yo tenía y de quien la vida me separó por otras cosas, pero que fue muy importante para mí y que vivía en el conurbano, en un lugar bastante desprotegido, me dio todas las revistas *Crisis* que tenía. Yo no me animé a decirle que no. Pero, al mismo tiempo, me sentí medio resentida, porque pensaba que ella, por su seguridad, se las sacaba de encima y me las daba a mí. ¿Qué lugar tenía yo ahí? Un poco estaba el pretexto de que yo vivía en Capital. Cuando me mudé a provincia después, durante el proceso, en el verano del 78, creo que me llevé las revistas y no me sentí de ninguna manera más complicada ahí que acá en San Telmo, un barrio donde, de pronto, se oscurecía todo a la noche, pasaban los helicópteros, había reflectores...

Pensamos en esa amiga que suponía que Isabel estaba más segura, en esa amiga que se veía a sí misma como más militante, aunque ninguna lo era realmente: “Me parece que tenía ese imaginario de que yo estaba en otra situación”. Ellas habían trabajado juntas en la Escuela Secundaria N° 1 de Rafael Castillo, a dos cuadras de la estación, que tenía algo de rural, como sucede con muchos colegios del segundo cordón del Gran Buenos Aires. Esta fue la primera escuela de Isabel: se recibió el 12 de marzo del 71 y el 15 ya estaba dando clase ahí, “una institución divina” pero que, como todo, se volvió un lugar peligroso: un director cuya ideología era difícil de sondear, un alumnado de cuyas familias una no podía saber qué pensaban...

¿Será que le confiaron las revistas porque, tal como en *El hombre invisible*, los libros podrían, quizá, pasar inadvertidos en el anonimato de las grandes ciudades? La pregunta queda flotando y

retumba. Pero Isabel la piensa detenidamente y resuelve que no, que no había mayores posibilidades de invisibilizarse ni camuflarse en una ciudad en la que se veía, cual imagen del poema *Cadáveres* de Perlongher, “gente cubierta con bolsas negras en Paseo Colón, que es un lugar de mucho tránsito, dos veces por semana. Qué cosa, ¿no? Que una ha visto eso y ha seguido adelante. No sé, ahí se abre un gran interrogante, un gran abismo... ¿Qué hubiera tenido que hacer? Fue como el tema de los libros, de la biblioteca”. ¿Y qué pasó con esas revistas? Las cargó (“no eran más de veinte, serían doce, quince...”) y las ocultó en doble fila en una biblioteca más pequeña, escondida. Y no sabe por qué, como un irresoluble misterio, ahora solo le quedan tres.

— Hay un momento en el que una necesita deshacerse de ciertas cosas del pasado: está la memoria, está todo lo que han dicho otros. *Crisis* no es la única revista argentina, hay tesis doctorales sobre las publicaciones, no soy la depositaria de nada. Ya no las tengo, no sé decir cómo. Algunas las regalé... Si no sé, es que se las di a mis alumnos: “¿Te gustaría ver una revista de los años setenta? *Crisis*”.

Y podemos entrever la euforia de un estudiante de veinticinco años, un centennial que recibe agradecidísimo el tesoro... “Algunas las entregué a la Biblioteca del Normal N° 8, acá en La Rioja, donde llevo libros que les pueden resultar interesantes”.

Como en las *Mil y una noches*, la historia de la biblioteca de Isabel contiene otra historia: la de la señal que le hizo mirar de otra manera, menos azarosa, los libros.

## **La señal**

— En diciembre de 1977, una de mis hermanas, militante, fue secuestrada. Yo estaba segura, quizá por un mecanismo de defensa, de que iba a volver. Efectivamente, a los pocos días apareció y, al año siguiente, se fue del país. Fue entonces, en esos tres días de zozobra, cuando fui a su biblioteca en la casa de mis padres en Palermo y traté de sacar algunas cosas en el deseo de protegerlos. Ellos sabían muy bien lo que estaba pasando y no hicieron la denuncia, pese a que había gente que decía que había que hacerla. Nosotros teníamos noticias de muchos que se presentaban para declararse inocentes y así tomaban a toda la familia.

Sacó libros propios, que habían quedado en la casa de sus padres, no recuerda cuáles. Pero su selección se enfocó especialmente en textos de su hermana, que había formado parte del grupo de docentes echados de la Facultad en 1974, durante la gestión del ministro de Educación, Oscar Ivanissevich y con Alberto Ottalagano como rector interventor de la Universidad. Ivanissevich utilizó la Ley de Prescindibilidad (1973/1974) para dar de baja al personal de la administración pública. Esta ley fue utilizada claramente con fines de depuración ideológica durante el imperio de la Triple A. Así, quedaron sin efecto los nombramientos interinos de numerosísimos ayudantes, profesores y no docentes. Meses más tarde, se anunció que los despidos iban a alcanzar al personal concursado que no hubiera sido confirmado en su cargo hasta octubre de 1974.

— En 1977, ella ya trabajaba en otro ámbito, pero, en la biblioteca familiar, había un material que había usado cuando ejercía la docencia en la Facultad de Letras. Yo sabía dónde estaba todo eso y, en una especie de delirio, se lo tiré. No sé qué sentido tenía: una hace lo que puede. Esos materiales fueron a la basura: los rompí y los incineré porque eran publicaciones de la Universidad, esas que se hacen en papel rústico. De los libros, no me acuerdo, inclusive, hasta tengo un cruce con el de Maiacovski (¿fue en este momento en que me deshice de él y no antes?). Después, fue como que me cansé, me di cuenta de que eso era inútil, no iban a venir a mirar esas cosas (aunque ya había roto todo): ellos iban a revisar las bibliotecas, los libros.

Detenerse un instante en el pasado para repasar las acciones, detenerse un instante en el presente para observar esas acciones y reflexionar sobre ellas.

— Se produce una cosa mental muy terrible porque, por un momento, una tiene que pensar de otra manera. Es como el detective que tiene que ponerse en el lugar del ladrón o del asesino. Ser alguien que no se quisiera ser. Y, al mismo tiempo, para favorecer la propia causa, la supervivencia, para quebrar el malestar del grupo familiar, querés hacer las cosas “bien” (¿es posible, acaso, en esa situación, hacer algo bien?) para que a los posibles afectados no les vaya tan mal. Entonces, se produce un cortocircuito ahí muy terrible en el que reparás después. Es muy importante poder contarlo. Estos espacios son extraordinarios en ese sentido: porque no se toma conciencia hasta que no se lo cuenta. Nosotros, que trabajamos con la palabra, sabemos el valor

de esto: recuperamos acá la palabra, que objetiva. Si no, queda ahí una especie de maraña indiferenciada, algo viscosamente adherido a la conciencia subjetiva.

## **Segunda historia: Purga de libros**

Colegio Nacional de San Isidro, “a cinco cuadras de la estación, una escuela de mucho prestigio en la zona”. Isabel comenzó a trabajar ahí en 1976.

Antes de la citación oficial en la biblioteca, que es la historia principal, como una especie de prólogo/preámbulo, la bibliotecaria le había regalado un libro, “uno de esos del Centro Editor de América Latina, que venían con un fascículo, que no estaba. El librito se llama, porque existe aún, *Los nuevos*, tenía narradores y poetas de los 60 y los 70. Ella me dijo que lo conservara, me lo dio por las dudas... y fue solo eso”. En su mensaje lleno de implícitos subyacía la idea de que si iban a revisar la biblioteca sería una pena que se lo llevaran.

— Yo lo guardé con un enorme afecto, con mucha devoción. En ese momento, me propuse devolvérselo cuando la dictadura pasara, porque yo sabía que iba a terminar... pero siempre lo quise tener como testimonio. Lo fui prestando varias veces y siempre conté esta anécdota y se lo debo haber dado a alguien, porque ahora que estoy buscando una novela de Julián López no lo encuentro por ningún lado. Cuando lo di, sé que relaté su origen. Nunca lo regresé a la escuela. No sé si hice mal o no.

Parece una misión: hacer circular los libros/revistas que le fueron legados e indicar sus marcas de procedencia. Ahora, sí, la historia de la biblioteca.

— La citación en la biblioteca vino acompañada de unas reglamentaciones, comunicados que llegaban desde el Poder Ejecutivo y desde el Ministerio de Defensa a las escuelas. Yo no me acuerdo qué resoluciones eran. En *Un golpe a los libros*, de Invernizzi y Gociol, seguramente están: ahí aparece cómo se superponían estas reglamentaciones, cómo unas abarcaban a las otras. Acá había un comunicado acerca de la responsabilidad que tenían los directivos en la detección de docentes y alumnos subversivos.

Isabel no puede evitar una media sonrisa llena de amargura al repetir palabras tan ajenas.

— Junto con eso, llegó el mandato de purgar la biblioteca. No sé cómo fue en el caso de otros Departamentos, como el de Psicología y Filosofía, por ejemplo. En el nuestro, el Rector nos convocó un día sábado a los profesores de Lengua y Literatura para que limpiáramos la biblioteca. Él estaba muy asustado, porque no parecía ser un colaborador, pero, la verdad, si decía que no a eso, yo creo que lo chupaban.

Mecanismos burocráticos al servicio de la censura, la prohibición, el control. Pero, al mismo tiempo, como una gran paradoja, sin claridad. Isabel nos recuerda que si se prohibieron *El principito*, el *Martín Fierro* y *El Quijote*, ¿cuál podía ser el criterio? “Había que tener una cabeza muy perversa para enunciar eso en

términos de criterios”. Por eso, el silencio de lista y la orden de la purga fue el método al que recurrieron las autoridades. Y aquí vuelve la imagen de todos-son-sospechosos-no-hay-en-quién-confiar. Cuando se entraba a una institución, nadie sabía quién era su interlocutor.

— Yo tenía buena relación con mis colegas y había dos o tres muy amigos, en los que confiaba mucho. Pero otros... yo sabía que trabajaban en escuelas en las que podían decir algo de mí, entonces, yo no tocaba *ciertos* temas con *ciertos* colegas.

Las relaciones también quebradas entre compañeros de trabajo. *Mejor no hablar de ciertas cosas.*

— En esa situación, era muy difícil no poner algo en escena para el otro, en la medida que estábamos eligiendo qué libros había que suprimir. Entonces, se producía una cosa muy esquizofrénica: porque, primero, yo no quería estar ahí, pero el temor y el sentido de pertenencia me llevaban a estar en ese lugar. Una vez ahí, había que dilucidar qué libros retirar. Y aquí volvemos a lo que dije: era imperioso hacerse de otro cerebro. Pero, al mismo tiempo, ambiguamente, había dos cosas: una era proteger al grupo y la otra cuestión (de esto me di cuenta después, mientras volvía sobre esto) era, en mi caso, serle fiel a los autores. Porque me acuerdo de que decíamos: ‘Bueno, *El libro de Manuel*, sí, va al canasto, pero, ¿*Las armas secretas*, también de Cortázar, por qué lo vamos a suprimir? Él es un fundador de la literatura argentina, acá no hay nada político’.

Estrategias para salvar libros. Isabel enuncia lo que todos pensamos:

— Es muy político, claro, en otro sentido, diríamos, foucaultiano. Ese buen Cortázar es mucho más político que el de *El libro de Manuel*. Por dentro, yo pensaba que lo estaba despedazando, porque el mismo tipo que escribió *Bestiario* y *Las armas secretas* escribió el de Manuel, que, para mí, es mucho más explícito, que tiene mucho menos valor, y que es lo que estábamos poniendo de costado. Y con Neruda pasaba lo mismo... Yo dije: “¿Vamos a sacar los *Veinte poemas de amor?*” Y otro respondía: “Bueno, Neruda es del Partido Comunista”. Era una cosa muy desesperante. Yo pensaba que en realidad, uno sabe que este impulso creador es el mismo y aunque ese horrible libro que escribió Neruda sobre el *nixonicidio* no tenga ningún valor poético, es un desliz de un gran poeta que escribió las *Residencias*, el *Canto general*. Con todo pasaba así: todos los libros que a mí me afectaban más tenían esas características. Porque después estaban esos manuales, *Introducción a la Sociología*, por ejemplo, yo pensaba que para esa gente la Sociología era un horror... pero si sacábamos ese libro, se iba a encontrar otro similar dentro de unos años. Yo miraba especialmente esos que tenían que ver conmigo: con lo que yo enseñaba, con lo que yo leía... Lo pienso y voy encontrando un montón de apartados que van surgiendo: era horrible estar ahí, pero, por algún motivo, había que estar y una vez que una estaba no sabía cuál era el criterio y cuando aparecía el criterio y una se decía: “Bueno, lo hago para proteger a las bibliotecarias”, estaba esta cosa de “¿qué estoy haciendo con esto, con esto que es, que ha sido, alimento de tantas generaciones?”.

Aparece un recuerdo, que vuelve recién ahora: la escena de la purga estuvo vigilada por un funcionario, civil, (“un tipo chiquito, flaquito, tipo ratonil, como Videla”) que, como un apuntador, marcaba lo que había que hacer, oculto, en segundo plano. En primer plano, el director, anodino ideológicamente y aterrorizado.

No se acuerda qué pasó con ese canasto en el que se separaban los libros, pero la reconforta la idea de que, en realidad, estaban salvándolos: no cree que esos libros fueran a ser destruidos.

— Porque en semejante colegio, que ocupa una manzana importante, era posible guardarlos. Hasta donde yo sé, tenía dos enormes alas. Después, le deben haber hecho refacciones. Se entra a un patio y en el centro están las oficinas y lo rodean las aulas por distintos lados. Yo creo que había donde esconderlos, algún sótano donde ocultarlos. No tengo el recuerdo de que los libros que colocábamos aparte fueran a ser quemados y menos en una institución: eso hubiera llamado la atención. Tampoco que se hiciera responsables a los bibliotecarios de llevarlos a sus casas para hacer una hoguera en el fondo. Así que había una cuestión de amor por el libro ahí. El libro como un factor de difusión de bondades que había que preservar también.

Acá se abre una historia no escrita: la del destino de aquellos libros del canasto, separados, marginados, proscriptos temporalmente.

## Modos literarios de resistencia

Durante muchos años, Isabel sintió culpa. Culpa por “ese acto de obediencia que me envilecía”. Entre todos los efectos de la dictadura, estuvo este mecanismo perverso y sádico de hacer sentir responsables a las propias víctimas de las acciones de censura y represión. “Es como la mujer que se siente responsable de ser violada. Se parece bastante. Tardé mucho en darme cuenta de que nuestra intervención era una forma de resistencia”.

Y hay más: si bien Isabel no militaba en ninguna agrupación, realizaba una tarea pedagógica en las aulas: otra forma de participación política. Desarrolló unas tácticas acerca de qué dar y no en clase. ¿Dónde? Por ejemplo, en un colegio de Boulogne, pero también, tal como le han recordado otras compañeras, en el Joaquín V. González.

La escuela de Boulogne Sur Mer, la N° 1. Entró a trabajar ahí en el 75, un momento que define como complicado. Con la dictadura, el clima se enrareció más. El colegio estaba a dos cuadras del Batallón de Arsenales 602: los ominosos carteles se podían ver a la salida del turno noche, un día cualquiera de invierno, en la parada del 130: “No se detenga”, “Responda a la orden de alto”, “Si no responde, disparamos”.

En la secundaria, armaba un programa bastante neutral y aséptico y daba en clase materiales que no figuraban allí, por ejemplo, Rozenmacher, Gorostiza, Nicolás Guillén... Un poco al estilo de presentaciones de Teatro Abierto, que asaltaban la escena con obras que no se anunciaban en ningún lugar. En realidad, casi todo lo que daba estaba fuera de la planificación.

— No sé si yo me daba cuenta claramente de lo que hacía, porque mis alumnos eran muy variados. Incluso, tenía una familia con una mamá militante, que andaba de casa en casa, y una de las hijas, la menor, era novia de un policía. Era una composición familiar rarísima. Para mí, era alucinante eso.

— *¿Cómo actuar en este contexto?*

— Mi comportamiento era muy poco organizado y orgánico y ahí subyacía la idea de que conmigo no iban a poder. Tenía una conciencia muy fuerte de que estaba en peligro, pero seguía adelante y, la verdad es que no tenía protección de nadie y me parece que había bastante gente en esa misma situación. O sea, me rebelaba ante un estado de cosas pero, al mismo tiempo, formaba parte del aparato estatal, porque era profesora y no sabía cómo hacer para mostrar que yo no era parte de ese aparato, que yo venía de otro lado, que venía a ofrecerles otra cosa.

Apartarse de esa maquinaria dictatorial, oponerse con la práctica docente y la literatura como herramientas.

— Ni nosotros éramos totalmente conscientes ni sabíamos si los alumnos se daban cuenta de lo que estaba pasando. Quedábamos, así: mitad y mitad. Me acuerdo que una vez, todavía se usaba el grabador, yo tenía un Sanyo. Me fui con ese grabador desde San Telmo hasta Boulogne Sur Mer, de sur a norte, con un cassette de Daniel Viglietti, donde aparecía ese tema tan hermoso de Idea Vilariño, *A una paloma*. Entonces, pensé una actividad para enseñar en términos muy sencillos la parodia a chicos que estaban en cuarto año. Cuando le comenté a un compañero lo que había llevado para dar en clase, sentenció: “Vos estás loca, ¿desde dónde

venís?”. “No, yo viajé bien... Tomé el colectivo hasta Retiro y ahí tomé el Belgrano, leí, corregí...”. Uno de los hijos de la militante, que tenía en ese curso, me miraba muy sorprendido en esa clase, me acuerdo. A ese nivel. Una persona que hace eso, al mismo tiempo, purga una biblioteca. Es un estado de esquizofrenia importante. Pero creo que me sané un poco.

Como muestra, ahí está el testimonio, la acción: pasado el proceso, buscó el libro de Maiacovski. No encontró la edición que había tenido, la de la foto, pero fue consiguiendo ese y otros tantos libros de él.

La dictadura terminó y fue posible derribar las listas negras, recuperar libros, circularlos, sacarlos de sus escondites, releerlos y darlos a leer. El relato pequeñito, tal como Isabel lo califica, se agiganta y cobra otra dimensión. La experiencia se vuelve plural y regresa en otras tantas ideas sobre la literatura, sobre la vida.

Dos. La duplicación. Dos historias. Profesora y poeta. Isabel y su hermana. San Telmo y Palermo. Doble línea de libros. La literatura y la vida. Desdoblarse para pensar como el enemigo. La esquizofrenia: purgar bibliotecas y resistir. Doblados y divididos. Profesores y alumnos: mitad y mitad. “Desdoblamiento entre dos nombres/ para decir la única/ verdad”, como Isabel escribe en versos multiplicados de sentidos.

## **Una posible lista de referencias bibliodiscográficas de la literatura/música citadas en esta entrevista en orden de aparición**

### **Los libros escritos por Isabel**

Vassallo, I. (1997). *Los motivos ardientes*. Ediciones del Dock.

Vassallo, I. (2013). *Memoria de la hierba*. Editorial Ruinas Circulares.

Vassallo, I. (2018). *Diamante de afilada pena*. La carta de Oliver.

### **Acerca de la quema de libros en un futuro posible**

Bradbury, R. (2007). *Fahrenheit 451*. Minotauro.

### **Acerca de Marx/Engels**

*Selección de textos de Karl Marx y Friedrich Engels*. (s/d). Editorial MIR.

Rubel, M. (1970). *Karl Marx. Un ensayo de biografía intelectual*. Paidós.

### **Una mirada nicaragüense sobre Cuba**

Cardenal, E. (1972). *En Cuba*. Ediciones Carlos Lohlé.

### **Un libro de poemas de Miguel Hernández (entre muchos otros)**

Hernández, M. (1937). *Viento del pueblo*. Socorro Rojo.

### **Poemas de Maiacovski, con su retrato en la tapa**

Guerrero, L. (Trad.) (1973). *Maiacovski/ Antología poética*. Editorial Losada.

## **La primera revista *Crisis***

*Ideas, letras, artes en la Crisis*, Número 1, mayo 1973, Buenos Aires.

## **Acerca de la invisibilidad y sus posibilidades**

Wells, H. G. (2008). *El hombre invisible*. Colección 70 Aniversario. Editorial Losada.

## **Acerca de los cadáveres onnipresentes en la dictadura**

Perlongher, H. (1987). Cadáveres. *Alambres*. Ediciones Último Reino.

## **Acerca de la posibilidad de que las historias contengan otras historias y de la narración como estrategia para no morir**

Anónimo (2010). *Las mil y una noches* (Versión en siete tomos). Longseller.

## **Algunos libros prohibidos durante la dictadura: el criterio de que no haya criterio**

Cervantes Saavedra, M. de (1993). *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Dos tomos. Colección Clásicos Huemul. Huemul.

De Saint- Exupéry, A. (2009). *El principito*. Emecé.

Hernández, J. (1993). *Martín Fierro* (ilustrado por Carlos Alonso). Emecé.

## **Acerca de no hablar**

Sumo (1985). Mejor no hablar de ciertas cosas. En *Divididos por la felicidad*. [Cassette] CBS Records.

## **El libro que la bibliotecaria del Colegio Nacional de San Isidro le dio a Isabel**

Delgado, J. y Gregorich, L. (1968). *Las nuevas promociones: la narrativa y la poesía* (fascículo) y *Los nuevos* (selección de cuentistas y poetas) (libro), entrega N° 55 de la *Colección Capítulo. Historia de la Literatura Argentina*. Centro Editor de América Latina.

## **La novela que buscaba Isabel mientras no encontraba *Los nuevos*: una narración acerca de la niñez en los 70**

López, J. (2013). *Una muchacha muy bella*. Eterna Cadencia.

## **Acerca de la prohibición de libros en la última dictadura**

Invernizzi, H. y Gociol, J. (2007). *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*. EUDEBA.

## **Libros de Cortázar en perspectiva crítica**

Cortázar, J. (1973). *El libro de Manuel*. Editorial Sudamericana.

Cortázar, J. (1986). *Las armas secretas*. Editorial Sudamericana.

Cortázar, J. (1951). *Bestiario*. Editorial Sudamericana.

## **Libros de Neruda en perspectiva crítica**

Neruda, P. (1928). *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Editorial Nascimento.

Neruda, P. (1935). *Residencia en la tierra*. Ediciones Del Árbol.

Neruda, P. (1950). *Canto general*. América.

Neruda, P. (1973). *Incitación al Nixonicidio y alabanza de la revolución chilena*. Editorial Quimantú.

## **Una introducción a la Sociología (entre muchísimas posibles)**

Adorno, T. (1996). *Introducción a la Sociología*. Gedisa.

**Unos autores/ libros/ música fuera de los programas escolares de los 70**

Rozenmacher, G. (2012) Cabecita negra. En M. López Casanova y M. Garbarini (Coords.) *“Civilización y barbarie”: ficciones de una tensión*. Taller de Lectura y Escritura 2 (pp.84-89). UNAJ.

Guillén, N. (1930). *Motivos de son*. Ramela, Bouza y Compañía.

Gorostiza, C. (1992). *Teatro 3. El puente. El pan de la locura. Los prójimos. ¿A qué jugamos? El caso del hombre de la valija negra*. Ediciones de la Flor.

Viglietti, D. y Vilariño, I. (1970). A una paloma [Canción]. En D. Viglietti *Canto Libre*. [LP] Orfeo.

Emparedados, quedaron, como miles de voces que no eran de hombres desesperados sino de poetas, escritores, pensadores, los que mis padres admiraban y de los que habían aprendido. Marx, Engels, Lenin, el peruano César Vallejo, el chileno Pablo Neruda y hasta El Principito del aviador Antoine de Saint Exupéry quedaron tapiados.

Ana Gerchunoff, *Tapiamos la biblioteca en la dictadura; la liberamos treinta años después* (2016, p. 67)



## Capítulo 2

### “Quédense acá, que en algún momento pueden servir de guía para alguien”<sup>1</sup>

#### Entrevista a Res (Raúl Stolkiner)

*Yael Tejero Yosovitch*

#### **La mancha del hueco en el revoque**

— “Detrás de este muro está todo vacío porque es la parte que se ubica debajo de la escalera”, dijo el albañil, “entonces vamos a romper acá y en este espacio vamos a dejar los libros”. Eran dos cajones como los que se usan para guardar manzanas. Rompimos ahí; efectivamente, estaba vacío, de a poco fuimos sacando todo el material que había alrededor. Metimos los libros, cerramos todo, luego él lijó toda la pared y me dijo que hiciera lo mismo con el paño. Me encargué de ir a pintar dos veces, tratando de que ningún vecino se enterara de qué se trataba. Los libros quedaron ahí, emparedados.

---

<sup>1</sup> Edición escrita de la entrevista audiovisual a Res, realizada por Yael Tejero Yosovitch, Elena Vinelli (entrevistadoras) y Natalia Vinelli (realización multimedial), el 27/11/2019 en la Ciudad de Buenos Aires. Archivo audiovisual *Voces de la Memoria*, RID-UNAJ.

Con estas palabras, Raúl Stolkiner, más conocido como Res, narra el momento en el que escondió los libros que podían ponerlo a él, a su familia y a sus amigos en peligro. Su historia comienza mucho antes, en la ciudad de Córdoba, donde nació en 1957 y vivió hasta los veinte años. Cursó la primaria en la escuela Alejandro Carbó y luego la secundaria en el Manuel Belgrano, uno de los dos colegios dependientes de la Universidad Nacional de Córdoba. Simultáneamente, entró en la escuela de artes aplicadas Lino Enea Spilimbergo, donde se formó como fotógrafo, profesión en la que es ampliamente reconocido. Ingresó a la Universidad Nacional de Córdoba en las carreras de Derecho y Economía, pero la dictadura lo obligó a un exilio de siete años en México.

— Cuando ingresé a quinto año, abrí un pequeño estudio fotográfico en la ciudad de Córdoba. Digo pequeño y en condiciones muy, llamémosle, elementales, porque era un estudio que funcionaba en una cochera en la que entraba un solo auto. Yo lo había dividido materialmente; todo estaba construido con mis manos. Los trípodes de iluminación eran de madera, fabricados con un serrucho y algunos bulones. Lo único que tenía, además de lo hecho en forma manual, era una cámara de 35 milímetros y una lámpara muy básicas. En este estudio, no trabajaba solo yo, sino también los compañeros que iban siendo expulsados de la escuela.

El accionar represivo de la dictadura militar comenzó en Córdoba dos años antes del golpe del 76. Fue el 28 de febrero de 1974 cuando un levantamiento policial comandado por el ex jefe de la policía, el teniente coronel Antonio Navarro, destituyó al

gobernador Ricardo Obregón Cano y al vicegobernador Atilio López. El resultado fue la inmediata intervención federal de la provincia. En ese momento, comenzó la persecución y desaparición de personas por motivos políticos.

— En la escuela Manuel Belgrano cambiaron la conducción y pusieron un régimen de control interno, lo que implicó que empezaran a expulsar compañeros por razones políticas mucho antes del golpe. Y estos compañeros no podían conseguir trabajo porque les faltaba el “certificado de buena conducta”, que daba la policía. Así que, en parte, el estudio fotográfico funcionó como una posibilidad de contención y de dar trabajo a algunos compañeros que quedaban excluidos del colegio.

Ubicado cerca de Tribunales y a una cuadra del lugar donde se otorgaban las licencias de conducir, el estudio se especializaba en fotos carnets para registros, de autos chocados para juicios, fotos sociales de cumpleaños de quince, jardines de infantes, bodas. “Cerramos porque nos allanaron. Vinieron y se llevaron el archivo, pero vinieron como hacían en esa época: ilegalmente, es decir, cayó una banda de civil, entró y se llevó el archivo, todos los negativos, etc. Nos asustamos y se cerró el estudio”.

El allanamiento se produjo en abril de 1976. Unos días antes, se había presentado en el estudio de fotografía un abogado que defendía detenidos por cuestiones políticas. Se llamaba Carlos Altamira. Trabajaba en un bufete donde estaban Lucio Garzón Maceda y Gustavo Roca, dos abogados que continuaron defendiendo presos políticos después del golpe. Res no recuerda

si los dos letrados se habían ido o no de la Argentina. “Teníamos un Renault 4 que le prestamos a Carlos y a él lo secuestraron ese día. Hasta el momento, continúa desaparecido. Recuerdo ese hecho porque dos o tres días después vinieron a nuestro estudio”. Res había estado en la conducción del Centro de Estudiantes de la escuela, pero en aquel momento había dejado de militar en ese ámbito. “Ya para cuando llegó el golpe, en Córdoba en particular, no quedaba nada. Fue como si un año antes hubiera caído una bomba atómica. Se iba el que se podía ir y no había nada que se pudiera emprender por ningún lado”.

— *¿El Golpe te cortó los estudios universitarios?*

— Llamémosle así, pero yo no lo considero de esa manera. En todo caso, lo que me cortó fue la posibilidad de vivir en otro ámbito. Pero la universidad en Córdoba era insoportable. Había una especie de control militar en la puerta, por ejemplo, que intimidaba a quien entraba y salía de la facultad. Además, en la biblioteca habían desaparecido un montón de libros que ya no se podían consultar. En los seis años de la carrera de Economía había sesenta estudiantes de los cuales muchos desaparecieron. Y el Instituto de Economía –no sé si se llamaba exactamente así– ya estaba siendo dirigido en esa época por Cavallo. Toda la orientación de la carrera ya estaba perfectamente encuadrada dentro de lo que iba a ser el desmantelamiento de cualquier red solidaria por parte del Estado. Es decir que, desde el punto de vista de la economía, era una usina de formación ideológica para la dictadura o para cualquier proyecto neoliberal que viniera después. No había posibilidad de formarse en alguna dirección que pudiera ser útil a los demás.

— *¿Cómo fue tu decisión de ocultar libros? ¿Cómo lo hiciste?*

— Bueno, yo los libros los escondí mucho antes de irme. Después del golpe provincial del 74, se instaura en Córdoba un clima de abierta represión. Se ocupan las radios, se ocupan los canales de televisión, se cambian las autoridades de todos los ámbitos institucionales, se cambian hasta los nombres de las radios; es decir, como que el golpe fue un año antes, por llamarlo de algún modo. No recuerdo la fecha exacta, no sé si fue en el 75 o en el 76, cuando escondo esos libros, que no eran solo míos. Eran libros de amigos míos, de parientes, etcétera. Nadie se consideraba seguro si los tenía en su casa, nadie los quería tener. Entonces resolvimos esconderlos. Mi familia tenía una casa en la sierra... lo hablé con ellos y estuvieron de acuerdo. Mi papá era radical, un hombre que había participado en política toda la vida. Mi mamá estudió una carrera equivalente a lo que hoy sería Biología. Y los dos tenían un criterio según el cual era un crimen quemar un libro. Sin embargo, también tenían mucho miedo de que yo o alguien más los tuviera. Por eso me ofrecieron llevarlos allá y guardarlos. Por medio de algunos compañeros que conocía de una antigua militancia o de la escuela (no me acuerdo bien), apareció otro compañero que era albañil, cuyo nombre no recuerdo ahora, pero era muy simpático... Le explicaron lo que había que hacer y él accedió. Había un placard. El fondo del placard daba a un muro. El albañil me dijo: “Detrás de este muro está vacío porque es la parte que se ubica debajo de la escalera...”. Ahí quedaron los libros.

— *Emparedados.*

— Emparedados. Debajo de una escalera en un espacio cerrado, totalmente hermético.

— ¿Te acordás de qué libros eran?

— No tengo un recuerdo preciso de qué libros eran. Puedo nombrar algunos que recuerdo con seguridad: estaba *El Capital*. Libros de economía política, había unos cuantos. No recuerdo con precisión cuáles. El *Qué hacer* de Lenin también estaba. *El Manifiesto comunista*. Y de literatura había varios. Estaba... recuerdo algo de Mario Benedetti. Recuerdo una tapa, pero no el nombre; era algo sobre Emiliano Zapata... no te puedo decir más. De los míos, había una edición de *El Capital* de Cartago, que me la había dado el padre de un amigo y que yo estaba leyendo. Teníamos muy pocos libros en esa época, la mayor parte de los que fueron ahí no eran míos.

Esa no fue la única estrategia para esconder ejemplares. Quemar un libro era el último recurso, algo que había que evitar, y al mismo tiempo, la situación imponía medidas extremas. Antes de ocultar libros en la pared, la madre de Res no tuvo más remedio que cremar una buena parte de la biblioteca. “Le dio un ataque de pánico y en la chimenea de la cocina me quemó la mayor parte de los libros que tenía. Pensó que podía ser un peligro tenerlos ahí”. No puede precisar todos los títulos, pero asegura que los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de Mariátegui, y *Poder burgués y poder revolucionario*, de Santucho, fueron destruidos en aquel fuego urgente. Algunos volúmenes se salvaron de la hoguera y terminaron emparedados. Sí, quemar libros era un crimen, pero la tristeza que ese acto generaba no podía disuadirlos ante el miedo.

Dos veces fueron a la casa de sus padres. La primera vez, tendría 18 años, era de noche y volvía de visitar a su hermano.

Cuando regresó vio que estaban en la puerta y alrededor de la vivienda. Al abrir la entrada de la cochera, salieron dos policías de uniforme, que comenzaron a interrogarlo junto al auto. Su madre se asomó al balcón; la apuntaron desde abajo y la hicieron entrar. En su memoria, transcurrió un largo rato; una hora de interrogatorio, quizás. La policía patrullaba las calles de Córdoba montada en unos Falcon que Res recuerda celestes. Dos oficiales en cada vehículo circulaban sigilosos. Esa primera vez que rodearon el domicilio de sus padres no entraron a la casa, interrogaron a Res en la calle y luego lo dejaron ir. “Un tiempo después, yo iba caminando a la casa de mis padres y vi a unos soldados de uniforme del ejército con un camión militar. Ese día sí entraron. Ya entonces los libros no estaban y todo lo que había hecho mi mamá en mi habitación era una puesta escenográfica donde yo parecía poco menos que un estudiante de un seminario... había puesto otros libros”. No recuerda exactamente la fecha, pero considerando que su partida a México fue en el año 78, supone que estos dos hechos debieron haber ocurrido en el 76 y el 77. En esa segunda ocasión, cuando Res vio el camión, ya no fue a la casa de sus padres. Siguió caminando, dobló, se dirigió a otro lado, y tiempo después logró establecer contacto con ellos y enterarse de lo que había ocurrido. Los libros de su habitación de toda la vida habían sido quemados por su madre probablemente en el transcurso del 76.

— En una oportunidad, dejé unos libritos en el piso de un estacionamiento. Tampoco recuerdo los títulos... recuerdo quizás las editoriales. Algunos eran de Eudeba... No sabía dónde dejarlos. Es decir, no los quería quemar pero tampoco me animaba a

dejarlos en la calle. Había un estacionamiento bastante céntrico en Córdoba... entré y los metí debajo de un coche, cerca de la puerta del conductor. Quizás él llegaba, los veía y se los llevaba en el auto, porque si los dejaba en una plaza, por ejemplo, nadie se iba a animar a agarrarlos. Pero en un auto capaz los podés meter ahí. Si ves una bolsa cerrada quizás no la levantás. Si ves unos libros, no sé. La paradoja que entrañan los libros prohibidos es precisamente que existe una fijación por no destruirlos, salvaguardarlos, y al mismo tiempo una dificultad para ponerlos en circulación y dejarlos ir. De ser posible, obviamente, no los destruías, lo que pasa es que bueno... ¿qué hacías con ellos? Nadie te los quería recibir.

Fue aproximadamente en el año 85 u 86 cuando recuperó los libros emparedados. Es decir que estuvieron escondidos entre ocho o nueve años: “Recuerdo que fui y los saqué y luego ya no pinté y quedó la mancha del hueco en el revoque. Pero no tengo un recuerdo preciso de cómo, mucho más preciso es el recuerdo de cuando los guardé que de cuando los saqué”.

— *¿Esta historia de los libros se la contaste a alguien públicamente?*

— No, no, hay gente que la conoce, pero creo que es la primera vez que la cuento.

### **“La presión sobre la potencialidad del libro sigue existiendo”**

En la Ruta Nacional N° 20, que une la Ciudad de Córdoba con Carlos Paz, se emplazó “La Perla”, uno de los Centros

Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio (CCDTyE) más grandes del interior del país. Inició su funcionamiento con el Golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 y continuó hasta finales de 1978. Tal como ha quedado demostrado en el juicio “Menéndez I” (2008), en “La Perla” funcionó una maquinaria represiva planificada para exterminar opositores políticos. En ese sitio y durante esos años, permanecieron secuestradas entre 2200 y 2500 personas, de las cuales la mayoría continúa desaparecida. Entre todos los acontecimientos que marcaron esa época, los cambios en las prácticas de control en espacios urbanos y rurales provocaron en Res una serie de preguntas y desconciertos.

— No comprendo que gente que conozco, y con quien tengo un trato cordial, afirmara durante décadas que no sabían lo que estaba ocurriendo. Es cierto que la ex ESMA ya existía. Pero La Perla no, La Perla se levantó de cero. Y queda al lado de la ruta más transitada de Córdoba; la gente iba a pasar el fin de semana a Carlos Paz y veía que estaban levantando un edificio cercado y protegido de otro modo. No entiendo cómo alguien podía decir en Córdoba que no sabía lo que estaba ocurriendo cuando había bolsas de arena con ametralladoras en el Cabildo o en la plaza del centro. Es decir, ¿qué pensaban que había ocurrido ahí, que habían puesto esclusas de submarino para entrar? Todo el mundo tenía un conocido que había tenido un problema, explotaban bombas en sindicatos, en estudios de abogados que defendían presos políticos, etcétera.

No hablar, callar, esconder, circular, bajar la voz, todo el clima era asfixiante. Y entonces, la negación:

— Habría que releer a Reich y pensar de vuelta en la psicología de masas del fascismo. Porque había un grupo social que estaba, en el mejor de los casos, negando lo que ocurría a su alrededor.

Salir de Córdoba en ese momento era apremiante. México resultó un lugar maravilloso en muchos sentidos. El terrorismo de Estado continuaba en Argentina, la realidad no dejaba de existir. “Pero una cosa es estar sentado en la primera fila en un teatro, y otra cosa es estar a cincuenta kilómetros de una tragedia. Si uno encuentra cómo hacer algo, puede preservar su salud. Pero si no, estar en medio de una situación así te destruye”. Res dejó la Argentina en 1978. Eran muchos los que se iban y en México contaba con una gran cantidad de amigos. En los años previos, la gente que conocía del ámbito escolar ya había organizado una suerte de preparación para el exilio, porque algunos eran menores que necesitaban la autorización de los padres. Sacar pasaportes, armar contactos, pedir el dinero: había toda una labor previa que, por ser de los más grandes, Res pudo vivenciar.

En tierra azteca, la relación con los libros también fue nutrida. A una cuadra de Ciudad Universitaria de la UNAM se ubicaba la librería Salvador Allende, un nombre que en ese momento ya estaba prohibido en la Argentina. Allí, Res podía encontrar todos los libros que necesitaba para la carrera de Economía Política. “Eso ya de por sí te hacía respirar de otro modo. Y los debates que había eran de otro tipo; se vivía un clima distinto con respecto a qué se podía hablar o decir. Para mí fue muy lindo llegar a México”.

— ¿Para vos qué significa el objeto libro? ¿Por qué te parece que las persecuciones ideológicas históricamente empiezan por censurar libros?

— Creo que muchas cosas empiezan por los libros, no solo las persecuciones. El libro tiene, adentro, una posibilidad; tiene una potencia. Y esa potencia se despliega en la medida en que haya un eco o un viento que le permita entrar en sintonía con lo que excede al libro. Hay momentos históricos en los que un libro puede tener una potencia infinita. Si nosotros pensamos en la relación de *El manifiesto comunista* con la Comuna de París, el libro era plena acción. Pero no hay que ser ingenuo al respecto, es decir, hay una posibilidad implícita en el libro, pero es solo una posibilidad. Una forma de incidir sobre los cuerpos, de incidir sobre las acciones, de incidir sobre la forma... de incidir sobre el mundo. En otras palabras, el libro puede añadir algo que altere la situación o la forma de estar en el mundo. Pero creo que no lo hace el libro solo sino que lo hace esto que podríamos llamar un viento o un aire que permite esa sintonía.

Res expresa una mirada del tiempo que incluye todos los tiempos. Este viento, este aire que permite esa sintonía, está aquí y ahora en formas diferentes.

— ¿De qué modo está presente hoy una publicación de Manuel Belgrano en la *Gaceta Mercantil* de 1813? Está presente de distintos modos. Manuel Belgrano hablaba sobre la educación para las mujeres... estaba planteando algo que aún es vigente. En los libros hay cosas que de un modo u otro están incidiendo permanentemente en la forma en que estamos, en la forma en que nos comportamos, en la forma en que vemos el mundo. Entonces

creo que la posibilidad de que no se censuren los libros es, por un lado, algo que se ganó en términos de un poder popular que permitió esa apertura. Pero, por otro lado, el libro también fue acorralado por la imposibilidad de la lectura, de acceder al texto y las limitaciones en términos del tipo de atención y de pensamiento que crearon los medios audiovisuales. La incidencia de los libros es de otro tipo, es mucho más acotada y si queremos verlo, también indirecta, es decir, los libros son leídos por un grupo mucho más pequeño y a través de ese grupo pueden o no influir de un modo u otro en determinada forma de ver y de estar en el mundo. Eso no fue siempre así.

Sobre las formas a través de las cuales los libros inciden en la realidad, Res se remite a su obra fotográfica *Necah 1879*. La topografía llana –el mal llamado desierto– es uno de los protagonistas de esa serie, inaugurada en 1996. “Necah” es el acrónimo de “No entregar Carhué al huinca”, las últimas palabras que pronunció el lonco mapuche Calfucurá a su pueblo antes de morir en 1873. Pero Carhué fue una víctima más de la avanzada implacable de las fronteras internas perpetrada por el ejército en la conquista del desierto. El 29 de abril de 1879, el entonces general Julio Argentino Roca partió desde Carhué rodeado de dos mil hombres con la intención de concretar aquel operativo militar que otorgó a Buenos Aires el dominio territorial sobre la Patagonia, la región pampeana y el sur de la región de Cuyo. Así se asentó una de las bases fundamentales del modelo agroexportador altamente excluyente que empoderó a la oligarquía argentina a expensas del resto de la nación. La conquista de estos territorios fue documentada por el fotógrafo

Antonio Pozzo, quien creía en la acción civilizadora de estas campañas. Lejos de esa mirada, Res construyó una serie de veinticuatro imágenes en blanco y negro que recorren los territorios inmortalizados por Pozzo y dan cuenta de las consecuencias ulteriores de la usurpación. Eso es *Necah 1879*. A través de un conjunto de dípticos, Res vuelve sobre el registro fotográfico de Pozzo y contrapone sus propias capturas de los mismos escenarios, donde se verifican las consecuencias de la conquista: concentración de tierras, aislamiento y desertificación.

— ¿Creés que tu experiencia en relación a los libros aparece en tu obra artística?

— Bueno, eso es inevitable en muchos sentidos, porque creo que todos los libros que pasaron por mis manos –algunos, más que otros– están de algún modo en mi obra. Por ejemplo, *Indios, ejército y frontera*, de David Viñas, y *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla, son dos libros que están presentes en toda la serie *Necah 1879* de principio a fin, pero no de un modo directo. El de Mansilla me lo regaló mi madrina cuando yo tenía siete u ocho años; lo había leído en la niñez y cuando empecé a hacer el trabajo, décadas más tarde, no lo había vuelto a leer. Pero siempre estuvo presente. Y el de David Viñas, en su momento, fue un libro muy claro y preciso al respecto. Entonces... ¿cómo aparece la figura de Calfucurá? El trabajo de Álvaro Yunque, *Calfucurá, la conquista de las pampas* (1956), el único que da mucha información sobre la vida de Calfucurá, era un libro que fue quemado y estaba desaparecido. Yo lo conocí recientemente porque lo editó la Biblioteca Nacional en 2008, pero no estaba en ningún lado y yo no había tenido oportunidad de leerlo nunca. Y

era el único que trataba en extenso sobre Calfucurá. Ahora, de algún modo, a través del trabajo de David Viñas yo tuve acceso a eso también. Es decir, pienso que David Viñas sí lo debe haber tenido presente. Y algo me llegó desde ahí.

Res señala que cada libro escondido, cada ejemplar quemado, cada título censurado fue perseguido por gente que vivía acá y formaba parte de un aparato que tenía un respaldo social considerable. Y ese respaldo, lamentablemente, sigue latiendo.

— Las dictaduras que se han instalado en Latinoamérica en estos tiempos, o las vulneraciones de las democracias, como las queramos llamar, se dan de distintos modos, pero a Dilma le dieron un golpe, a Zelaya le dieron un golpe, a Evo le dieron un golpe.<sup>2</sup> Esta persecución a los libros no es algo del pasado. La persecución a los libros o a cualquier tipo de idea que permita profundizar la democracia es algo que está latiendo permanentemente de distintos modos.

Esto no implica que vayan a quitar los libros de la librería, aclara. Pero sí puede suceder que el libro no se publique. Hay

---

<sup>2</sup> Res se refiere, en primer lugar, al *impeachment* que comenzó en 2015 contra Dilma Rousseff, presidenta de Brasil, y que terminó en 2016 con la destitución de la mandataria por acusaciones que no fueron probadas, que votó el Senado; en segundo lugar, al golpe cívico-militar contra Manuel Zelaya en Honduras en 2009, por su intento de conformar una Asamblea Nacional Constituyente para redactar una nueva constitución y, por último, al golpe contra Evo Morales en Bolivia, en 2019, en el que los militares obligaron a dimitir al presidente reelecto luego de violentos enfrentamientos que organizaron sus opositores.

formas más sutiles de censura que él advierte: “Vemos qué pasó con la industria editorial. ¿Cuántos ejemplares publicaba Sudamericana o Eudeba y qué títulos tenían? ¿Qué pasa hoy con el sector? ¿Cuántos títulos publica y cómo se seleccionan? Eso cambió radicalmente”.

Res aclara que no se trata de la misma situación, que no intenta compararlas.

— Lo que digo es que la presión sobre la potencialidad del libro sigue existiendo. De otro modo, de un modo velado, de un modo muchísimo más sutil y amplio. No lo digo por ser binario, ya que está de moda el término, porque hay muchas alternativas, es cierto, pero seguimos jugando a una partida de ajedrez donde hay varias opciones y siempre hay una posibilidad que es mejor que otra. Y sabemos que es inevitable equivocarse. Entonces, a mí me gustaría que los libros sirvieran para ver cómo estamos en el mundo y nos podamos orientar de algún modo mejor que como nos orientamos hasta el presente. Esos libros guardados, creo que apuntaban a eso también. Apuntaban a decir: “Bueno, quédense acá que en algún momento pueden servir de guía para alguien”.



No me desprendí de los libros de marxismo, pensé que, si venían a buscarme, no importaba qué libros encontrarían en mi biblioteca.

Recuerdo a alguien que hizo un pozo de noche en el jardín trasero para enterrar la revista *Crisis*, y se lo llevaron porque un vecino lo denunció pensando que estaba enterrando a alguien.

Ricardo Piglia, comunicación personal (2016)



# Capítulo 3

## Con una pala de punta<sup>1</sup>

### Entrevista a Ciro Annicchiarico

*Elena Vinelli*

Ciro Annicchiarico tiene un indubitable parecido con el perseverante investigador Ariel Gioenco, el protagonista de sus cuentos y de las novelas *La Trama Kandinsky. Una maldición bonaerense* (2010) y *Las últimas caricias de un dolor* (2017), en cuyas páginas se entretajan la violencia y la corrupción enquistadas en parte de las instituciones policiales, legislativas o judiciales. Ambos, Annicchiarico y su *alter ego* Gioenco, son abogados penalistas e incansables buscadores de la verdad. Gioenco recibe o visita a sus amistades y les revela con pericia e ingenio los dobleces de las intrigas de los casos que lleva. Annicchiarico recibe a sus entrevistadores como si fuera a resolver lo que ellos investigan. O mejor aún, lo resuelve: por eso, les dice que está sentado en el lugar exacto en el que, en los cruentos inicios de la

---

<sup>1</sup> Edición escrita de la entrevista audiovisual a Ciro Annicchiarico, realizada por Elena Vinelli (entrevistadora) y Martín Biaggini (realización multimedial) el 08/03/2018 en Lomas de Zamora, Provincia de Buenos Aires. Archivo audiovisual *Voces de la Memoria*, RID-UNAJ.

dictadura, enterró buena parte de su biblioteca con una pala de punta. Libros de Marx, Lenin, Rosa Luxemburgo, Hernández Arregui, Perón, Jauretche; revistas tales como *Militancia* y *El descamisado* y un sinfín de documentos y volantes que en aquel entonces *cimentaban* sus saberes y que hoy conforman los *cimientos* de su casa.

## **El bar**

Por razones involuntarias, por problemas de tránsito, Annicchiarico se hace esperar en el bar de la esquina de Azara y Sáenz de Lomas de Zamora. No es una esquina cualquiera, advertirá después: “En la esquina donde ustedes estaban hace un rato tomando algo en el café, estaba el famoso Estaño de los Iberra, donde Borges paraba a tomarse una copa con los matones de la época”, dice, mientras caracteriza y describe el mapa del pueblo que devino ciudad y en el que se halla la casa de su infancia, a la que nunca dejó: allí vivieron sus abuelos, allí cursó su niñez y juventud, allí hacía sus reuniones literarias y militantes, allí descansan sus bibliotecas —la enterrada y la nueva—, allí atiende hoy su estudio jurídico, allí vive su hijo, allí se presta a testimoniar.

## **La casa**

La casa de la calle Azara había sido una de las más bonitas de la zona. Las palabras de Annicchiarico recuperan retrospectivamente la arquitectura de la casa de ayer sobre la de hoy: tenía dos piezas principales que daban a la calle, con balcones franceses y celosías de metal. Una galería central, en ele, a la que

daban los cuartos. Un patio grande, florido de malvones y dos limoneros que ya no están. Desde ese patio, hoy reducido, en el que acomoda nuestras sillas, se abre una escalera hasta la piecita del primer piso que fue su dormitorio, su taller literario, su taller de discusión y militancia política.

La literatura formó parte de su vida desde la infancia: como pupilo en un colegio primario en La Plata catalogó la colección Robin Hood de la biblioteca escolar. Desde muy joven, desde tercero o cuarto año del colegio secundario que cursó en Lomas de Zamora, conformó un taller literario con un grupo de amigos, compañeros de escuela, que funcionó en la piecita en alto, la que, en su discurrir se va convirtiendo en una promesa: las historias que va anudando cobran vida allí arriba. Señala entonces la piecita en alto como si señalara la luna.

— *¿De qué manera el taller literario se transformó en un ámbito de discusión política?*

— Fue en la época del *boom* de la literatura latinoamericana: leíamos a Cortázar, a Gabriel García Márquez. Descubrimos la aparición de Márquez con la primera y gran novela *Cien años de soledad*. Caía por su propio peso la relación de la lectura con la política, la relación de las lecturas abordadas con la realidad y la problemática social. Esto nos llevó a incluir lecturas de Marx, de Perón. Leíamos a Juan José Hernández Arregui, las cartas de John William Cooke... Teníamos contactos y datos, de modo tal que hasta recibíamos copias de los famosos discursos que Perón mandaba desde Puerta de Hierro y los discutíamos. Hacíamos una mezcla de análisis, de lecturas, de discusiones y de peleas... Y bueno, ese taller literario, de pronto se convirtió en un

grupo de militancia política, porque en un momento dado nos dijimos: “Bueno, aparte de discutir, de hablar y de proyectar cambios en el mundo, tenemos que pisar la realidad, hacer algo”.

A partir de sus lecturas, se habían ido forjando una visión marxista de la realidad. Con limitaciones, con los errores propios de los 16, 18, 20 años, decidieron comenzar a militar políticamente. Mientras hace su relato, la memoria de Ciro Annicchiarico trae a cuento lo que sucedía en aquel entonces: el golpe de 1966 y la dictadura de Onganía, Levingston, Lanusse, la “dictablanda” se llamó después, aunque en ella hubo represión, persecuciones, muertos; recuerda también la movilización textil y obrera del Mayo francés del 68 y sus grafitis (“Cuando un dedo señala la luna, los imbéciles miran el dedo”, rememora); el Cordobazo del 69: “Y bueno, estábamos en ese tsunami que nos llevaba a todos, a los jóvenes por lo menos, o a la gran mayoría. Entonces decidimos ir a militar”: no quisieron quedarse atados a las palabras. Pero en Lomas de Zamora se conocían todos: la madre de Ciro, Doña María, había trabajado años en el Municipio, también los padres de un par de compañeros. Cursaban la “dictablanda” y debían tener ciertos cuidados: “No podemos militar en Lomas porque todos nos conocen...”. Militar era ir a las villas, a los barrios obreros, ¿a dónde ir?

### **El juego de los dardos**

— *¿Cómo decidieron ir a militar a Quilmes?*

— ¿Cómo lo decidimos? Poniendo un mapa en la pared de la piecita y tirando un dardo hacia atrás, que cayó en Quilmes. En un barrio que increíblemente todavía está casi en las mismas

condiciones, que se llama La Sarita y está ni bien termina Pasco, sobre Camino General Belgrano: se dobla hacia la derecha como yendo hacia 12 de Octubre, ahí, justo enfrente, lo encontrás. Un *barrio* típicamente obrero, de casas humildes, pero de ladrillo, con zanjas abiertas, con problemas de veredas, con aguas contaminadas, con problemas de salud, con falta de adecuada atención en la escuela, etcétera, etcétera. Y más atrás, donde terminaba el barrio La Sarita, venía la villa: ese otro mundo mucho más pauperizado, socialmente excluido... Bueno, ahí también fuimos a militar, en esas dos grandes urbes de La Sarita y la Cañada, que era la villa que estaba detrás, como decía antes: mucho más castigada. Y esa fue la militancia en la que nos hundimos, nos metimos, yo diría entre 1969 y 1974. En 1969: cuarto año; en 1970: quinto año, y los tres y pico primeros años de mis estudios universitarios en La Plata.

Cuando Ciro y sus compañeros fueron a La Sarita, todavía no habían decidido militar en una agrupación determinada y resolvieron que las posibilidades de promover cambios en la sociedad pasaban por el peronismo, más allá de las diferencias ideológicas o doctrinarias. Sintieron que el movimiento peronista era el único lugar desde el cual se podía intentar motorizar un proceso revolucionario. Por eso, llegados a La Sarita, se pusieron a tocar timbres y con lo primero que se encontraron fue con la Jotapé. Allí aparecieron las diferencias: “Nosotros teníamos un discurso analítico, hablábamos de John William Cooke, hablábamos de Marx, hablábamos de intelectuales de izquierda...”, discurso que no se correspondía con el de quienes se presentaban como “soldados de Perón”. Hasta que, en determinado momento,

se relacionaron con un grupo que no actuaba necesariamente en coincidencia con sus dirigentes del PJ o con las representaciones sindicales, sino que partían de los reclamos del pueblo trabajador.

## **Tomar la calle**

— *¿Te referís al Peronismo de Base?*

— Sí, claro, el Peronismo de Base tenía una visión de la realidad exactamente igual a la nuestra: es una formación política de aquel momento que tuvo su origen en el primer intento revolucionario combatiente que hubo en la Argentina, si dejamos de lado lo que fue la resistencia peronista. No sé si ustedes recordarán que, en 1966 o por ahí, se produjo un levantamiento militar en Taco Ralo, Tucumán. Ese levantamiento era de unos quince locos que se concebían como peronistas, que tomaron las armas y decidieron lanzar una proclama revolucionaria, por la cual a los 10 minutos estaban todos presos. Se conoció como “El levantamiento de Taco Ralo” cuyo líder fue Envar El Kadri, entre otros viejos militantes peronistas, que también tenían una formación de izquierda en la línea de John William Cooke, en la línea de Hernández Arregui o Jauretche, con una visión realmente revolucionaria.

Ese peronismo, aclara Ciro, se fundó a partir del grupo del levantamiento en Tucumán. Un peronismo que tomó la calle, que partía de los reclamos del pueblo trabajador peronista, de allí su nombre. Y pormenoriza: “Nosotros nos relacionamos inmediatamente con ellos... Yo milité siempre en el Peronismo de Base junto con todos los compañeros”. Entonces afirma,

señalando hacia la *piecita*: “Ese siguió siendo nuestro lugar de reunión”.

Al mismo tiempo, en 1971, Ciro empezó a cursar derecho en la Universidad Nacional de La Plata. Rindió pocas materias porque se dedicaba a militar con sus compañeros, a hacer asados, a salir con amigas y amigos. Llegado el 73, se pasó a la Universidad de Buenos Aires, regida entonces por Rodolfo Puiggrós. La cartografía de sus pasos estuvo diseñada por el recorrido del viejo tren Roca: de Lomas de Zamora a Quilmes, de Quilmes a Buenos Aires y de allí a Lomas. Durante el breve gobierno del “tío Cámpora”, continuaron con lo que ahora llama la “*militancia a cielo abierto*”. Si hubo un momento de ruptura entre esas juventudes y el gobierno peronista, fue cuando asumió Perón y los echó de Plaza de Mayo. El gobierno quedó prácticamente en manos de López Rega y se inició la persecución de la Triple A. En la *piecita de arriba*, la tensión de las discusiones se volvió extrema: su amigo Horacio rompió con el grupo y pasó a militar en el PRT-ERP con su compañera Mabel. Mientras que el hermano de Horacio -Gustavo-, el propio Ciro y otros dos compañeros siguieron en el Peronismo de Base, ya que continuaban sosteniendo que en la Argentina no había transformación posible si no pasaba por el peronismo; pensaban que, con todas sus falencias, era el único motor argentino capaz de producir cambios históricos. Un tiempo antes, en el 72, Annicchiarico había empezado a trabajar en Tribunales de Lomas de Zamora. En los años 74 y 75, recrudecieron las persecuciones de la Triple A, que culminaron con el Golpe del 24 de marzo de 1976: “Nosotros seguimos militando pese a la Triple A. Mucho más escondidos, con muchos más cuidados”, afirma. Los unos y los otros,

peronistas de base y compañeros del PRT, continuaron reuniéndose en la piecita en alto de su casa, a la que percibían como un lugar seguro.

## **Las dos vidas**

Entre 1976 y 1978, los jóvenes militantes habían empezado a llevar dos vidas y dos nombres diferentes como modo de sobrevivir en la resistencia. Por fuera del grupo de la piecita, la familia, las amigas y amigos de Ciro Annicchiario conocían muy bien su fascinación por el derecho y las letras, conocían sus ideas, pero desconocían su militancia y su nombre de militante. Hoy lo puede contar.

— *¿En qué organización militabas?*

— El Peronismo de Base era la organización política de superficie de la organización armada que se llamaba Fuerzas Armadas Peronistas, FAP. Yo no estaba en esa organización, pese a lo cual teníamos estrecho contacto. Existía entonces lo que se conocía como ‘tabicamiento’, es decir, no conocíamos los respectivos domicilios de los compañeros y tratábamos de mantener cierta seguridad. Cada célula o cada grupo tenía un responsable político con el que nos reuníamos y discutíamos; era nuestro vínculo con estamentos superiores de la organización, con los que nosotros no nos comunicábamos directamente por razones de seguridad. Nuestro responsable nos bajaba línea, en el sentido de cuáles eran las directivas, qué había pasado, qué estaba por pasar, qué cuidados había que tener, etcétera.

Desde la muerte de Perón, en 1974, y hasta el 77, continuaron las reuniones. Annicchiarico recuerda que dentro de su grupo de compañeros siempre se mantuvo la solidaridad entre los que militaban en el PRT-ERP y los que lo hacían en el Peronismo de Base o FAP.

## **El pozo**

Una madrugada de marzo, como a las 2 o 3 de la mañana, tocaron el timbre de su casa. Acababa de ocurrir el golpe del 76. Asustadísimo, Ciro fue hasta la puerta y una voz que él no reconoció le dijo: “Lo levantaron a Juan”, y se fue corriendo. Había caído el primer militante de su grupo, Juan era el nombre de guerra del “responsable” de Carlos y *Carlos* era el nombre de guerra de Ciro Annicchiarico. Si acababan de “levantar a su responsable”, corría un 99,99 % de riesgo de que a los pocos minutos cayeran en su casa...

— *¿Y qué hiciste frente a semejante peligro?*

— Lo primero que hice fue hacer un pozo acá, donde había un viejo aljibe... No, no, lo que había era una cisterna rellena de tierra que tenía como un lugar blando, profundo, y al removerlo se hundió unos metros... Entonces agarré toda la colección de los libros que les mencioné, las revistas *Militancia*, *El descamisado*, documentos nuestros, volantes... Me acuerdo de haber tirado todos los libros de Hernández Arregui, *Peronismo y socialismo*; todos los libros de Perón: *Conducción política*; todo lo que teníamos de Jauretche, la colección completa de Lenin... que luego volví a comprar para tenerla acá. Tiré ahí *El Capital*, lo que teníamos de Rosa Luxemburgo, las revistas de discusión política en castellano

que venían de la URSS. La URSS tenía un área que se llamaba ‘Universidad de las Juventudes’, o algo así, que editaba todos sus libros doctrinarios en inglés y en castellano, libros que nos llegaban a través de compañeros del PRT y que usábamos para leer, para discutir, para criticar... Tenía toda esa bibliografía, una montaña de cosas que están todas debajo de donde estoy sentado en este momento -sonríe-, si es que queda algo, no sé.

Cavó en la parte blanda, echó los libros, tapó el pozo con tierra. La madre y la hermana no se tenían que despertar y no se despertaron. Ellas conocían sus ideas, no el grado de militancia, pues Ciro quería preservarlas. Hoy día lo ve como un acto irresponsable: si le pasaba algo a él, también les hubiera pasado a ellas. En aquel entonces, no lo había pensado o no se acuerda, las cosas se habían dado así.

Tapó el pozo como pudo: “Creo que, si alguien hubiera entrado al otro día, se habría dado cuenta de que ahí había algo enterrado”, acota. No recuerda si los envolvió o protegió con bolsas de plástico, porque hizo todo tan nervioso, tan apurado, tan a las corridas, que ni siquiera durmió. Fue directamente a trabajar en estado de pánico.

— *Estamos en ese patio... ¿Recordás el sitio exacto?*

— Se había movido la tierra. No sé cómo mi vieja no vio que ahí, entre los dos limoneros, había cambiado algo... Porque acá, al lado de donde estamos sentados ahora, había un enorme limonero. Seguía como un pasillito de lajas hacia un parral que daba donde ahora está el vestíbulo. Allí había otro limonero. Dos grandes limoneros, me acuerdo de que era la característica de esta

casa: en los tiempos del limón se caían por el peso y los regalábamos a todo el barrio.

Ciro pasó los días subsiguientes sabiendo que podría caer alguien a buscarlo por la misma casa en la que vivía o por su trabajo del Juzgado Penal 2, Secretaría 3 de Lomas de Zamora. Pero solo pasó el tiempo, a cuentagotas.

## **La caída**

A partir de marzo de 1976, el grupo de amigos-militantes consideró que era momento de llamarse a una suerte de silencio, de clandestinidad absoluta. Fueron los años más duros y sangrientos de la represión. Mientras tanto, el PRT seguía repartiendo *El Combatiente* en las madrugadas, prácticamente a la luz del día: en la puerta de una fábrica, en la calle, iban de un lado a otro haciendo colectas para los compañeros *guardados*. Ciro Annicchiarico recuerda que, una vez ocurrido el golpe, Horacio seguía apareciendo en su trabajo, en la mesa de entradas del Juzgado Penal 2, para llevarle la revista *El Combatiente*, con lo que lo obligaba a hacer malabarismos, a tajarla rápidamente con un expediente y esconderla, mientras lo reconvenía: “Por favor, Horacio, es una locura, tené cuidado”.

— *¿Horacio es hoy un desaparecido?*

— A Horacio y a Mabel les revientan la casa el 16 de mayo del 77, en la Gran Caída del PRT. Se los llevan, no por él, sino porque la primera célula que atacan es la de Prensa, en la que militaban los más visibles. No hacían otra cosa: no había enfrentamientos armados ni nada parecido, repartían material de una manera casi abierta y ostensible. En ese mayo, desaparecen

ellos dos y, después, algunos compañeros, también míos, del Peronismo de Base. Y... bueno, sobreviene la noche, ¿no?

Con la desaparición de Horacio Manuel Kofman y Mabel Fernández de Kofman, en 1977, el grupo de militantes se fue desperdigando. Ciro Annichiarico se casó, se fue a vivir a Avellaneda y se dedicó a estudiar. En 1980, renunció a Tribunales para ir a ejercer la profesión con quien había sido el secretario del Juzgado. Se recibió de abogado en 1982, justo cuando se había iniciado el declive de la dictadura que se desmoronó con la derrota de Malvinas.

Años después, se enteraron de que Horacio y Mabel habían pasado por lo que dio en llamarse Centro Clandestino de Detención *El Vesubio*. Lo supieron gracias a las declaraciones de Elena Alfaro ante la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, ante el Equipo Argentino de Antropología Forense, ante la Secretaría de Derechos Humanos, ante el Tribunal Oral Federal n.º 4, en la causa *El Vesubio*. Elena los identificó entre los detenidos que había visto mientras ella misma estaba recluida allí. Nunca llegaron a saber nada más de ellos.

## **La remodelación**

El padre de Ciro Annichiarico era italiano y había luchado en la Segunda Guerra Mundial. Había llegado a la Argentina en 1949 y murió veinte años después. Pasada ya la noche de los libros y del pozo, como en las películas, llegó a la casa, una carta de Italia avisando que el gobierno otorgaba una indemnización a todos los excombatientes de la Segunda Guerra. Una vez hechos los trámites, recibieron un cheque en La Banca

Nazionale del Lavoro, que por entonces tenía sucursales en nuestro país. Con ese dinero, la madre decidió refaccionar la casa y modificó la fisonomía original: hicieron tres locales en el frente, ampliaron la cocina, redujeron el patio al tamaño actual. ¿Y los libros? Ciro supone que él, posiblemente, no debió haber querido romper parte de esos arreglos para rescatar los ejemplares enterrados, de los que ni siquiera sabía si no estarían deshechos: “Supongo yo que fue por eso. Pero te soy totalmente franco: nunca me lo puse a pensar detenidamente como vos me estás obligando a hacerlo en este momento”.

Volvió a comprar varios de los libros que había arrojado al pozo. Supone que necesitaba recuperarlos, que necesitaba “volver a ver esos lomos”, dijo, no sin nostalgia. Sí, nos responde, volvió a ver la colección completa de *Militancia peronista para la revolución...*, pero recién cuando empezó a trabajar en la Secretaría de Derechos Humanos, con la creación del Archivo Nacional de la Memoria, que es la continuación de la CONADEP. Allí conoció a algunos autores que habían sido los referentes de las lecturas de su adolescencia. El objetivo del Archivo Nacional de la Memoria fue, justamente, recuperar todos los antecedentes documentales, filmicos, bibliográficos, orales, que se vinculan con la lucha de los pueblos por su liberación. Entretanto, escribió libros de índole jurídica, como *El sobreseimiento provisorio* (1983), y, posteriormente, ensayos vinculados con derechos humanos, como *El horror en el banquillo. Anales del genocidio argentino* (2014).

## El estudio de la calle Azara

En pocos años, Ciro Annicchiarico abrió un estudio en uno de los locales de su casa de Azara. Su compromiso con el mundo social lo llevó a tomar una serie de casos de violencia institucional: con León Zimerman se hicieron cargo del famoso caso de la Masacre de Budge, por lo que profundizó sus estudios sobre seguridad pública y derechos humanos. Luego lo convocaron para desempeñarse en el “Caso Dalí”, en Lomas de Zamora, y en “la Masacre de Wilde”, vinculada con la banda de policías que operaba en la Brigada de Investigaciones de Lanús, con asiento en Avellaneda, que había sido el famoso Centro Clandestino de Detención (CCD) *El Infierno*. Fue en relación con esos casos que se empezó a especializar en derechos humanos y seguridad. A fines de 1997, lo convocaron para trabajar en la intervención a la Policía Bonaerense que llevó adelante Eduardo Duhalde, el político de Lomas de Zamora. Con un grupo de técnicos y especialistas, pasó a formar parte del Instituto de Política y Seguridad, coordinado por Alberto Binder. Sobre este tema publicó, con Sigal y Binder, el libro *¿El final de la Maldita Policía?*, en el que expuso en qué consistió el proyecto y programa de la intervención a la policía bonaerense. Posteriormente, en la presentación de su libro *Seguridad (in) seguridad. Problemática bonaerense*, en la Casa de la Provincia de Buenos Aires, vio entrar al juez Eduardo Luis Duhalde con el libro de la presentación en la mano; Luis Duhalde se le acercó y le dijo que el doctor Néstor Kirchner se disculpaba por no haber podido asistir por problemas de agenda. Por los temas que los convocaban, empezaron a frecuentarse. Annicchiarico recapitula: era Eduardo Luis

Duhalde, el fundador de la Comisión Argentina de Derechos Humanos en España (CADHU), el mismo que había empezado a denunciar las violaciones a los derechos humanos en la Argentina. Cuando Néstor Kirchner ganó las elecciones, E. L. Duhalde pasó a encabezar la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación e invitó a Ciro a formar parte del equipo jurídico de esa Secretaría, en la que empezó a trabajar en enero de 2004.

“En aquel primer momento, éramos cuatro o cinco abogados: Luis Alen, Martín Rico, Carlos González Darlang Gartland”: Ciro considera que ellos fueron sus maestros en el modo de encarar la función pública desde el Estado Nacional. Aún no regían las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, todavía no se había sancionado la Ley 25.779. Sus primeros trabajos estuvieron vinculados con la organización del área jurídica de la nueva Secretaría. Allí trabajó con Rodolfo Mattarollo, un especialista en derecho internacional de los derechos humanos, consultor de Naciones Unidas, y con Claudia Cesaroni, con quienes empezaron a diseñar lo que fue el *Proyecto de Ley de Implementación del Protocolo Facultativo de la Convención contra la Tortura*: empezaron entonces a visitar cárceles de diferentes ciudades y provincias en su afición por intentar modificar la situación que incumple la Constitución del país. También llegó a representar a la Argentina en las Naciones Unidas ante el Comité contra la Tortura. Una vez anuladas las leyes del perdón y de la impunidad, y declarada su inconstitucionalidad, se pusieron a trabajar en los juicios por delitos de lesa humanidad.

Llegamos al día de hoy. Allí, en la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, Ciro Annicchiarico se desempeña como asesor jurídico, con mandato para representar a la Secretaría en

los juicios. Tiene a cargo la megacausa Campo de Mayo (causa 4012), que se ocupa del plan criminal que la dictadura cívico-militar llevó adelante en las zonas Oeste del Gran Buenos Aires y Norte de la provincia hasta Zárate/Campana, desde diciembre de 1975 y hasta el 10 de diciembre de 1983. Una megacausa equivalente a la de ESMA, tal vez más grave, aclara, por la cantidad de víctimas, que superan las cinco mil. Aquí, en el estudio de la casa de Azara, continúa, solo en ocasiones, ejerciendo su profesión.

### **El patio de los limoneros**

Se está yendo la luz que le permite filmar a Martín Biaggini. Ciro se levanta. Los movimientos circulares de su brazo van señalando varios sectores del mismo patio en que estamos.

— Exactamente *en este lugar*, casi donde está *esta maceta*... *Acá*, había un gran limonero, y a un costado, acercándome hacia *aquella pared* había tierra con plantas. Me acuerdo de que había begonias... malvones... Mi mamá era de poner plantas. Y *allí* había una zona de tierra en donde se sabía que en algún tiempo hubo una suerte de pozo ciego, que estaba prácticamente tapado; no obstante, mostraba un hundimiento que me permitía poner o tirar cosas. Entonces yo, con una pala de punta que estaba en *ese sitio*, en un bajo-escalera lleno de herramientas, hice un pozo, cavé y la tierra se aflojó muchísimo, se fue hundiendo: se hizo un pozo de unos dos metros: *allí* fue donde tiré todo.

Imposible reproducir sus ondulantes ademanes, que van marcando los *acá, allí, en este lugar, allá arriba*.

## La piecita

Ciro Annicchiarico sube las escaleras que se inician a sus espaldas para mostrar la piecita de la que había hablado. Continúa acompañando sus palabras con el movimiento de los brazos que indican dónde estaban los objetos que refiere: *acá arriba* estaba el mimeógrafo. *Acá*, la máquina de escribir con la que hicieron los volantes para distribuir en Quilmes, una vieja Underwood que había sido del papá de Horacio, el compañero desaparecido. *Aquí* estaban también los mapas y una biblioteca enorme, cuyos libros fueron los que terminaron *allá abajo*, en el pozo, en los cimientos, con la colección completa de *El descamisado* y de *Militancia Peronista para la Liberación*. *Allí*, contra la pared, había un *cheslong*, que era como un sillón, pero sin respaldo, con unos almohadones. Y *más allá*, mi cama de una plaza.

La piecita se llena de objetos de más de cuarenta años atrás. Se llena de los objetos de su memoria.



Cuando era un niño vi a mi madre y a mi hermana lanzar libros a una fogata, eran libros perfectos, en impecable estado, pregunté por qué los quemaban, me dijeron que se avecinaba un océano de sangre, que era mejor quemarlos antes que los de azul y verde nos quemem a nosotros. Ardían en las llamas las obras de Mao, los libros de Marx, los diarios de Guevara, los discos de Viglietti.

Germán Mastellone, *Antología fundamental inconclusa y el prólogo a los libros quemados* (2015, p. 6)



## Capítulo 4

# El único héroe posible es el héroe colectivo<sup>1</sup>

### Entrevista a Guillermo “Cuco” Nández

*Andrea Quiroga*

Me agarró la lucidez total y quiero perderme un poco.

Para no ser un recuerdo hay que ser un reloco.

Lo dijo Peralta Ramos y lo transcribió Martínez,

y lo leí, y tengo mala memoria pero lo aprendí,

de acuerdo y poco a poco

para no ser un recuerdo habrá que ser un reloco.

Andrés Calamaro, P.N.S.U.R.H.Q.S.U.R (Recuerdo reloco) (2000, 16s)

Guillermo “Cuco” Daniel Nández es director de Derechos Humanos de la Municipalidad de Florencio Varela y profesor de Problemas de Historia Argentina en la UNAJ. Lo entrevistamos el 26 de mayo de 2018 en el Instituto de Estudios Iniciales (IEI) de esta universidad. Nuestro interés: hacer un archivo oral/digital

---

<sup>1</sup> Edición escrita de la entrevista audiovisual a Guillermo “Cuco” Daniel Nández, realizada por Andrea Quiroga, Elena Vinelli (entrevistadoras) y Martín Biaggini (realización multimedial), el 26/05/2018 en Florencio Varela, Provincia de Buenos Aires. Archivo audiovisual *Voces de la Memoria*, RID-UNAJ.

del destino que tuvieron los libros en la última dictadura. El de Cuco, contar.

## **Educación y libros...**

Su primer acercamiento a los libros fue natural, familiar. Tan casual como el vínculo que seguirán manteniendo: “Mi primer contacto con los libros lo tengo por mi abuelo que era un militante anarquista y tenía una gran biblioteca, cien libros, que en esa época era...”. Era mucho. En los 60 o 70 tener un libro era un lujo. Una familia como la suya, gente trabajadora, tenía apenas dos o tres: “En mi casa, como en cualquier casa pobre de la época, teníamos un diccionario y un *Martín Fierro*. Y mi abuelo tenía muchos libros, estaba la *Historia argentina*, de Abad De Santillán, libros de Kropotkin, de Bakunin, mezclados con otras cosas, que eran fascinantes”.

En el año 75, empieza el secundario en una escuela técnica en Quilmes, donde conoce a Gustavo Iglesias. Sus padres trabajaban en *Editorial Abril* y él era distinto: le gustaba leer. “El tipo tenía unos culo de botella así, y vos lo veías permanentemente con un libro, era futbolero, le gustaba jugar al truco, pero el tipo leía, por ejemplo, tenía colecciones de Agatha Christie”. Cuco, en ese entonces, leía *Correrías de Patoruzito*. Su amigo un día le dijo: “Vos tenés que leer esto”. Y le dio *El Eternauta*, de Oesterheld. Quedó impresionado. “A mí *El Eternauta* me cambió un poco el bocho, digamos”. Con el tiempo, se enteraría de que había una versión más politizada de la obra y que la había dibujado un primo hermano de su madre. También, se enteraría de que Oesterheld había desaparecido.

Con los Iglesias, además de crear una amistad que aún conserva, presenció la primera quema de libros.

En el año 82 estaba haciendo el secundario nocturno, un bachillerato. Había abandonado el sueño paterno del "técnico mecánico" por lo humanístico. Quizá era su destino, por eso terminó en un espacio de resistencia: el colegio Güemes de Quilmes, entre las calles Vicente López y Lamadrid. Muchos años después, investigando, descubrió que era un lugar muy importante: "Habían estado los muchachos de la UES. Por ejemplo, Bekerman, que fue asesinado en Quilmes, estudiaba ahí. El tipo era estudiante del Nacional Buenos Aires pero en su faz militante se inscribía en un colegio de pobres, para estar con los proletarios de alguna forma. O sea, estudiaba dos veces el chabón".

En ese entonces, se daba mucho eso de proletarizar, estar cerca del pueblo, nos dice. Y agrega: "Y yo fui a parar ahí, a un colegio con muchos desaparecidos. Un colegio 'rojo', donde había estado gran parte de la conducción de Montoneros de zona sur".

Tenía una profesora de historia de la resistencia, que había sido discípula de Silvio Frondizi. "La historia no es una sola, decía. Depende quién la cuente, hay varias historias". En esa clase descubrió a Jauretche, Santoro, Urondo. "Me empecé a dar cuenta de que en esa otra historia los libros jugaban roles muy importantes".

En una oportunidad, la profesora los dejó elegir un texto para exponer. Guillermo eligió a Haroldo Conti, "La balada del álamo Carolina". "Recuerdo que cerraron las ventanas porque el aula daba a la calle". Se cerraba la escuela para enseñar, para ver.

## La iglesia le trajo problemas con la iglesia...

A los 16, Cuco tuvo que empezar a trabajar. Era el año 1977 y su padre, obrero de Luz y Fuerza, tuvo un “extraño accidente” y quedó casi paralítico. La familia empezó a pasar momentos difíciles. “A partir de ahí, empecé a buscar lecturas alternativas, formas de leer; sospechaba que había libros prohibidos”.

La iglesia aparece como un lugar importante en su vida y en la militancia. En el 78 o 79 descubre que también puede ser un espacio de resistencia: “En la iglesia tenías las homilias de Novak que hablaban de los desaparecidos”.

En la barra del barrio había un desaparecido. Era más grande, delegado sindical, Enzo Fiore. A su mamá, que es actual madre de Plaza de Mayo, la trataban como a una “leprosa”. “Se hablaba a media voz, porque seguro que en algo andaba”. Cuando Cuco preguntó, en su casa le dijeron: “Se lo llevaron los militares”. En ese contexto, aparecen la Iglesia de Novak,<sup>2</sup> la cuestión mística y Pérez Esquivel.<sup>3</sup>

La Iglesia le empezó a traer problemas con la iglesia. Se empezó a preguntar cosas, a cuestionarlo todo. Así descubre a

---

<sup>2</sup> El padre Jorge Novak (1928-2001), Obispo de Quilmes, fue cofundador del Movimiento Ecueménico por los Derechos Humanos y, junto con Jaime De Nevares y Miguel Hesayne, formó parte de los obispos que denunciaron los crímenes de lesa humanidad perpetrados por la Dictadura.

<sup>3</sup> Adolfo Pérez Esquivel (1931) es un destacado activista argentino defensor de los derechos humanos, que adhiere a la teología de liberación; es profesor, escultor y pintor. En 1980, fue distinguido con el Premio Nobel de la Paz por su compromiso con la democracia y su papel como opositor a la dictadura.

Hélder Cámara: "Me rompió la cabeza. ¿Por qué?, porque el tipo decía que la verdadera pesadilla de América Latina era el hambre, después me entero de que era uno de los obispos tercermundistas".

Novak lo conecta con Pérez Esquivel, que estaba en libertad condicional; y con sectores del Servicio Paz y Justicia (SERPAJ): "Éramos, fácil, 10 tipos; no había mucho más".

En la sede de SERPAJ, en un altillo, había pilones de libros. Un mismo libro: *Caminos de liberación Latinoamericana*, de Enrique Dussel. "Yo me afané uno. Lo leí. ¡Me fascinó!" Entonces lo echaron de la iglesia por leer libros prohibidos. "¡Me encantaba leer, sobre todo, si estaba prohibido!"

Ese altillo le abrió puertas: SERPAJ, Antonio Puigjané,<sup>4</sup> Plaza de Mayo. Antonio lo lleva a las rondas de la Plaza. Él tenía miedo.

Cuco atesoraba los libros, los guardaba, los prestaba. Su biblioteca se fue armando con regalos y préstamos. Dussel, Leonado Boff, Gustavo Gutiérrez. Librerías que apilaban lo invendible. Libros que esperaban. "Libros que eran caros te diría, pero que ellos (los libreros, porque ese fue otro de sus universos) no podían ponerlos a la venta, entonces me los regalaban". Así se fue nutriendo de libros.

Los libros se leían en soledad, muy pocas veces entre

---

<sup>4</sup> Fray Antonio Puigjané (1928-2019), franciscano capuchino, fue un sacerdote que colaboró con la obra del obispo riojano Enrique Angelelli hasta su asesinato en 1976. Desde ese momento, se trasladó a Villa Itatí, en Quilmes. Enterado de las desapariciones, se acercó a las Madres de Plaza de Mayo y fue uno de los primeros hombres en marchar junto a ellas. Posteriormente, se unió al MTP (Movimiento Todos por la Patria),

amigos y luego circulaban. “Yo tenía, por ejemplo, una cobertura de un libro que era marrón, metía ahí ciertos libros prohibidos para ir leyendo en el colectivo”. En casa, guardaba algunos, no una gran biblioteca.

En el SERPAJ, en México 479, tenían libros prohibidos. Un amigo le consiguió en Chequeren, una librería de Quilmes, *Operación Masacre*, de Walsh: lo leyó fascinado y sin dormir. Fue guardando algunos libros que aún conserva, nos dice, también discos prohibidos.

Como militante, fundó el Servicio Paz y Justicia en Quilmes, Varela y Berazategui. Imprimieron, con una especie de imprenta, la Rotaprint, unas cartillas que había hecho el CELS,<sup>5</sup> con testimonios de desaparecidos e iniciaron la ronda de las Madres en Quilmes. “Eso era un hecho revolucionario en su momento. Cuando terminaba la ronda en Quilmes, en la plaza San Martín, repartíamos esa cartilla”. Eran diez tipos, invisibles, visibilizando a los desaparecidos.

— *¿Hubo algún informe?*

— Hubo un informe muy importante que pasó casi desapercibido, de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. El primer informe que hubo en realidad fue el de Amnistía Internacional. Una locura, increíble. Vinieron a investigar a la dictadura en el año 76. Con Mignone, fundador del CELS, se juntaban en los bares, caminaban y entrevistaban entrando y saliendo por la boca del subte, porque los servicios los

---

<sup>5</sup> Para ampliar información acerca del CELS, consultar <https://www.cels.org.ar/web/presentacion/>

seguían a la par.

Ese informe nunca entró en la Argentina.

Le preocupa y se ocupa de la voz de los que ya no pueden gritar. Cuco aparece en uno de los cuatro videos que tiene la UNAJ hablando de los listados de desaparecidos de la zona: "Yo hice el primer listado también de la zona, pero lo perdí. Lo hicimos con familiares en ese momento, que en general eran presos políticos que habían salido. Era una especie de barrido zonal".

Cuco nunca declaró en juicios, pero sí denunció.

En 2008, el intendente de Florencio Varela crea la Dirección de Derechos Humanos. Su vieja historia con el Servicio Paz y Justicia, haber estado con los organismos vinculados al reclamo por delitos de lesa humanidad y ser docente carcelario, lo llevan a fundar la Dirección de Derechos Humanos y a empezar a investigar. "Me he dedicado todos estos años a investigar la conexión entre la dictadura y el gobierno local".

### **"Para no ser un recuerdo ... hay que ser un re-loco"**

Los libros estaban en su casa en un ropero, prolijamente escondidos. No era un lugar secreto.

"Yo soy moderno, uso *tablet*, tengo lector de libros, pero, para mí, el libro de papel es insuperable". Está acostumbrado a ir a cualquier lado con un libro de papel, como decía Jauretche, el libro sobaquero. Los libros, para Cuco, son hilos conductores que producen efectos impredecibles: "Tienen eso de fascinante, si vos tirás del hilo, Lutero te lleva a Wallerstein y de Wallerstein te pasás a Quijano. Los buenos libros te van llevando por otros

caminos.

Recuerda que las primeras publicaciones de las Madres eran poesías. “Una poesía se la di a Hebe y apareció después publicada”. El libro en el que aparece su texto se llama *La Campana*, como el poema de Cuco.

En aquel entonces, 1981, había surgido *Teatro Abierto*, en contra de lo que era el teatro oficial. Y también se hizo un recital con músicos argentinos en contra de la presencia de Sinatra en el país. “Y nosotros hicimos una feria del libro”. En la SERPAJ paraba un gran escritor: Miguel Briante. Briante había intentado, sin éxito, hacer varias cosas en la Feria del Libro, la oficial.

Entonces armaron la paralela. Los artistas plásticos donaron cuadros para vender y trajeron una obra de Federico Peralta Ramos:<sup>6</sup> “Un personaje de aquellos. El tipo decía que no estaba loco sino que era psicodiferente. A mí no me convenía porque no lo asociaba a derechos humanos”. La obra era una bolsa de arpillera con un dibujo que Cuco no recuerda y abajo decía: “Para no ser un re-loco hay que ser un recuerdo”. Una frase muy inteligente. Nos llevamos *eso* y se hizo una feria del libro”. Estaba terminando la dictadura.

### **Los monstruos...**

Los integrantes de la SERPAJ eran vigilados. El 30 de marzo del 82 hubo una gran represión: “Recuerdo una caja de

---

<sup>6</sup> Esta obra de Federico Manuel Peralta Ramos, referida en el relato de Cuco se puede ver en: <https://delinfinito.com/artistas/federico-manuel-peralta-ramos/federico-manuel-peralta-ramos-del-infinito-1714/>

zapatos con una bomba. Sí, claro, éramos seguidos más que perseguidos". En esa época, no había celulares, entonces, tenían sus mecanismos de seguridad: "Teníamos que, a tal hora, llamar por teléfono al servicio Paz y Justicia y decir que estábamos bien. Si vos no llamabas se disparaban los abogados, el mío era Augusto Comte". Había un grupo de abogados del CELS vinculados a este sistema de seguridad. "Tenías que avisar todos los días si estabas en perfectas condiciones, si no, ellos intervenían y se presentaba un *habeas corpus*".

A Isabella Valenci, que era una militante de Montoneros, la secuestraron embarazada, la llevaron al hospital de Quilmes donde nació su hija en presencia de Bergés, el doctor Blanco, la jefa de enfermeras y la jefa de obstetricia. Ellas avisaron a la familia. Al otro día las secuestraron. Esta historia está en el libro *Los monstruos*.<sup>7</sup>

En Quilmes, denunciaron a Bergés, que era médico de la policía de la provincia, amigo de Camps: "Nosotros le hicimos una campaña, una denuncia por un nacimiento clandestino en el hospital de Quilmes", sostiene Cuco. Nacimiento que le costó la vida a la enfermera y a la jefa de obstetricia. "Nosotros escrachamos el hospital y el consultorio de Bergés". Un día, Cuco salió con un amigo y los paró un grupo de civil que los amenazó. "No puedo decir que nos los mandó Bergés, pero se caía de maduro, fue en ese contexto".

---

<sup>7</sup> Texto de Hugo y Vicente Muleiro (2016). A 40 años del golpe de Estado, el libro refiere los crímenes y vejámenes de las fuerzas armadas, se ocupa principalmente de los represores Antonio Bussi, Ramón J. Camps, Luciano Benjamín Menéndez, Jorge Antonio Bergés y Jorge Acosta.

## **El comisario tiene a la Virgen presa...**

Con Pérez Esquivel, milita la no violencia activa, no el pacifismo. Es una actitud ante la no violencia. Por ejemplo, iba un empleado de electricidad a cortar la luz por falta de pago y se juntaban 200 tipos en minutos aplaudiéndolo, el tipo miraba para abajo, no cortaba y se iba.

La gente, los barrios populares de zona sur, las primeras tierras tomadas por los desplazados de las villas de Capital y las víctimas de la 1050, una estafa en la dictadura de venta de casas que nunca se entregaron. En estos barrios, la gente se juntaba, les hacía frente: “Ni hablar cuando se llevaron en cana a un grupo de gente y entre ellos estaban la Virgen y el cura. ¡El comisario tiene a la Virgen presa!”, gritaban 500 personas en la comisaría. Te podés imaginar que el tipo temblaba por todos lados, largó a la Virgen y a los que estaban presos”.

## **Héroe terrenal, héroe grupal...**

Cuco nos habla de personas, circuitos, resistencias y estrategias de lectura. Nos lleva a un mundo donde, como los personajes de Oesterheld, debe ocultarse y ocultar los libros. Nos habla de un submundo donde los libros circulaban en espacios comunes pero camuflados. Están ahí, a la vista, pero disfrazados para la lectura en el colectivo o en algún sótano. Juan Sasturain describe a *Shelock Time* como el primero de una serie de héroes de historias que marcaron una época y nos dice que este personaje tiene un costado oscuro, secreto, una sabiduría escéptica hecha de haber visto mucho más allá. Los héroes de Oesterheld, como los de esta entrevista, tienen algo de otro mundo pero son

absolutamente terrenales, como dijo alguna vez este autor: "El único héroe válido es el héroe colectivo, nunca el héroe individual, el héroe solo".

Son las 9 de la mañana y hace frío en Varela. En la UNAJ, un grupo de docentes toma su primer café. Comentan, debaten, a veces levantan la voz y se ríen. En la puerta vidriada aparece un hombre alto, corpulento, con una campera marrón y un morral atemporal: es Cuco Nández. Entra, se acerca cordialmente y se suma. La mesa está abierta para todos los que quieran sumarse a escuchar sus historias a través del espacio y el tiempo.



Quemar libros es un empeño absurdo que se repite con terquedad a lo largo de los siglos, desde la Mesopotamia hasta el presente.

Irene Vallejo, *El infinito en un junco* (2023, p.217)

Los senadores decretaron que sus libros fueran quemados por los ediles; pero se salvaron ocultos y fueron luego publicados. Mayor razón para reírme de la estolidez de quienes creen que con el poder del presente se puede extinguir también la memoria de la posteridad.

Cornelio Tácito, *Anales* (1979, p. 295)



## Capítulo 5

### Memorias en papel carbónico<sup>1</sup>

#### Entrevista a Silvia Mortillaro

*Iván Mantero Mortillaro*

Hoy visité a mi madre, Silvia Haydeé Mortillaro. Hace décadas que no vivimos juntos y hay temas de los que casi no hemos hablado. Siendo yo el menor de sus hijos, muchas situaciones de la vida familiar las he conocido al escuchar las conversaciones de los adultos o al observar con ojos de niño situaciones que sucedían frente a mí. No obstante, en mi casa nunca hubo temas tabú, sí, tal vez, temas que dolían y todos sabíamos que dolían.

La tragedia familiar la conocíamos más por una necesidad de cuidado durante nuestra infancia (entender de qué cosas podíamos hablar y de qué cosas no podíamos hablar fuera de casa), que por una intención de conocerla en profundidad. De hecho,

---

<sup>1</sup> Edición escrita de la entrevista audiovisual a Silvia Mortillaro, realizada por Iván Mantero Mortillaro (entrevistador y realizador multimedial) el 24/09/2019 en San Martín, Provincia de Buenos Aires. Archivo audiovisual *Voces de la Memoria*, RID-UNAJ.

gran parte de esa historia la fui reconstruyendo por mi cuenta. La preparación de esta entrevista fue la ocasión para profundizar el diálogo con Silvia sobre su propia experiencia de vida, la historia de nuestra familia y el hecho más difícil: la desaparición de mi tío Ariel.

En las afueras de San Martín, Provincia de Buenos Aires, el viejo barrio fabril, mezcla de casas y galpones abandonados, está igual. La casa también. Al entrar, reconozco objetos y decoraciones que yo guardaba en mi memoria, y ella, en bandejas colocadas sobre los muebles; como una exposición de huellas del pasado: una bolsita *souvenir* de arena sellada al vacío con un estampado que dice “Cuba 1978”, caracoles, estatuas, fotos de varias generaciones de la familia, entre un sinfín de objetos cargados de recuerdos.

La luz del sol atraviesa las cortinas de la ventana y genera una iluminación agradable. Silvia se sienta frente a la cámara. Detrás de ella, dos bibliotecas antiguas con puertas de vidrio contienen varios cientos de libros. Sobre la pared roja del fondo, cuelgan los cuadros “Apuntes de Hanói”, que el artista cubano René Mederos<sup>2</sup> realizó en Vietnam en 1968, de los cuales mi

---

<sup>2</sup> En 1968, el artista cubano René Mederos viajó a Vietnam del Norte donde hizo un recorrido durante dos meses, en pleno desarrollo de la guerra. Estuvo presente en los propios escenarios del combate. Las condiciones brutales y la valentía mostrada por los combatientes vietnamitas le inspiró hacer un conjunto de pinturas que denominó “Apuntes de Hanói” y que está compuesta por 30 originales. Estos fueron exhibidos en esa ciudad y luego, al regresar expuso en Casa de las Américas. De esos originales, 17 fueron reproducidos en láminas, en serigrafía, que se distribuyeron en Cuba y en el extranjero, incluyendo Estados Unidos. Cfr. Morales Campos, R. René Mederos Pazos.

madre conserva una colección original de la primera edición serigráfica, editada por Casa de las Américas. La columna que separa el living de la biblioteca muestra fotos enmarcadas de mis abuelos en distintas épocas. En dos de ellas, mi abuelo Gaspar está conversando con el Che Guevara en la Cuba de los primeros años de la revolución. “Ahí está papá entrevistando al Che, –me dice– la foto es de *Prensa Latina*”.

Le coloco el micrófono, enciendo la cámara e iniciamos la entrevista:

**Iván Mantero** — *Estamos en la casa de Silvia Haydeé Mortillaro, a quien en la familia llamamos Freya. Ante todo, gracias por recibir a Voces de la Memoria en tu casa. En conversaciones anteriores, nos contabas que pertenecés a una familia socialista, que durante el siglo XX (por no remontarnos más atrás en la memoria) participó de las luchas populares activamente, con un fuerte acento en la defensa de la educación pública y los derechos docentes. Que tu madre y tu padre fueron docentes, constructores de su organización sindical, y que tu padre llegó incluso a jugar un rol destacado en el gremio allá por la primera mitad del siglo pasado. Tu padre también fue escritor, periodista y editor, trabajó para diversos medios gráficos, nacionales y extranjeros. A estas tareas también le dedicó gran parte de sus esfuerzos militantes y, como tales, fueron tomadas por la familia como una actividad de compromiso político. Como resultado de todo ese trabajo y esfuerzo, tu papá fue atesorando en su hemeroteca privada un gran archivo de documentos y artículos periodísticos de su autoría, al igual que materiales relevantes para el análisis y la crítica histórica y social.*

*Luego vinieron los años de la Revolución Cubana, y vos fuiste para allá en 1959. Luego fueron tu hermano Ariel y tus padres, Clara y*

*Gaspar. Este último trabajó en el Instituto Julio Antonio Mella como secretario en la Comisión Directiva y dictó clases en la Universidad de La Habana. Murió en Cuba en 1966.*

*Nos interesa que nos cuentes, ¿qué encontraste de la hemeroteca paterna cuando regresaste a la Argentina en 1979? Y dado que esta historia que nos vas a contar es muy rica en experiencias e incluye un vasto desarrollo temporal, te vamos a pedir que tratemos de estructurarla cronológicamente. Vos naciste el 3 de marzo de 1940 en Buenos Aires. Sos la hija menor de Gaspar Mortillaro y Clara Josefina Zunino. ¿Cómo estaba compuesta tu familia durante tu infancia?*

**Silvia Mortillaro** — Mi papá tenía una tía, hermana de mi abuelo siciliano, y en algún momento creo que hubo otra tía que llegó a Buenos Aires y que estuvo un tiempo. A esta tía, que recuerdo vivía también en el barrio de Belgrano, la llamaban “Chichina”, tenía dos hijas y varios nietos. Pero además, mi mamá tenía una familia más numerosa, con varios primos nuestros. Los hermanos de mi mamá eran como seis, y nos reuníamos frecuentemente con ellos y mi abuelita. Compartíamos, como se acostumbraba, las ravioladas que se cocinaban en la casa, y esas cosas, los días domingos. Mi tía mayor, que era mi madrina laica, siempre traía sus ramos de hortensias preciosas, a las que les daba color con clavos que mi abuelo tenía guardados. Porque se juntaban los clavos, los martillaban, los enderezaban. Eran de hierro, se oxidaban. No como los clavos de ahora que ya no se oxidan más. Y ella los ponía entre las raíces de las hortensias, entonces tenían un color rosa viejo muy bonito.

»Eran reuniones muy agradables. En las comidas, mi papá solía contarnos sus experiencias. Eran momentos de unión y de conversación. Me acuerdo de lo que él contaba, porque era lo más interesante de todo, claro. Yo era estudiante, iba al colegio en el barrio de Belgrano, la escuela normal en aquel momento era muy

engominada, digamos. Y en cambio, las historias que contaba papá, de los distintos sucesos y cuestiones relacionadas con la vida social, las cuestiones políticas, o alguna obra, eran apasionantes. También había visitas, amigos que eran a su vez escritores o docentes o políticos, y todo era muy interesante y constructivo.

»También realizábamos tareas en común. Los trabajos - pintar la casa, o ayudar en las tareas del hogar- los hacíamos entre todos, compartiendo un espíritu socialista. A mí como diversión principal me gustaba leer. Todas las semanas me regalaban un libro nuevo, porque si se demoraban un poco empezaba a leer uno anterior otra vez. Todo eso fue formativo para nosotros. Por lo menos, para tres de nosotros, porque éramos cuatro. Mi hermana Aixa (16 años mayor que yo), mi hermano Ariel (9 y medio mayor que yo) y yo, teníamos ideas afines, compartíamos todas estas cosas. Mucha curiosidad con respecto a temas que fueron surgiendo en esos momentos, como, por ejemplo, la filosofía de Krishnamurti. En cambio, con mi hermana mayor, Ethel, no compartíamos intereses.

— *Vos retrataste recién el ambiente familiar y este compartir bajo un espíritu solidario o socialista, si se quiere, de convivencia. Imagino que habrá habido también experiencias de participación en procesos políticos, hoy históricos.*

— Ah, sí. Por ejemplo, cuando yo tendría unos cinco o seis años, me acuerdo de que fuimos a una marcha o una manifestación o una conferencia, no sé. Tal vez iba a hablar Alfredo Palacios. Y estábamos en las Barrancas de Belgrano (claro, yo era chiquita, ¿no?), y veía llegar a gente grande, todos entusiastas; y en un momento comenzaron a cantar canciones revolucionarias. Una de las canciones que me acuerdo fue “La Internacional”. También cantaron “Va pensiero”, con letra

socialista, ¿no? Me he puesto a buscar a ver si encontraba la versión socialista de esa música de Verdi, de la ópera *Nabucco*, de Verdi, y no encontré la letra, pero bueno. Eran voces cultas, porque esos obreros eran de origen italiano o español, gente que amaba la ópera y escuchaba música. Seguramente habría zarzuelas. Sus voces cultivadas llenaban la plaza. Era muy emocionante. Y en un momento, cuando todavía no habían comenzado a hablar los oradores, irrumpió la policía montada llevándose por delante a la gente con los caballos y reboleando los “palitos de abollar ideas”. Mis padres me subieron a la pared de la glorieta. Me pararon ahí arriba y ellos se amontonaron protegiéndome, así que quedamos en el margen. Pero mi hermano Ariel, que iba con nosotros, desapareció de la vista. Nos preocupamos. Una vez pasada esa horda salvaje, empezamos a llamarlo, a buscarlo, hasta que apareció en el medio de dos asientos, de esos de la plaza que se hacen con maderitas y con un armazón de hierro forjado, que estaban juntos, respaldo con respaldo, formando como una cuevita. Él se había metido en medio para quedar a salvo de los caballos.

— *¿En qué año habrá sido?*

— Y, yo tendría como seis años, tal vez, y él tendría más o menos quince. Habrá sido en el 46, porque él nació en el 30 y yo en el 40. Bueno, esa es la primera manifestación que recuerdo.

— *Me contabas algunas detenciones del abuelo (mi abuelo, tu padre)...*

— Sí, a ver, estamos en el 40 y pico, y ellos se fueron a Cuba en el 53, invitados por el gobierno de Batista porque papá había escrito un libro que recopilaba obras de José Martí para la escuela argentina. Pero como era periodista y también escritor,

viajó haciendo escalas en distintos países. En cada sitio al que llegaba, hacía entrevistas a personajes importantes, enviaba artículos a distintos diarios, entre ellos, *La Nación*. En Guatemala, entrevistó a Jacobo Árbenz<sup>3</sup>, que había hecho la reforma agraria procurando rescatar la tierra para los campesinos, ya que la United Fruit Company tenía medio territorio de Guatemala en barbecho para cuando necesitara plantar más plátanos, más bananas.

»Parece que a la United Fruit no le gustó la nacionalización y, con ayuda de Estados Unidos, por supuesto, ya que era una empresa norteamericana, organizaron un golpe de Estado, que fue dirigido por el coronel Castillo Armas, que derrocó a Árbenz en 1954. En ese momento, en Guatemala había muchísimos latinoamericanos y gente de todo el mundo, que estaban ahí como en la Meca revolucionaria del momento. Y Perón envió aviones para repatriar a las personas refugiadas en la Embajada Argentina, donde se había metido mucha gente, pero no el Che. He leído en algún lado que el Che había entrado a la embajada argentina, pero no, el Che siguió camino hacia México.

— *Por lo menos, no se subió a los aviones.*

— No se subió a los aviones tampoco. No, no, no. No entró a la Embajada Argentina, siguió viaje. Y fueron como unos siete aviones cargados con asilados en la Embajada. Cuando llegaron a Argentina, el gobierno de Perón detuvo a muchísimos de ellos o por ser comunistas o por ser antiyanquis o por cualquier motivo

---

<sup>3</sup> Juan Jacobo Árbenz Guzmán (1913-1971) fue un líder político y militar guatemalteco. Se destacó en la Revolución de 1944, un movimiento para la democratización de su país. Tuvo un papel fundamental en la lucha por la justicia social y la igualdad. Fue Ministro de Defensa Nacional (1945-1950) y el quinto presidente de Guatemala (1951-1954).

con que Perón comulgara y los pusieron en la cárcel. Al momento de producirse las detenciones, el embajador de Guatemala en Argentina, Manuel Galich, que era amigo de mi papá, le dio una lista con la que papá editó un número especial de *Guatemala Libre*, un diarito de un pliego que tenía ocho páginas. Y en la hoja central, a dos páginas, publicó toda la lista de los detenidos, al llegar a Argentina, por el gobierno de Perón.

— *¿Esa lista no había sido publicada antes?*

— No, no. No se conocía. Gracias a esa publicación, salieron libres, ¿no?, porque enardeció a la opinión pública. Pero a papá lo detuvieron. Como decía...

— *Molina y Vedia.*

— Como decía la tía de Molina y Vedia, ¿no? “Patria libre, Mortillaro preso”<sup>4</sup>. Bueno, estuvo seis meses preso. Por esa misma

---

<sup>4</sup> Recuerdo que cuando trabajaba como fotógrafo para la revista *Nómada*, que dirigía Jorge Boccanera, realicé reportajes fotográficos a muchos referentes de la cultura. Uno de ellos fue Juan Molina y Vedia, a quien fui a visitar en su casa del barrio de Saavedra, a orillas de la Av. General Paz.

Previamente al trabajo del reportaje en sí (que en el caso de Juan terminó con una serie de fotografías junto al paredón de la General Paz), solía proponerles a los entrevistados unos minutos de charla para conocernos un poco y pensar metáforas visuales que pudieran condensarse en los retratos. En esos minutos, charlábamos del tema sobre el que versaba la nota, pero también de las pasiones, recuerdos, proyectos. Eran momentos de conocernos un poco, yo a ellos y ellos a mí.

Recuerdo que con Juan nos sentamos en una mesita, y tomamos algo fresco. Hablamos de la ciudad de Buenos Aires, de sus transformaciones. Hablamos de la historia del Puerto Nuevo de Buenos Aires. En ese momento le dije: “Sí, mi abuelo escribió un libro sobre la escuela que estaba en el puerto, donde él daba clases, el libro se llama *Vidas en cruz*, de Gaspar Mortillaro”.

— *¿Vos sos nieto de Gaspar Mortillaro?*

— Sí, mi nombre completo es Iván Alejandro Mantero Mortillaro.

— *¡No lo puedo creer! ¡Mirá vos!* — me dice.

época, un poco antes, en el 51, Ariel fue detenido y también llevado a la cárcel de Caseros, por participar de las manifestaciones que reclamaban la aparición con vida del estudiante Ernesto Mario Bravo que había sido secuestrado por la policía y se encontraba desaparecido. La FUBA organizó reclamos, huelgas de estudiantes, protestas, etcétera. Y Ariel, que era estudiante de tercer año de Ingeniería Civil y era secretario de la FUBA, estaba en la organización de todas las protestas. Entonces, en una marcha que hubo, que fue reprimida por la policía, Ariel, por no abandonar a un compañero que tenía pie plano y que no podía correr, no se puso a salvo (porque él corría muy rápido), podría haberse escabullido, pero lo agarraron y también estuvo preso.

»A todo esto, mamá y yo, cuando uno u otro estuvieron presos, les llevábamos canastas de comida a todos los reclusos, porque los presos políticos estaban en una galera, que era un espacio grande, largo, cerrado con rejas. Y ahí compartían todo. Algunos tenían a alguien que les llevara algo; otros no. Así que íbamos nosotras.

»¿Te acuerdas de lo que conté de *Cacao*? Había unas mesas grandes, enormes, donde llegábamos con las canastas. Y los

---

- ¿Por?

- *Cuando yo era chico, tenía una tía a la que solíamos ir a visitar. Cada vez que me veía me recibía con una exclamación: "¡Patria libre, Mortillaro preso!" Y a mí me quedó grabado en la memoria. Mi tía era muy amiga de tu abuelo.*

- Claro, y a mi abuelo Gaspar que tenía una activa militancia socialista, lo solían meter preso.

- *¡Gaspar Mortillaro! ¡Mirá vos!*

En otra ocasión le hice un reportaje a Rogelio García Lupo en su oficina, y él me contó que en 1962 estuvo preso con mi abuelo en la cárcel de Devoto, pero esa es otra historia. Un tiempo antes de la entrevista con ella, le conté a mi mamá estos hallazgos del pasado.

policías o guardiacárceles revisaban lo que llevábamos. También les llevábamos libros. Habíamos conseguido un libro que nos habían pedido, no sé si papá o alguien más en la galera, que se titulaba *Cacao*, de Jorge Amado. Bueno, un individuo que estaba revisando nuestras cosas, agarró el libro y le gritó a otro guardia que está del otro lado de la mesa:

“Fulano’, ¿Cacao puede pasar?”

“Sí, todo lo que sea chocolate” –le contestó el otro.

»Así fue que pasó ese libro. Posiblemente no lo habrían dejado entrar si hubieran sabido que trataba un tema social, que no era propiamente chocolate.

»Así que todas esas cosas, junto con las discusiones en casa, el compartir ideas, analizar entre todos cuestiones sociales, nos formó como un núcleo afín, ¿no? Exceptuando a mi hermana mayor casada con Pacho, un radical de derecha. Pero, bueno, cada uno elige lo que siente más afín a sí mismo, ¿no es cierto?

— *Me contabas que después, en el 58, vos empezaste a colaborar también con las producciones editoriales de tu papá, ¿cómo fue esa experiencia?*

— Sí, más específicamente, con la edición/publicación del libro *Puerto Rico al rescate de su soberanía*, del portorriqueño Carlos Padilla que era mi esposo en ese momento, porque me casé en el 58.

»Yo había terminado la escuela normal el año anterior, en el 57 y, por mayo del 58, algo así -no me acuerdo la fecha porque yo para eso soy... cuando no me interesan las borro y ya [*Se ríe*]-, me casé con este exiliado de Puerto Rico que había estado preso

allí con Albizu Campos<sup>5</sup> compartiendo la celda. Y Albizu Campos le había encargado hacer propaganda por la independencia puertorriqueña. Eso también lo acercaba a nuestro núcleo ¿no?

»Conoció a mis padres en Cuba, durante el Congreso Martiano del 53, porque él acababa de salir de Puerto Rico, estaba en Cuba, y se acercó a los delegados o a los participantes en el Congreso con su prédica por la independencia de Puerto Rico.

»En el 54, estaba en Guatemala cuando cayó el gobierno de Árbenz, y entró a la embajada argentina. Subió a los aviones enviados por Perón y aterrizó en Buenos Aires. A él no lo detuvieron, llegó a casa. Y papá, por ayudarlo, le dio un puesto como secretario. A partir de ese momento, Padilla se dedicó a escribir este libro y a hacer propaganda: salía de Argentina, iba a países vecinos y volvía, y siempre se alojaba en casa, y siempre tenía la ayuda de papá.

»Cuando Padilla se quedó en casa, yo tenía 14 años, era la más chica de todos, él era para mí como un amigo de mis hermanos mayores, de mis padres. Cuando finalmente terminó de escribir el libro, papá se lo editó en una imprenta en la que trabajaba. No sé si papá era socio o si solo compartían trabajos.

»En ese momento, yo ya tenía dieciocho años, en el 58, había terminado la escuela normal y me había casado con Padilla. El libro tenía que ser primero pasado a máquina, así que él me enseñó a escribir a máquina con todos los dedos, cosa que a futuro siempre me vino bien. Y además después, cuando se hicieron los

---

<sup>5</sup> Pedro Albizu Campos (1891-1965) fue un dirigente político, luchador por la independencia de Puerto Rico, el más importante del siglo XX en esta causa. Se lo llamaba “El maestro”, “Don Pedro” y “El último libertador de América”.

“tipos”, que eran renglones que se hacían con plomo, con los que se imprimían primero unas pruebas de “galeras”, que eran unos papeles largos, para corregir cualquier falla que se encontrara antes de editar el libro.

»Entonces, mi papá me enseñó cómo había que marcar los errores. A veces, él iba leyendo o yo leía y él corregía, en fin, nos intercambiábamos. Si dos palabras estaban juntas había que sacar una línea al margen y hacer dos rayitas o cosas así.

»Corregimos el libro, se editó y, después, se publicó. Mi hermana Aixa hizo las ilustraciones de la tapa (también había hecho las ilustraciones, cuando papá publicó su libro *Vidas en cruz*, las ilustraciones son de Aixa, antes, ¿no?). Bueno, ¿qué más te iba a decir?

»Y en el 59, iniciándose el 59, o sea, poco después de casarnos, triunfó la revolución cubana y ahí fue cuando mandaron de Cuba un avión a recoger a los exiliados que estaban en Argentina y como Padilla tenía relación con ellos, lo invitaron a ir a Cuba. Así que se fue allá, llegó en los primeros días. Y yo viajé en abril. El 2 de abril llegué a La Habana y ya me quedé por diez años. Casi diez años porque estuve del 60 al 61 en Ecuador.

— ¿Y por qué fuiste a Ecuador en el 60?

— Porque, ¿te acuerdas de la agencia periodística *Prensa Latina*, en Cuba, fundada por Ricardo Massetti?<sup>6</sup> Esta agencia iba a participar en un congreso o una reunión de periodistas en

---

<sup>6</sup> Jorge José Ricardo Mascetti (1929-1964) fue un periodista y guerrillero argentino conocido como “Comandante Segundo”. Además de ser fundador y director de *Prensa Latina*, encabezó en 1963-1964 el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), de corte guerrilla guevarista. El 21 de abril de 1964 se internó en la selva y no se supo más de él.

Ecuador, cuyo jefe era Padilla. Así que, cuando estábamos instalados ahí, nos llegó el aviso de que iban a sabotear a los delegados cubanos: no les iban a dar alojamiento en ningún hotel. Entonces, tuvimos que alquilar una casa muy grande en una zona un poco alejada del centro de Quito, era como campo, El Batán se llama (que fue donde después hubo un tornado que me pasó por arriba de la casa estando sola y había un maizal divino en el fondo con unos choclos riquísimos...). En definitiva, me parece que esta conferencia no se realizó, no llegó nunca ningún periodista, tampoco los cubanos. Supongo que no habrán ido porque les avisaron que no se realizaba. Pero bueno, ¿qué te decía?

— *Que no estuviste en Cuba diez años justo.*

— Ah, ya, ya, ya. Claro. Pero, mientras tanto, con todo este tema periodístico, el gobierno ecuatoriano clausuró *Prensa Latina* en Ecuador e incautaron los teletipos. Un mes antes de esto, nació Fernando, mi hijo mayor. Una semana después, mi mamá viajó desde Cuba para acompañarme a mí, que era primeriza, claro. Ella, junto con mi papá, había ido a Cuba unos meses antes, donde ya estaba mi hermano desde el 61.

»Así que con ella y con Fernando chiquitito, que lo llevaba yo medio envuelto en un pañuelo de seda cuando paseábamos para cuidarlo del viento, volvimos a Cuba. Tiempo después regresó Padilla. No sé si iba a contar algo de esto en especial o no.

— *El tema empezó porque te pregunté por qué no estuviste diez años completos en Cuba. Igualmente estuviste esos dos años o año y pico como fun...*

— En función, en Cuba. Sí. E incluso, estando en Ecuador, íbamos al consulado cubano, porque fue el ataque de Playa Girón, ¿no? Íbamos a escuchar las noticias: estábamos pegados todos a la

radio de onda corta para enterarnos de lo que pasaba. Así que, bueno, estaba casi más en Cuba que en Ecuador.

— *Y en el ínterin ese viajaron, primero Ariel en el 60 y después Clara y Gaspar, tus padres.*

— En el 61.

— *Y a partir de ahí, ¿se quedaron todos en Cuba, o cómo fue?*

— Bueno, papá y mamá se quedaron en Cuba. Papá, no sé bien en qué año, sería por el 62 o algo así, hizo una visita a Buenos Aires, donde también lo metieron preso, para que no perdiera la costumbre.

— *Y, ¿qué trabajos...?*

— Ah, bueno, papá trabajó como profesor en la universidad, fue secretario en el directorio del Instituto Julio Antonio Mella, recopiló información sobre Julio Antonio Mella,<sup>7</sup> Martínez Villena,<sup>8</sup> y muchos destacados intelectuales, escritores, políticos. Mella fue el fundador del Partido Comunista de Cuba. También trabajó en la confección del método práctico de enseñanza de alfabetización, que utilizaron los brigadistas (que eran muchachos estudiantes, de todas las procedencias) que iban a convivir con los campesinos de las zonas alejadas, que eran analfabetos. Trabajando con ellos, se incorporaban a las familias, trabajaban con las familias y a la hora de terminar el trabajo por la tarde, se reunían, encendían la luz del farolito de “luz brillante”,

---

<sup>7</sup> Julio Antonio Mella McPartland (1903-1929) fue un periodista, líder estudiantil y revolucionario comunista cubano, principal referente del Partido Socialista Popular. Fue asesinado en la Ciudad de México.

<sup>8</sup> Rubén Martínez Villena (1899-1934) fue un abogado, poeta y revolucionario cubano que participó en los primeros años de la Revolución del Treinta, una huelga general que terminó con el gobierno de Gerardo Machado en 1933.

porque así llaman al kerosene en Cuba. Prendían el farolito, sacaban las cartillas y empezaban a enseñar. En dos años, se terminó el analfabetismo en Cuba, así que fue algo muy emocionante, ¿no? Y a partir de ahí, se dio el acceso, gratuito, a todos los niveles educativos, fue algo muy destacable. En Cuba, escaseaban montones de cosas, la población tenía libretas con las que podía comprar lo poco que había, que se repartía entre todos por igual.

En un pequeño intervalo de la entrevista, mi mamá me cuenta su experiencia como docente en la Cuba revolucionaria de los años 60. Por un lado, resalta el gran esfuerzo que el pueblo cubano puso en una educación que fortaleciera la formación científica, humanística, transformadora; pero también me cuenta escenas de egoísmo o de mezquindades individuales que se expresaban en los pliegues cotidianos de la joven revolución. Una de estas situaciones se presentó en la escuela donde trabajaba. Un día, en una conversación, un joven docente reivindicó que en un discurso Fidel había calificado a Mao de “viejo chocho” (fruto de un incumplimiento en el envío de arroz a la isla), y mi mamá respondió que le parecía mal que un jefe de Estado como Fidel usara esos calificativos para referirse a otro jefe de Estado. Al día siguiente, la convocaron de la dirección de la escuela para realizarle un llamado de atención. Mientras la estaban criticando por sus dichos, mi mamá notó que detrás del escritorio de la dirección colgaba un gran retrato de Fidel. Continuamos con la entrevista:

— ... entonces dije: “En cuanto a ese retrato que está ahí, yo escuché un discurso de Fidel (escucho siempre los discursos de Fidel, me gusta mucho cómo habla, cómo explica las cosas, con qué didáctica explica), que decía que estaba prohibido por las leyes revolucionarias poner retratos de héroes vivos de la revolución en los lugares públicos. Así que no sé qué hace ese retrato de Fidel, porque, que yo sepa, está vivo, por suerte. ¿Usted no escuchó la conferencia? ¿No sabe que hay una ley que dice tal cosa?” Toda la cosa quedó ahí, además porque me decían: “¡No se puede criticar a Fidel!”, o algo por el estilo y yo respondía: “¿Por qué no? A mí me parece que podemos coincidir en muchas cosas y podemos estar en desacuerdo en otras. Y si yo estoy acá es porque estoy de acuerdo con lo que pasa en Cuba, con la revolución. No vine aquí a que me enseñen todo, yo vine porque simpatizo con esto, porque soy socialista... así que si me equivoco,” -me acuerdo que dije eso- “si yo me equivoco, puede ser que me equivoque, que me lo discutan. Que me digan: ‘No, esto no es así por tal otra cosa’, y yo podré cambiar de opinión o no, porque prefiero equivocarme con cabeza propia y no acertar con cabeza ajena. Si yo hago lo que otro dice, que a lo mejor tiene mucha razón pero no lo entiendo, y solamente lo sigo porque me queda cómodo o porque voy a acomodarme al poder en ese momento, no soy una revolucionaria, ¿no? Y si yo siento que estoy de acuerdo, pero que tal cosa no me parece bien y la digo, eso puede mejorar a la revolución, ¿o no? Me parece que es mucho más honesto estar en desacuerdo y plantearlo que estar ‘de acuerdo porque no discutimos lo que dice el líder’, ¿no?”. Bueno, dije esas cosas, terminaban las clases ya y al año siguiente nos cambiaron a todos de escuela, pero no pasó nada más allá de eso.

— *¿Recordás otras situaciones en las que haya sucedido algo similar?*

— Una amiga argentina, María Luisa Lezcano, arquitecta, una vez criticó también una actitud de Fidel, que él habrá pensado que estaba bien: los que estuvieron mal fueron los que le hicieron caso, que eran todos ingenieros o arquitectos; Fidel es abogado, era abogado. Bueno, le mostraron un plano que habían hecho de cómo tenía que construirse una carretera sobre la Ciénaga de Zapata, que iba haciendo una especie de medialuna, una curva. Fidel miró el plano y dijo: “¡No! ¿Por qué?, si la línea más corta entre dos puntos es la recta. Tiene que ir de acá hasta acá, ¿por qué va a ir así?”, ¿no? “Ah, bueno”, y la hicieron recta. Entonces, a María Luisa, cuando le mostraron como una gran cosa de Fidel el haber dicho eso y como todos lo siguieron, opinó: “Pero esto es una barbaridad, si Fidel no es ingeniero ni es arquitecto, ¿qué sabe él? Si la hicieron curva es porque alrededor sería más firme la tierra. Tienen que haber estudiado el subsuelo, y saldría mucho más económico hacerla por ahí y no derecha, donde habrán tenido que profundizar muchísimo para poder hacer la carretera”. Fue por eso que a María Luisa la mandaron a su casa sin trabajar, la suspendieron, le pagaron el sueldo, pero ella se sentía muy herida, muy mal porque no la dejaban trabajar, ella había ido a Cuba a trabajar. Después la reincorporaron. Pienso que de eso Fidel no sabría nada. Esto todo habrá sido más bien una cuestión del Partido Comunista, centralista, estalinista, el modelo soviético, que se implementó en Cuba, ¿no? Eso trajo una serie de problemas, inclusive el Che tuvo desacuerdos. Eran amigos personales el Che y Fidel, pero Fidel no podía apoyar al Che cuando salió y estuvo en Bolivia, y se quedó solo. [*Mi mamá se*

*emociona, señala una foto, la cámara se acerca al retrato*].

— *Vamos a mirarla. Contanos, ¿qué es esa imagen?*

— Ahí está papá, la de arriba también [*Otra foto*] es de *Prensa Latina*. Está entrevistando al Che, no sé con qué motivo: una reunión parece que hay, ¿no? Esa entrevista no la tengo, no sé para qué diario se habrá hecho.

— *Hermosa la foto.*

— Sí. Allá está la foto con mi mamá. Arriba. Cuando era jovencita [*La cámara sube por la columna poblada de fotografías hasta llegar a la indicada*], tendría diecinueve o veinte años cuando se casaron.

— *Ahí están Gaspar y Clara. [El foco permanece en la foto de ambos que cuelga en la pared].*

— Sí, papá era un año menor, pero mirá las canas que tenía [*Sonríe*], tenía un mechón blanco de canas y después perdió el pelo muy pronto, como se ve en la de abajo. Cuando yo nací, él tenía 39 años y ya no tenía pelo, casi.

»Bueno, y acá está mamá [*Señala otra fotografía*] ya viejita. Ahí tendría por lo menos ochenta y nueve, o más, noventa y pico. Vivió noventa y nueve años. ¡¡¡Ahh, no, esa foto es en el 90!!! ¡No! No, Fre se fue en el 90 [*Freya es su cuarta hija, que emigró en el 90 a Israel*], así que la foto es del 92/93, es la edad que tenía mamá. Sí, sí, me acuerdo que ella vino en esa fecha.

— *¿Esa foto, la habré sacado yo?*

— Ah, no sé, a lo mejor...

En 1966, mi abuelo Gaspar muere de cáncer en Cuba, mi abuela Clara vuelve a Buenos Aires. Mi mamá se queda. Un tiempo después, se pone en pareja con mi papá, Carlos Mortillaro,

un joven ingeniero peruano.

En 1969, mientras transitaba el embarazo de Tania, decidieron viajar a Perú. Al año siguiente, en Lima, nació Tania y con el correr de los años, tres hijos más: Freya (1971), Carlos Ariel (1973) y yo (1976).

En 1967, su hermano Ariel completó sus estudios de Ingeniería Hidráulica, obtuvo el diploma de honor y la invitación a quedarse como profesor en la URSS, invitación que agradeció pero declinó para poder volver a trabajar en Cuba.

Durante 8 años trabaja como ingeniero allí, se casa, tiene dos hijos: Carina (1971) y Aishel (1973). Con frecuencia viaja a Argentina a visitar a Clara, su madre. En esos viajes afianza relaciones con el PRT-ERP, organización a la que se incorpora y, en 1975, decide quedarse definitivamente en Buenos Aires. Comienza a trabajar como ingeniero en Techint.

En Buenos Aires, reencuentra a Carmen, un antiguo amor, e inician una relación. En abril de 1976, nace Ariela. Unos días después, nació yo, a principios de mayo. Pienso que debe haber sido fuerte para ambos hermanos, Silvia y Ariel, compartir, aunque sea a la distancia, los respectivos embarazos y crianzas de sus hijos, en el caso de mi madre, sus últimos tres: 1971 (Freya y Carina); 1973 (Carlos Ariel y Aishel) y 1976 (Ariela y yo).

El 21 de mayo de 1977, un grupo de tareas de la dictadura irrumpe en el domicilio de mi tío Ariel y lo secuestra. Desde ese momento, no se supo nada más de él.

Pero volvamos a la entrevista:

*— Decíamos entonces que Clara, tu mamá, fue a vernos a Perú en 1977. El viaje fue propuesto por la familia, preocupada por las represalias de la dictadura ante los habeas corpus que ella había*

*presentado para buscar a Ariel.*

— En el 77, estoy segura. Ariel todavía no había cumplido los cuarenta y siete años, nació en noviembre del 30. El once de noviembre nació él, no recuerdo bien, o el dos o el once, una fecha es la de él y la otra la de Aixa [*su otra hermana*].

— *Y algo de lo que yo observo de todo esto que vos...*

— [*Interrumpe*] Ah, una cosa que no te dije cuando hablamos de que papá había fallecido en Cuba, es que le hicieron antes de eso, grandes homenajes y, bueno, tenemos fotos: ahí está él hablando con todos los amigos y conocidos y qué sé yo, y cuando murió, nosotros nos quedamos y mamá vino a Buenos Aires (“nosotros” digo por Ariel y por mí, Ariel después volvió a la Unión Soviética a terminar su carrera).

Al llegar a Buenos Aires, mamá se encontró con que habían publicado en una parte destacada del diario (no sé cuál) la noticia entre comillas [*hace gesto con los dedos*] de que a papá lo habían fusilado en Cuba. Y ella, haciendo uso de su derecho de réplica, contestó que no, que había fallecido de cáncer, muy bien tratado por el gobierno cubano. Lo publicaron chiquitito así [*junta pulgar e índice*] en un lugar que ni se veía. “Pero, bueno... como papá era muy conocido, acá contaban con desprestigiar un poco a Cuba con ese infundio”.

— *Entonces la abuela va a Perú después de la desaparición de Ariel y...*

— Yo también les escribí a Kennedy y a su mujer que estaban haciendo un recorrido: a los dos, para ver si intercedían. Inocencia la mía, pero por no dejar de hacer algo posible, ¿no? Y no, por supuesto, ni acusaron recibo ni nada.

— *Podríamos decir que toda esa experiencia que vos contás de la familia y de la actividad del abuelo, o sea, de tu papá, mi abuelo, en parte estaba condensada en esa hemeroteca que tenía sus trabajos, sus artículos para los periódicos y...*

— Bueno, por lo menos estaba documentada. No sé si *condensada* sería la palabra. Sí, había mucho material ahí guardado. Papá había mandado a hacer una estantería de madera que tendría por lo menos tres metros de alto por seis más o menos de largo y ahí estaban apilados diarios y eso. Bueno, pero eso, desgraciadamente cuando regresé, ya no lo encontré. Cuando volvimos con mamá, habían vendido la casa y nunca supe qué pasó con todo el trabajo de papá. Ethel debe haber hecho desaparecer todos los diarios y documentos, porque después nunca supe dónde estaban. En parte, porque no le interesaría conservar esto. Cuando falleció papá, no tenía que darle cuentas a nadie, pero también porque durante el gobierno militar, la gente tenía miedo, justificadamente, en parte, pero algunos escondían cosas y las guardaban, otros no. Mi hermana y mi cuñado no guardaron nada de eso, no tuvimos nada.

»Y de los libros que tenía papá, algunos habremos recuperado después, porque los tenía mi otra hermana en Villa Rosa.

— *O sea, de aquella hemeroteca no quedó nada.*

— No, de la hemeroteca no quedó nada, y de los libros, poco.

— *Sin embargo, yo sé que en casa hay material, no de esa hemeroteca pero sí del archivo que por ahí...*

— Sí, carpetas de cartas y todo. No sé bien cómo fue que se mantuvieron. Muchas de esas cartas estaban dirigidas por la familia de acá a nosotros en Cuba y estaban también las cartas que

nosotros habíamos escrito para aquí. Algunas eran copias de cartas que mandamos, porque por ahí escribíamos con papel carbónico o alguna cosa así. Y también las cartas que escribimos a Ariel cuando estaba en la Unión Soviética y Ariel contestó a Cuba. O lo que me escribieron a mí a Perú y yo desde Perú escribía acá, y bueno, a mi mamá cuando estaba ahí, le escribíamos. Todo eso, más cartas antiguas de cuando mis padres se conocieron, que tendrían 19 años, cosas que se escribían durante su noviazgo. Y después, cuando papá estaba trabajando como maestro en Córdoba, y se casaron, bueno... de toda esta época, pero supongo que muchas de esas cosas las llevaba mamá consigo, otras las tenía yo, por supuesto, guardadas. Guardábamos juntas. Otras las habré traído directamente de Cuba, llegaron y las habré guardado acá en lo de Aixa, o llevado a Perú, no me acuerdo bien como fue el movimiento de todo eso. Pero están [*Se levanta para ir a buscarlas, la cámara la sigue*], a ver, acá, por ejemplo, ¿ves? ¿Ves que acá hay una cantidad de carpetas? Acá hay más carpetas. Acá atrás hay más [*Mi mamá abre las puertas de un antiguo mueble de ébano y muestra pilas y pilas de carpetas que conservan las cartas y documentos familiares. Hay mucho*]. Ya las iremos viendo después, que tenemos que trabajar con ellas. Hay más cosas allá, también yo edité de una forma casera cosas que escribió papá. Acá hay artículos publicados en *El Mundo* de La Habana. Hay otro que es “Escritos de papá de 1919”, a los 18 años.

— *Todo eso hay que revisarlo.*

— Sí, todo eso hay que revisarlo. Yo lo acomodé por fechas y lo puse en esas carpetas, ¿no? Todo especialmente preparado para hacer un trabajo.

— *Uff, te diste cuenta las piruetas que me hiciste hacer, ¿no?*

— No, porque yo iba mirando para otro lado [*Mi mamá está movilizada, los ojos le brillan, como si mostrar las cartas la colmara de orgullo y alivio*]. ¿No habrás fotografiado eso? [*Señala una botellita de limoncello que hice artesanalmente hace unos meses y le llevé de regalo, a la etiqueta le puse “Limoncello Mortillaro”. Se ríe.*]

— Sí, por un lado, la pérdida esta de la hemeroteca es un dato de época, digo, en épocas donde había muchos miedos...

— Pero además, ahí tenía que haber artículos de papá que escribió en *La Vanguardia* y en muchos periódicos de acá, de Argentina, por el interior también.

— Última pregunta, porque charlamos un poquito de esto y también quería dejarlo registrado. Me contabas que cuando viniste en el 79 con nosotros cuatro y con la abuela, tu mamá, también tuviste algunos recaudos con qué cosas traer, qué cosas no traer, ¿cómo fue eso?

— Bueno, yo tenía, por ejemplo, unos pantalones muy bonitos, que me gustaban mucho y me quedaban muy bien, porque era delgadita, y una camisa de la milicia cubana. Como miliciana que era, me tocaba hacer guardias en la universidad también, porque era miliciana universitaria. El pantalón era como esos que se usan ahora que tienen bolsillos por todos lados, de color verde olivo, y la camisa era de una tela que tenía unos hilos de la trama azules y los otros blancos, lo cual hacía un tono celeste tirando a azul, pero no homogéneo, sino bonito, así cruzadito [*Ejemplifica con las manos*]. Eso no lo traje por temor a que me pescaran el traje de miliciana. Porque en esa época no era común usar esa ropa.

»Otra cosa que dejé, con mucha tristeza, porque me gustaba, y creo que la debo haber destruido al dejarla allá... era un folletito así [*Lo dimensiona con las manos*], una revistita con fotos de un primero de mayo, creo, o un veintiséis de julio, una fecha

cubana o internacional, donde desfilamos con banderas de los países latinoamericanos. Yo creo que llevaba una bandera puertorriqueña y Ariel llevaba una argentina.. Y bueno, estaban todas las banderas y había muchos técnicos, estudiantes y gente latinoamericana. Pero claro, tampoco me animé a traerlo, porque se veía que venía de Cuba. En ese momento, yo estaba saliendo de Perú para acá.

»Y los libros que traje, a algunos los forraba y a otros les sacaba la página que decía “Editado en Cuba”. Cuando cursaba la carrera profesoral de Historia, me dijeron que tenía que ir a buscar los libros que me correspondían como estudiante universitaria. Yo creí que tenía que ir a buscar la lista y lo que me dieron fueron los libros: una pila así de libros [*separando las manos indica una altura de unos 60 cm., aproximadamente*] que no sé cómo hice para llevarlos, porque no tenía donde meterlos, que eran “libros fusilados”. Eso quiere decir que como la cultura es universal, y Cuba estaba en un proceso revolucionario, y no iba a detener la cultura, no iba a dejar de brindarle al pueblo toda la cultura posible porque no pudiera pagar derechos de autor o porque no pudiera importar libros, entonces, estaba bien editarlos igual en Cuba: se fusilaban los derechos de autor.

— *Se fusilaba el copyright.*

— Eso, eso. Así que, bueno, tenía uno de historia económica de Europa de la Universidad de Cambridge, de Inglaterra; a ese lo traje, se lo presté a mi nieta, junto con otro más que no me acuerdo bien de qué trataba.

»El tema es que trataba de disimular eso, pero quería traer esos libros porque eran interesantes, estaban bien enfocados, bien hechos. Había unos que nos dieron también que eran de distintos

autores. Me acuerdo de Alejo Carpentier, Ibsen, etcétera. Esos creo que los tengo por ahí a mano [*Se levanta para buscarlos en otra biblioteca*]. Plauto, Carpentier [*Va mostrando a cámara los libros*], el cubano Carpentier, Luis Felipe Rodríguez, Edgard Allan Poe, Mark Twain, Ibsen y García Lorca. Así que eso era, no me acuerdo para qué nivel... ¿ves? [*Muestra un fragmento de papel*] Esto, yo saqué la página en la cual decía “Editado en Cuba”. Entonces, dejé esto, porque acá atrás tenía un mensaje muy interesante: “Este libro en tus manos de estudiante es instrumento de trabajo para construir tu educación. Cuídalo, para que sirva también a los compañeros que te sigan”. Me gustaba este mensaje, por eso lo dejé ahí. [*Busca dentro del libro girando páginas*] Ves, no está la página en la dice donde se editó.

— *A todos se la sacaste.*

— Sí. [*Revisa otros libros*] Acá se ve un restito del papel. [*Muestra un fragmento aún incrustado en la encuadernación, luego guarda los libros.*]

» ¿Tú leíste algo de Carpentier?

— *No.*

— Entonces, te voy a prestar en primera instancia este.

— *Dale.*

— Y después tengo muchos libros de Carpentier ahí. Ahora estoy leyendo otro que no conocía, lo encontré en una librería de viejos

— *Muchas gracias por el préstamo.*

— ¡Préstamo, eh! Mira que tienes otro que me tienes que devolver. ¿Leíste el de *La Gran Fuga*?

— *Estoy en eso, estoy en eso. Lo estoy leyendo de a poquito porque tengo mucho trabajo.*

— Ah, espera un poco. Este es el último de Carpentier que estoy leyendo que habla de la revolución española, de la defensa de las milicias internacionales [brigadas internacionales] que hicieron de Madrid, y todavía acá no entró Franco, estaban fuertes como para resistir, pero hubo ahí una traición del Partido Comunista, estalinista, que... bueno.

— *La historia del siglo XX... bueno, muchas gracias por esta entrevista.*

— No hay de qué, al contrario.

### **Post scriptum: La voluntad de Ariel**

Casi un año después de realizada la entrevista, le envié a mi mamá una primera versión de este texto para que me dé su opinión. Allí retomamos la conversación sobre la historia y aparecen nuevos recuerdos. Me cuenta que cuando, en 1975, mi tío Ariel regresa a la Argentina, realiza una escala en Lima. Quería verla antes de establecerse definitivamente en Buenos Aires. En ese momento, ya militaba en el PRT-ERP.

Durante esa escala conoció a sus sobrinas, Tania y Freya, y a su sobrino, Carlos Ariel. Él compartió una estadía de reencuentro con su hermana menor y le encargó una tarea que solo ella podía realizar:

“Si me secuestran, si no estoy en ninguna cárcel ni comisaría, si no me encuentran enseguida, vos tenés que llamar a este número de teléfono, dejar que suene seis veces y cortar. Nadie te va a atender. Tenés que realizar la llamada durante todo el día”.

Silvia era la persona a la que él podía confiar esa tarea. No solo era alguien de su absoluta confianza, sino que comprendía la lucha que él tenía por delante y sus riesgos. A la vez, ella estaba en otro país, lejos del accionar del Estado argentino.

Dos años después, con el corazón en la boca, mi madre realizó el encargo y, de este modo, cumplió con su voluntad: salvar a sus compañeros de militancia.

Ariel fue secuestrado de su casa el 21 de mayo de 1977 y, desde entonces, es un detenido-desaparecido.

Mi mamá me contó esta situación como al pasar. En la versión del texto que le di a leer, yo hacía hincapié en la búsqueda que realizaron mi abuela Clara y mi mamá: *habeas corpus*, embajadas, Amnistía Internacional, Episcopado, cartas a Kennedy, etcétera, y allí había escrito “hicieron todo lo que pudieron”. Pero mi mamá, que estaba en otro país cuando desapareció su hermano, después de leerlo me dijo “hubiera querido hacer más” y agregó “solo pude hacer la llamada que me había pedido”, sin dimensionar lo que me estaba contando o, al menos, sin darle el significado que yo le di.

En cuanto me lo contó, sentí que se había desenterrado algo importante, porque ese encargo no era solamente una llamada sin respuesta, era la señal para que se activara el operativo de seguridad que salvaría a todos sus compañeros. Si el objetivo de la dictadura al secuestrar, torturar y asesinar era seguir secuestrando, torturando y asesinando, esa llamada frustraba sus planes.

Cuando le ofrecí a mi madre esta lectura, sentí que algo en su alma se liberaba, algo que estuvo enterrado décadas en el fondo de un dolor inconmensurable. Como los libros que fueron

enterrados durante la dictadura y que son desenterrados después de décadas para dar testimonio de la derrota del terrorismo de Estado.

Pero, como dice el tango, “es el pasado que vuelve” el que nos sorprendió. En el año 2008, yo estaba trabajando en una repartición pública cuando una mujer me dijo “Ah, vos sos Ana Gerchunoff, la de la Casa de los Libros Perdidos”. Habían pasado más de tres décadas. Mi vida eran mi esposo, mis hijas, ese trabajo y, ¡de pronto eso! La miré y el corazón se paró por un instante. El llanto me salió como si toda entera estallara: no podía parar de llorar. No había cómo. Me sacudía llorando y no sabían qué hacer conmigo. El cuerpo temblaba; estaba todo eso que con mis hermanos no lloramos nunca porque no podíamos, porque no había tiempo, porque nos daba pudor, vergüenza llorar, porque había que cuidar a mi mamá, porque había que buscar comida. No podíamos darnos el lujo de mirar para atrás. No queríamos mirar para atrás. No lo hablábamos. Así se dieron las cosas: sin adultos. Éramos como una banda de huérfanos que sosteníamos a nuestra madre ausente o súbita, violentamente presente según el arbitrio de sus tormentas interiores. Huérfanos de ese padre al que tenían prisionero los militares.

Ana Gerchunoff, *Tapiamos la biblioteca en la dictadura; la liberamos treinta años después* (2016, p. 70)



# Capítulo 6

## La casa de los libros<sup>1</sup>

### Entrevista a Nelly Jara

*Leticia Otazúa*

El recuerdo está en el cuerpo. Él es quien elige las palabras que dirán lo que se recuerda. Lo que no se recuerda no será nunca olvido. Porque si no fue palabras, algo dicho o pensado o escrito, no puede olvidarse. Entonces un día, el recuerdo no olvidado, no hecho palabras, salta del cuerpo y se vuelve presente y vuelve a doler como en su día. Se recuerda para que deje de doler.

Carlos Liscano, Prefacio a *Oblivion* (2007, p. 5)

Eso sentí. La solidaridad que despertaba en mí lo que iban contando, me producía ese sentimiento de cuidado sobre ellos. Y ahora me pregunto: ¿acaso no hay que cuidarlos?

Francisco Urondo, *La patria fusilada* (2022, p. 29)

---

<sup>1</sup> Edición escrita de la entrevista audiovisual a Nelly Jara realizada por Leticia Otazúa (entrevistadora y camarógrafa), Iván Mantero Mortillaro y Martín Biaggini (realización multimedial) el 19/08/2017 en La Matanza, Provincia de Buenos Aires. Archivo audiovisual *Voces de la Memoria*, RID-UNAJ.

Nelly Liliana Jara me recibe en *la casa de los libros*, en su casa, en La Matanza.

Nos habíamos conocido en un encuentro de formación para docentes, unos meses antes, y en una charla fortuita, la mención a la última dictadura militar argentina nos unió. Nelly me contó parte de su historia en el lobby del hotel en que nos alojábamos, abrió su intimidad para mostrarme un horror dentro del horror y ambas terminamos llorando, abrazadas. Pero de eso no hablaremos aquí.

Ahora me recibe en su casa, se sienta de espaldas a su biblioteca amada; en varios momentos de la charla se dará vuelta para señalar algo, con orgullo. Me explica que esta es...

— ... *la casa de los libros* porque es la casa en la que yo me crié, y la casa en la que escondimos libros, en un momento en el que mi papá sintió que podían llegar a entrar militares y hacer allanamientos, todo lo que pudiera llegar a ser sospechoso lo empezamos a esconder. Ya antes de eso, hubo otras cosas que se ocultaron porque también fue una casa de guarda de Montoneros, entonces todos los rastros de eso están enterrados en el fondo. Hay tachos a varios metros de profundidad con todo lo que tiene que ver con Montoneros que había acá en mi casa, o sea, todo lo que te puedas imaginar está ahí atrás. Ahora hay plantas, y como hay mucho hierro, las plantas crecen muy bien, realmente.

Se ríe. Como si fuera una niña contando una travesura, se ríe. Y de ese modo abre la puerta al testimonio de la niña que vio, escuchó e imaginó y la adulta que sabe pero sigue buscando.

La mujer que hoy recupera la visión de la niña que se escabullía entre cuerpos familiares y no tanto, cuenta:

— Yo era muy inquieta, y cuando se hacían las reuniones de Montoneros acá, en lugar de irme a dormir, les hacía creer a todos que estaba dormida, me levantaba y aparecía en medio de la nada, debajo de la mesa. Mi tío, el mayor, levantaba el mantel de la mesa que teníamos y decía: ‘¿Qué estás haciendo ahí?’ Y me dejaba en evidencia. No entendía nada de lo que decían, pero si estaban discutiendo, o hablaban a los gritos, me despertaba e iba a ver qué pasaba. Y hubo peleas muy feas, cuando mi papá estaba en contra de todo ese accionar y Montoneros fue por la opción de las armas, por eso mi papá no siguió participando; pero sí, la casa siguió siendo una casa de guarda, él sí estuvo de acuerdo con eso, porque sabía que mucha gente corría peligro. En eso, sí era solidario. En saber que, por ahí, había que tener una casa que no estuviera identificada con nada, como para que puedan ir; mientras podían conseguir refugio, de alguna manera podrían zafar. Pero muchos de los que estuvieron acá no zafaron, algunos, por ahí, sí; pero muchos no.

La casa cobijó cuerpos que escapaban del horror y también ocultó libros como cuerpos. Pero para entenderlo, primero hay que hablar de Carlos Armando Rolón, militante del peronismo revolucionario, tío de Nelly Jara:

— En enero del 77 desapareció mi tío: Carlos Armando Rolón. La agrupación Montoneros ya sabía que había desaparecidos, de hecho, mi tío había hablado con mi mamá de esa posibilidad, de que lo secuestraran, entonces dijo que había

que destruir todo rastro de la agrupación. Eso fue en el '76, apenas llegó la dictadura, pidió que todo lo que había de Montoneros en esta casa, se entierre. Él había sido el presidente de la UES (Unión de Estudiantes Secundarios) del Chaco, y cuando vino ya había terminado la secundaria y era muy conocido ahí, porque en Resistencia no había muchas escuelas secundarias en ese momento, era un regreso.

Nelly explica, con orgullo, que su tío pensaba continuar estudiando en la universidad en Buenos Aires, lo que no llegó a suceder.

— Carlos desapareció cuando iba a ver a otro de mis tíos, que vivía en ese momento en Lomas de Zamora; calculé que mi abuela tenía una familia de doce hermanos, así que tengo tíos por todos lados. Mi tío Ángel estaba en Lomas de Zamora, era militante pero no de Montoneros sino de la FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias). Y Carlos lo fue a ver. Acá, nosotros estamos a doce cuadras de la estación de Castillo, entonces fuimos caminando con mi mamá a acompañarlo a tomar el tren, porque se tomaba un tren, no me acuerdo qué estación es, pero después te tomabas un colectivo y llegabas a la casa de él, creo que era hasta La Salada el tren que te tomabas y después... no me acuerdo nunca en qué estación se bajaba. Y nosotras fuimos a acompañarlo, y yo me acuerdo de todo, de acompañarlo, que tomó el tren... y no llegó a la casa de mi tío. Así que... eso fue el 11 de enero de 1977. No llegó, porque después de unos días, no hubo ninguna noticia y obviamente nadie tenía teléfono. Vino mi tío Ángel y dijo:

- ¿Carlitos sigue en casa?
- Carlitos se fue para tu casa.
- Entonces no llegó.

»Y a los pocos días de eso, le allanaron la casa a este tío de Lomas de Zamora. Y se lo llevaron a él también.

Entonces Nelly narra otro secuestro, el de Ángel:

— Él había enviudado poco tiempo antes, tenía dos chicos chiquitos. Haría un par de meses que había enviudado, mis primos tenían cinco y siete años cuando pasó esto y los dejaron solos en la casa. Al lado de la casa de ellos había una familia boliviana, con la que, siempre que íbamos, como tenían muchos chicos, nos juntábamos todos a jugar.

Esa familia boliviana espiaba por la ventana, vio el operativo en el que Ángel fue secuestrado. En cuanto se lo llevaron, esos vecinos fueron a la casa a buscar a los niños y los llevaron con ellos, les dieron resguardo hasta que Ángel fue liberado:

— Mi tío estuvo varios días secuestrado, él cree que estuvo adentro de una iglesia, está casi seguro por el olor del lugar. Y él lo único que rogaba era que no lo torturaran porque es enfermo del corazón y había perdido a la esposa: 'Si yo me muero, mis hijos quedan sin padre'. Y después lo golpearon, todo, ¿no? Lo interrogaron, le preguntaron un montón de cosas, pero le hablaban de gente que mi tío no conocía. Y mi tío me contó esto, hace...a ver... yo ya estaba con mi marido, así que hace unos diez años, más o menos, que yo me enteré. Porque nosotros íbamos a

la casa de mi tío y mis primos me contaban toda una historia de policiales, de esas cosas que pasan en la tele: ‘Mirá la policía’. Te lo contaban como un chiste: ‘Vino la policía y estaban armados’. Pero era todo muy gracioso y nosotros nos matábamos de la risa, con mis primos, con los neños de al lado. Claro, ellos, no sé... Se ve que la familia de al lado les armó un relato a los chicos, como para que no se asusten, un relato como de película policial. Y ellos te lo contaban como ese tipo de relato: estuvo buenísimo. Y si vos veás a la familia, era una familia analfabeta, o sea, los que tuvieron esa habilidad de ver que los pibes habían perdido a la madre, y secuestraban a su padre, y en lugar de que estalle la cabeza de los pibes por los aires, hacer que sea todo muy cómico.

¿Cómo se narra el secuestro, la tortura, el horror al niño y la niña que sobreviven? ¿Cómo se cuenta a sí misma la historia la niña que la vivió, y quiso y no pudo olvidarla?

— La cuestión es que cuando efectivamente desaparece mi tío Carlos, pasan cosas raras en el barrio y empieza a haber allanamientos muy cerca de mi casa. Por ejemplo, hubo un allanamiento que yo recuerdo patente porque fuimos a la terraza a verlo (hay una segunda terraza, o sea, arriba de todo). Bien, a la vuelta de mi casa llegaron los camiones y una patota, un montón de gente, no sé qué cantidad de gente, entraron a la casa, esto era de día, eh. Dieron vuelta todo, revolucionaron todo el barrio porque cortaron la calle, todo esto era de tierra. Y la particularidad de ese momento era que las calles no estaban bien numeradas, o sea, tenían los nombres, pero no había cartel del nombre de la calle y las casas tenían cualquier número. Es decir, esta cuadra

particularmente tiene el número que corresponde, pero otras casas, otras cuadras no, no tienen el número que corresponde al catastro. Pero justo, justo levantan la casa que estaba a la vuelta, a la misma altura que esta. Y empiezan a buscar casas, a allanar casas y entonces mi papá dice: 'Están buscando esta casa, pero no saben dónde está'. Y ahí fue que decidí: 'Bueno, vamos a esconder' y empezó a buscar todo lo que a él le parecía que podía llegar a ser sospechoso. Mi papá estaba construyendo la parte de arriba de la casa, porque tiene dos plantas y estaba utilizando el ladrillo hueco, una elección muy sabia, porque después él rompió con una cuchara de albañil (mi papá trabajó en la construcción toda la vida), los ladrillos huecos y fue metiendo los libros que a él le parecía que podían llegar a ser motivo para que nos llevaran presos. Yo era muy chiquita en ese momento, yo tenía, cuando mi papá escondió los libros, yo tendría cinco años más o menos, sí, unos cuatro o cinco años y no sé por qué, pero siempre fui muy memoriosa para algunas cosas, yo creo que por ahí era un hecho muy novedoso o traumático y entonces, por eso, me lo acuerdo así con tantos detalles. Y a pesar de que durante mucho tiempo lo quise olvidar, hice todo lo que estuvo a mi alcance para poder olvidarme de todo eso, no pude. Después, cuando llegó la democracia, yo le pedí a mi papá que sacara los libros y mi papá no se acordaba que había puesto los libros ahí, pero él no quiso sacarlos inmediatamente tampoco. O sea, tardamos varios años en sacarlos porque durante la primera época de Alfonsín, no se sabía muy bien qué iba a pasar, hubo muchos levantamientos militares, la democracia parecía muy endeble e insegura como para poder exponernos otra vez a todos, entonces los libros siguieron ahí. Y

de esos libros me quedaron algunos nada más, otros fueron desapareciendo.

“Desapareciendo”, repite Nelly con voz pausada, como si recién en este momento, al narrar, descubriera la relación entre los libros y los cuerpos. O no: como si siempre lo hubiera sabido y quisiera ahora subrayar ese vínculo.

— Fueron desapareciendo en distintas mudanzas que yo tuve, entonces, algunos sí, anduvieron conmigo trajinando y otros se quedaron. Este libro, por ejemplo, nunca salió de acá, es de *Las Madres de Plaza de Mayo, canto de vida amor y libertad*, siempre estuvo acá y mi mamá me lo prestaba si yo quería hacer algún trabajo, si quería llevarlo para la escuela, pero el libro debía volver. Y después los otros sí, digamos, el de Mario Benedetti, *La Tregua*, también estaba todo dobladito y fue uno de los que costó mucho enderezar, porque para meterlos hubo que doblarlos, para que entraran. Este otro es más blandito, pero doblarlo, en su momento, fue bastante complicado porque fijate que la tapa es mucho más dura. Y como quedaron años doblados, después hubo que tenerlos durante mucho tiempo con libros pesados encima. Nosotros teníamos tres diccionarios enciclopédicos que eran grandotes, yo los debo tener aún, por atrás de todo andan dando vueltas, porque los tengo guardados, son recontra súper viejos y esos utilizó mi mamá, los diccionarios esos: los pusimos uno arriba del otro y los libros se fueron enderezando. Y este que conserva el forro que le pusieron en el momento, con un papel antiquísimo, es un libro de Paco Urondo, *La Patria Fusilada*, que yo la leí de muy chiquita y ya sabía quién era él, y eso es muy gracioso porque nadie sabía de qué hablaba, cuando yo le

preguntaba a la maestra que me explique cosas que aparecían en el libro, la maestra no tenía idea de qué estaba hablando yo.

Nelly acaricia los libros mientras habla, los sigue enderezando con sus manos.

— Es hermosa *La Tregua*, me encantó leerla, la primera vez fue de chiquita y no la entendí, volví a ella de grande y me fascina.

Porque además del susto estaban mis noches, mis noches llenas de encapuchados silenciosos, rara especie de Policarpos que siempre estaban de espaldas, rodeados de una espesa bruma. Siempre aparecían en fila, como esperando turno para ingresar a mi miedo. Nunca pronunciaban palabra, pero se movían pesadamente en una especie de intermitente balanceo, arrastrando sus oscuras túnicas todas iguales, ya que en eso había venido a parar el impermeable de mi tío. Era curioso: en mis sueños sentía menos horror que en la realidad (Benedetti, 1978, p. 21)

En el entramado complejo de los años setenta, hubo muerte y horror, pero también hubo gestos comprometidos y amorosos desde instituciones que, como la escuela, tenían el poder de denunciar o proteger:

— Cuando era muy chiquita, un subversivo era un delincuente y cuando definían en la tele a un subversivo, esa definición encajaba con la de mi tío, pero él no era un delincuente, entonces yo discutía con mi mejor amigo, Pablo, que me peleaba todos los días porque le decía: “No es un delincuente subversivo”

y él me contestaba: “Sí, es un delincuente”. Él repetía todo lo que decía la tele, pero yo le contaba todo lo que había hecho mi tío para mostrarle que no era eso. Entonces, se ve que mi maestra escuchaba estas discusiones que yo tenía con mi amiguito Pablo, habló con el director de la escuela y la citaron a mi mamá. Yo iba a una escuela católica en ese momento. Y el padre Gregorio, si bien era una persona...cómo decir... era español y era muy conservador, tuvo la virtud de hablar con mi mamá y aconsejarle que yo no hablara de esas cosas, porque la maestra que tenía entendía todo lo que yo decía y no iba a hacer nada malo conmigo, sino que le contó porque estaba preocupada, ya que tenía miedo de que otra persona escuche, y ahí estaríamos en peligro todos. Entonces mi mamá habló conmigo y yo dejé de nombrar esas cosas ahí en la escuela. La verdad es que después agradecí mucho eso, porque Gregorio era el director y él sabía con quiénes estaba trabajando y, por ahí, mi la maestra no era una persona que iba a denunciar, pero otras sí, además de otras personas de la escuela: papás de compañeritos que eran militares, porque tenía compañeros hijos de militares o de policías. Y realmente era peligroso que yo hablara tan abiertamente de mi tío que había desaparecido y todo eso que quería sacármelo de adentro y quería contarlo, pero me protegieron de esa manera, hablando con mi mamá, no censurándola, sino entendiéndola. De hecho, Gregorio le prestó el oído a mi mamá para que hablara un montón de veces, porque ella era muy católica y había participado en una misa en la catedral, creo que fue la de *Corpus Christi*, cuando ya estaban las Madres; entonces, cada persona cuando comulgaba tenía que decir un propósito, y cada Madre de Plaza de Mayo, cada mujer que ya usaba el pañuelo blanco se acercaba a comulgar y Juan

Carlos Aramburu<sup>2</sup> le sacaba la hostia de la boca. Mi mamá estuvo en esa misa y le agarró a Monseñor Aramburu una bronca terrible... una bronca terrible. Ella se sentía mal como católica porque odiaba, tenía un odio terrible en el corazón por lo que estaba pasando y por lo que estábamos pasando nosotros con la desaparición de mi tío. Y Gregorio le dijo que no estaba mal odiar, que mi mamá tenía todo el derecho de odiar a esas personas, porque eso que estaban haciendo no estaba bien. Y mi mamá con eso se sacó un peso enorme de encima como católica porque este hombre le dijo esto: no está mal odiar.

Así como el sacerdote y la maestra intervinieron para resguardar a la niña y a su familia, así también el padre de Nelly Jara fue protegido, en su caso, por un policía. Nelly subraya la valentía de estas intervenciones que cobraron verdadera dimensión para ella cuando hubo pasado el tiempo:

— Mi papá contó que en el momento en que salía de trabajar junto a sus compañeros de una obra en construcción, la policía federal lo estaba esperando. A medida que iban saliendo, los iban poniendo a todos contra la pared, porque estaban buscando a Jara, ellos tenían el apellido nada más, así que les sacaban los documentos mientras buscaban a Jara. Entonces, cuando salieron todos, lo hizo también mi papá, pero uno de los policías lo vio y lo reconoció; teníamos un vecino policía que había vivido toda la vida en la esquina, y como mi mamá era la

---

<sup>2</sup> Juan Carlos Aramburu (1912–2004) fue un cardenal argentino. Como arzobispo de Buenos Aires, simpatizó con la dictadura y negó la existencia de los desaparecidos.

única enfermera en el barrio, era muy reconocida porque realizaba cualquier curación: atendió partos domiciliarios, hizo de todo. Así que mi mamá le salvó la vida a más de uno acá; a este policía al que me refiero le había hecho un tratamiento con inyecciones, a él y a la esposa, y los había atendido a los hijos, todo, ¿no?, cuando el médico les mandaba la receta, ellos compraban todo y mi vieja les aplicaba las inyecciones y les hacía las curaciones. Claro, cuando el policía vio que el Jara al que estaban buscando era su vecino, cuando lo reconoció, lo agarró a mi papá, lo puso contra la pared, le sacó el documento y dijo, mientras lo miraba: “No, este tampoco es”. Y le dijo a mi viejo al oído: “Andate ya”. Lo cubrió a mi papá y dijo en voz alta: “No está Jara, no está”.

Al narrar, Nelly se asombra de que hubieran buscado a su padre y no a su madre, mucho más comprometida con el accionar de Montoneros:

— El 29 de mayo es el día del cumpleaños de mi hermano, y yo siempre digo: “29 de mayo, Día del Ejército Argentino”. Porque es el Día del Ejército Argentino... además, ese día en 1970 secuestraron a Pedro Eugenio Aramburu.<sup>3</sup> Cuando nació mi hermano y mi tío, el mayor (mi mamá es la segunda, el que desapareció, Carlos, es el más chico de los que parió mi abuela, después ella también adoptó), decía que fue mi tío, el mayor, que era de Montoneros también, a conocer a mi hermano recién

---

<sup>3</sup> Montoneros secuestró a Aramburu (1903-1970), que era en ese momento expresidente de facto. Gobernó entre 1955-1958, a partir del golpe de estado autodenominado “Revolución Libertadora”, que derrocó a Juan Domingo Perón.

nacido. Y le contó a mi mamá lo que habían hecho, porque mi tío estuvo metido en el secuestro. Mi mamá, en lugar de pensar que recién había tenido a un bebé, se quería ir a ver adónde tenían a Aramburu. Y mi tío le dijo: "No, vos te tenés que quedar acá, pariste a un bebé, no, no, no, nosotros nos vamos a encargar de todo". Mi tío mayor estaba muy comprometido con Montoneros, tanto como el menor, o más todavía, porque él estaba metido en el quilombo más grande, digamos.

Después de la desaparición de Carlos Armando Rolón, la búsqueda:

— La búsqueda de mi tío Carlitos fue terrible, porque se trataba de ir a lugares donde siempre te decían que no estaba... entré a lugares que eran horribles, y... a dependencias que eran, para mí, enormemente grandes, edificios gigantescos, calculá que yo era chiquita entonces, para mí, todos los espacios grandes eran gigantescos, con gente que, por ahí, era muy amable y con gente que muchas veces no era amable para nada. A veces, se hacían viajes largos, por ejemplo, cuando fue a Punta Indio, mi mamá nos dejaba con otros de mis tíos, porque como acá hubo mucha gente viviendo por el tema de que era un refugio, mi mamá me decía que eran todos tíos: mi tía Tita, mi tía Pepa. Todos tenían apodos, algunos con familia, o sea, con hijos y otros, sin. Y después yo vi esas caras, algunas de esas caras, en las fotos de los desaparecidos.

— *¿Qué huellas quedan de esa búsqueda?*

— La búsqueda de mi tío está registrada en la CONADEP y está en el Parque de la Memoria (en CABA), allí figura su nombre. También en la casa de las Madres, en ese telón que hay,

que es como una cortina, está el nombre de él. Después está la denuncia, están las copias de los *habeas corpus* entregados. Mi mamá tuvo que aprender a escribir a máquina para hacerlos, aprender a escribir *habeas corpus*, un abogado le prestó un modelo porque para agilizarlo escribían ellos y después algún abogado se los firmaba para que lo puedan presentar, porque también ellos tuvieron muchos problemas con esos amparos, muchos desaparecieron, entonces empezaron a manejarse también en la clandestinidad. Nosotros fuimos al ministerio de guerra, fuimos a un montón de destacamentos militares, fuimos a un montón de lugares de gendarmería, recorrimos todo Buenos Aires, fuimos a Punta de Indio. En un momento, apareció un listado de detenidos desaparecidos en el Chaco y figuraba Carlos A. Rolón. Entonces mi abuela fue a ver, porque mi tío se llamaba Carlos Armando, pero le dijeron: “No, no, no es Carlos Armando, es Carlos Alberto”.

»Y mi mamá estaba en un estado completamente desastroso...o sea, iba caminando con nosotros por la calle y de golpe no nos reconocía, decía: “Qué lindos chicos que son ustedes, ¿quiénes son?” Completamente perdida. Yo creo que la superó el dolor, porque cuando mi tío Carlos desapareció ya se sabía de las torturas, ya se sabía de todo, de las pastillas de cianuro que llevaban los militantes siempre consigo, para, en el momento del secuestro, terminar con su vida. Y una cosa es terrible, que vos sepas que van a matar, no sé, en un asalto, por ejemplo, pasa algo y matan a tu hermano, es terrible, ¿sí?, pero otra cosa es esta imagen de saber lo que le están haciendo estando vivo.

Si la madre de Nelly estaba superada por el dolor y andaba “completamente perdida”, ¿cómo y dónde estaría, si vivía, Carlos Armando Rolón? Cuando llegó desde Resistencia a Buenos Aires, él tenía un documento falso, como era usual entre los militantes comprometidos.

—Eso también nos dificultó la búsqueda, fue muy difícil rastrearlo. No sabemos dónde estuvo, sólo tenemos un dato, pero es extrañísimo: un día, a mi tía la paró en la calle un matrimonio para decirle que mi tío estuvo vivo hasta el año 1982. Mi tío era chaqueño, pero desapareció acá, parece que en algún momento lo llevaron a Resistencia y después lo volvieron a Buenos Aires, donde estuvo en muy mal estado hasta el 82. Mi tía no sabe quiénes eran esas personas que la pararon en la calle y nunca las pudimos volver a ubicar. Yo esa anécdota se la conté a varios amigos, a compañeros de militancia con los que después me fui contactando durante mucho tiempo y me dijeron que es improbable que una persona que desaparece en el año 1977 haya vivido hasta 1982. O sea, es improbable por las condiciones de vida que hubiera tenido. Así que no sabemos, pero tampoco sabemos por qué la pararon a mi tía y le dijeron eso. Mis abuelos eran muy conocidos en Resistencia, mi abuelo, de hecho, en un momento fue intendente de un pueblito muy chiquito, y aparte era poeta y entonces en cada fiesta del Chaco lo invitaban. Al ser mi abuelo y mi abuela muy conocidos, los hijos también eran conocidos, y por eso, quizás, a mi tía la pararon de esta manera, sabían quién era ella.

La búsqueda de Carlos Armando Rolón continuó y continúa gracias, fundamentalmente, a la acción de las mujeres de la familia que se acompañaron y turnaron en el tiempo:

— Porque, además de los libros había otra cosa: como dije antes, mi mamá era enfermera, ella había estudiado auxiliar de enfermería. Mi abuela se unió a Madres de Plaza de Mayo, fue de las primeras que conoció a Hebe de Bonafini yendo a buscar a los hijos. Muy rápidamente empezamos a buscar a mi tío, digo empezamos porque yo era muy chiquita pero andaba con mi abuela y mi abuelo para todos lados. Como mi abuela vivía en el Chaco y venía especialmente para hacer eso, cuando se iba mi abuela seguía mi mamá. Porque mi abuela no podía estar todo el tiempo acá, mi abuela había adoptado a mi tía, la más chiquita. Entonces venía, se quedaba un tiempo y se iba, y seguía mi mamá con la búsqueda. En esa época, a mi mamá le empezaron a mandar información, cuestiones relativas a Madres de Plaza de Mayo, pero se las mandaban con el remitente “Congreso de enfermería” de no sé cuánto. Y estaban los sobres, mi mamá tuvo durante mucho tiempo guardados esos sobres grandes que decían “Congreso de enfermería en Tucumán”, o sea, tenía nombres raros o de gremios a los que había pertenecido mi mamá cuando era enfermera, como si fuera algo gremial, sin embargo adentro había otra cosa. Y después mi papá le dijo que tire todo eso porque mi mamá lo tenía escondido, pero mi papá dijo: “Sacá todo, tirá todo porque no sabemos qué puede llegar a pasar”.

— *¿Hubo en algún momento alguna forma de esperanza?*

— Había salido una noticia en *Página 12*, en un momento, acerca de que había mucha gente sin identificar en el hospital

Borda. Se correspondía la entrada entre los años 1976 y 80 y pico. Porque mi mamá, en toda esta búsqueda, también fue a adivinos, a gente que le tiraba las cartas, y alguien en algún momento le había dicho que mi tío estaba loco, que estaba mal de la cabeza. Entonces ella pensó que capaz había llegado a sobrevivir y fue a parar a alguno de los loqueros, aunque nosotros creíamos que había muerto. Pero entonces le dije a mi vieja: “Mirá, yo voy a ir”. Yo vivía en Capital en ese entonces. Mi vieja me dijo que ella no sabía si podía hacerlo, pero que si se animaba en algún momento lo haría. Porque había que ir varios días, es grande el hospital. Entonces, yo entré, hablé con una persona, me llevaron a hablar con el director, y le dije lo que iba a hacer. Y el director me dijo que la policía estaba identificando a los NN y que tenía que ir al Departamento Central de Policía a hablar con uno de ellos que era el que estaba encargado de todo eso. Y yo, como una tonta, fui. Fui y le dije lo que estaba haciendo al policía. Y él empezó a preguntarme datos filiatorios míos. Entonces ahí prendí la lamparita y pensé: “¿Por qué necesitás todo esto?”, y no le di la dirección de mi casa, empecé a falsear datos, el apellido de mi tío, todo, todo, todo y me fui. Y durante un par de días no fui al hospital, me dio muchísimo miedo. Después volví; cuando había ido por primera vez al hospital, me habían atacado todos los internos pidiéndome cigarrillos y caramelos. Era usual. Entonces compré una bolsa de caramelos y compré un pack de cigarrillos de los más baratos, cada vez que iba, llevaba esas provisiones. Y uno de los locos me dijo una vez que no hablara, que no tenía que regalar: “Vos viniste la otra vez y fuiste a hablar con el director, porque vos estás buscando a tu tío, vos no tenés que hablar con el director, vos tenés que ir a hablar con ellos”. Por *ellos* se refería a

otra gente que trabajaba en la parte administrativa, entonces fui directamente con las personas que estaban trabajando ahí, que eran unos muchachos y unas chicas. Y me dijeron: “Mirá, vos no tenés que hablar con el director, nosotros te vamos a dar un cartel que diga que vos sos visita acá, cuando te pregunten, vos venís de visita, no le das explicaciones a nadie, y vas a recorrer los pabellones pero vas a ir sola; ese muchacho te puede acompañar en la recorrida, al único lugar que no vas a poder entrar es al pabellón penal, porque ahí son todas personas que entraron, digamos, después de las fechas que vos me decís, y ya están identificadas”. Yo les contesté: “Lo que pasa es que... ¿yo cómo hago para identificar a mi tío?, ¿yo cómo sé?, pasaron tantos años, mi tío tenía diecinueve cuando desapareció”. Entonces me dijeron: “Bueno, recorré y vas viendo, y después, bueno, en todo caso buscaremos los datos de las personas que a vos te parezca, me marcás las camas y averiguamos por nuestra cuenta, vamos buscando en qué año entraron, porque lo que sí te podemos decir es cuando ingresaron”. Recorrimos todo el hospital con mi vieja, porque después ella se empezó a animar y empezó a venir. Pero no lo encontramos, no estaba ahí.

Son, evidentemente, hechos muy trágicos. Los hechos trágicos, como toda situación difícil que se vive, tienen una limpieza muy grande. No hay ornamentaciones en los hechos realmente trágicos. No necesitan ningún tipo de énfasis, especialmente cuando se ha vivido lo que ellos. Su relato tiene esa característica, esa sequedad o austeridad, de las verdaderas tragedias. Que, más que individuales, son tragedias colectivas (Urondo, 2022, p. 28)

— De hecho, yo no puedo ver películas de terror o películas en las que haya daño físico. A mi marido le gustan mucho las películas así, pero yo le expliqué: “No puedo ver esto, si vos querés ver la película, mirala, pero yo me voy arriba a dormir. Vos tenés que pensar que yo veo eso y pienso en todas las personas a las que les hicieron eso”. Yo no me lo puedo sacar de la cabeza, a pesar de que era muy chiquita, a pesar de que pasaron muchos años, eso está ahí, para mí, digamos, es como algo que sigue pasando porque los huesos de mis tíos no están. La ropa de mi tío estuvo durante muchos años en el placard de mi abuela. Es más, yo creo que estuvo ahí hasta que mi ella murió, y después en mi casa, que es esta, en el placard de él, en el placard nuestro, que tenemos hoy, estaba la ropa de mi tío, hasta que mi mamá en un momento asumió que él no iba a volver, pero pasaron muchos años. Yo abría el placard porque ella me decía: “Andá a traerme tal cosa”, y yo abría y estaba la ropa de mi tío con esas... ¿viste las bolsas que se usan para envolver los trajes? Mi tío no usaba trajes, pero le ponían esas bolsas para preservarla. Estaba la ropa, estaban todas las cosas de él acá, y lentamente mi mamá las fue llevando al Chaco, otras las fue regalando. Pero después de mucho tiempo, yo creo que la ropa la habrá sacado del placard después de la democracia. Ya muchos años después, porque ella seguía esperando, porque nos habíamos enterado de que había gente a la que le trajeron el paquete a la puerta de la casa.

»Yo puedo entender a las personas que perdonan, ponele, “puedo entender” entre comillas. Pero estoy en todo mi derecho de no perdonar. Porque... ¿los huesos de mi tío? Mi mamá se murió, se murió mi abuela, mis otros tíos ya son viejos y se van a ir muriendo los que quedan vivos. Y nosotros no tenemos nada,

ni siquiera saber, nunca vamos a tener los restos, ni eso tenemos, nada. Lo que a mí me queda son los libros de él.

»Y, la verdad, es que a mí me gustaría que mis hijos, el mayor y el más chiquito sepan que existió, que estuvo, que militó, que peleó por lo que él creía, de la manera que él creía que podía ser posible. Yo, por ahí, no estoy de acuerdo con ciertas decisiones de Montoneros y todo eso, pero también sé que era lo que ellos creían que podía ser útil en ese momento. Mi tío creía mucho en la educación, por eso, digamos, también esto de que una escuela lleve el nombre de él me parece súper importante.<sup>4</sup> Y como él creía en la educación, a nosotros nos iba sembrando semillitas, porque no por nada nos mostró los mapas, nos cantó canciones, esto de jugar y jugar con las palabras para mí siempre fue normal, y fue él, digamos, el que me hizo jugar con las palabras y ser hoy quién soy. Uno de los libros que yo leí completo en aquella época es *Poemas de otros*, de Mario Benedetti. Yo era muy chiquita y lo leí porque para mí era leer a mi tío, porque cuando uno hace un regalo, yo siento que uno da una parte de uno. Y mi tío se lo había regalado a mi mamá, y ella me prestó a mí ese libro. Yo era muy hinchada con los libros, entonces llegaba un momento en que mi mamá me decía: “Tomá, leé esto”. Yo creo que soy profesora de literatura por esto, de alguna manera es seguir a mi tío, es seguir con la poesía, yo siento que milito la poesía y milito un cierto tipo

---

<sup>4</sup> Nelly se refiere al Bachillerato Libre para Adultos “Carlos Armando Rolón”, fundado en 2012 en Resistencia, Chaco, por el “Movimiento Villero Peronista”, para que las personas mayores pudieran terminar sus estudios secundarios. Más información en: <https://www.escuelasargentinas.com/e-p-g-s-no-6-carlos-armando-rolon-ex-p-e-bla-zona-sur-chaco-220251200#mapa>

de poesía, no la poesía cerrada, que no se puede entender. Siento que, así como mi tío dejó la guitarra, porque la guitarra es mía, me dejó la poesía. Porque él nos sentaba a nosotros, a mi hermano y a mí, a upa y nos inventaba canciones: las canciones de moda él las cantaba con la guitarra, pero les cambiaba la letra. Y yo aprendí a jugar con las palabras. Pero no quiero hablar de él en pasado, es mi tío. Y en algún lado está.

CUANDO ERA COMO vos me enseñaron los viejos  
y también las maestras bondadosas y miopes  
que libertad o muerte era una redundancia  
a quién se le ocurría en un país  
donde los presidentes andaban sin capangas  
que la patria o la tumba era otro pleonasma  
ya que la patria funcionaba bien  
en las canchas y en los pastoreos

realmente botija no sabían un corno  
pobrecitos creían que libertad  
era tan sólo una palabra aguda  
que muerte era tan sólo grave o llana  
y cárceles por suerte una palabra esdrújula  
olvidaban poner el acento en el hombre  
(...)

llorá nomás botija  
son macanas  
que los hombres no lloran  
aquí lloramos todos

gritamos berreamos moqueamos chillamos  
maldecimos  
porque es mejor llorar que traicionar  
porque es mejor llorar que traicionarse

llorá

pero no olvides.

(Benedetti, 1977, p. 34)

Aunque la biblioteca de Alejandría ardió varias veces hasta su completa aniquilación, no todo en ella fue naufragio. Siglos de esfuerzo por salvar la herencia de la imaginación no fueron en vano. Muchos de los ejemplares que han sobrevivido hasta hoy mantienen huellas textuales y símbolos que solían usar los filólogos alejandrinos en sus ediciones. Y eso significa que, en un accidentado trayecto, han llegado a nuestras manos copias de copias cuyo primer eslabón se remonta a la biblioteca perdida. Durante cientos y cientos de años, las cuidadas ediciones de los libros disponibles en Alejandría se copiaron y se diseminaron por una red de bibliotecas más humildes y de colecciones privadas, nutriendo una geografía creciente de lectores. Multiplicar el número de ejemplares era la única -remota- posibilidad de salvaguardar las obras. Si algo ha sobrevivido a las devastaciones, fue gracias a esa lenta, suave, fértil irrigación de literatura manuscrita que se propagaba con enormes trabajos y llegaba a lugares escondidos, retirados, seguros; lugares modestos que nunca serían campos de batalla. Las obras que todavía leemos permanecieron en esos rincones -refugios periféricos, marginales- durante los siglos peligrosos, resistiendo a la devastación, mientras las destrucciones, los saqueos y los incendios iban arruinando las grandes concentraciones de libros, ubicadas habitualmente en centros de poder.

Irene Vallejo, *El infinito en un junco* (2023, p. 217)



## Capítulo 7

### El camino secreto de las cajas

### Entrevista a Carlos Custer<sup>1</sup>

*Yael Tejero Yosovitch*

#### **Chispa, llamas y ceniza**

El 17 de agosto de 1971, entró a la imprenta N° 7 “Chispa de la Revolución”, un ejemplar de *Carta a los obreros norteamericanos*, de Lenin, publicado por Editorial Progreso y el Comité de Prensa del Consejo de Ministros de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. No sabemos si la imprenta se ubicaba en el número 13 de la Calle Akskasova o en el Boulevard Zuvovski, las dos ubicaciones que aparecen en el colofón del libro. Hasta acá llega lo que sabemos con la certeza que brinda el paratexto. Se nos pierden unos cuantos capítulos. Suponemos que el volumen se puso en venta y que, mediante su habitual

---

<sup>1</sup> Edición escrita de la entrevista audiovisual a Carlos Custer, realizada por Elena Vinelli, Yael Tejero Yosovitch (entrevistadoras), Iván Mantero Mortillaro (realización multimedial), el 08/05/2019 en Quilmes, Provincia de Buenos Aires. Desgrabación: las entrevistadoras y Estefanía Sandoval. Archivo audiovisual *Voces de la Memoria*, RID-UNAJ.

distribución, compras masivas, regalos personales y viajes impredecibles, se incorporó a la biblioteca de Carlos Custer. Pudo ser en alguno de sus viajes a Moscú, o también en Cuba, donde alguien le entregó este ejemplar junto con decenas de libros publicados en español por las editoriales soviéticas orientadas al lector hispanohablante. A partir de 1976, ya en Argentina, el libro inició un viaje clandestino para evadir las requisas militares que lo asediaban. Hasta que un amigo le prometió a Carlos un escondite seguro y secreto. Mucho tiempo después, entrada la democracia, alguien llamó a Carlos por teléfono para decirle que una caja de libros suyos había aparecido en un sindicato. *Carta a los obreros norteamericanos* era uno de esos libros.

Los primeros capítulos de *Carlos Custer: apuntes de una vida* (2019), biografía escrita por Marcelo Paredes, dan cuenta de las huellas que dejó la familia Custer alrededor del mundo. Uno de sus ancestros, Jakob Laurenz Custer –por mencionar un ejemplo–, tuvo una activa participación política: fue gobernador de la República Libre de Rheintal y participó en La Consulta realizada en París en tiempos de Napoleón para discutir el ordenamiento político de Suiza. En su biografía, Carlos cuenta que el resultado de esta reunión fue el “Acta de mediación mediante la cual se restauró el federalismo y los cantones recuperaron su identidad (...)” (11), a pesar de que la soberanía no se logró hasta 1815. Está claro que la relación de los Custer con la política data de varios siglos atrás. Tiempo después, su abuelo Guillermo Custer, arquitecto e ingeniero egresado de la Escuela Politécnica Federal de Zürich, fue contratado para construir el tendido de vías del Expreso de Oriente que unía París con lo que hoy es Estambul. Y su padre, Robert W. Custer, conoció a su

madre Josefa Albornoz en el entonces denominado “Ferrocarril del Sud” que unía La Plata y Buenos Aires y que los enlazaba en algún punto del recorrido desde o hacia la localidad de Quilmes, donde se instalarían tiempo después. En el relato de su linaje, ya se empiezan a perfilar los múltiples viajes de Carlos en su larga trayectoria como dirigente sindical. Y también los viajes más o menos secretos de sus cajas de libros. Conviene, ante todo, escuchar su presentación:

— Mi nombre es Carlos Luis Custer, estoy casado con Gloria Haydee Mallea, hemos tenido seis hijos, ocho nietos y somos muy felices. Mi vida ha estado fundamentalmente dedicada al movimiento sindical, al movimiento de los trabajadores. He sido durante muchos años dirigente de ATE (Asociación de Trabajadores del Estado), pero antes tuve la oportunidad de participar en el congreso normalizador de la CGT en 1963, cuando transcurridos varios años desde el golpe contra el General Perón se normaliza la confederación.

También estuvo en el congreso de la CGT de los Argentinos en 1968, donde fue secretario de la junta electoral, una alternativa sindical a las corrientes participacionistas que hubo, muy a su pesar, en las distintas etapas de la historia y en las dictaduras militares. Carlos es fundador de la Confederación Latinoamericana de Trabajadores del Estado, la CLATE, una organización sindical internacional que agrupa a los trabajadores estatales de Latinoamérica y que actualmente representa a la CTA autónoma en el foro económico y social del Mercosur (una instancia de participación de la sociedad civil en el ámbito

subregional). Es vicepresidente del comité político de la CLATE en el ámbito latinoamericano y también está ligado a Unidad Popular, partido político que comparte con dirigentes políticos de muy buena calidad: Víctor De Genaro, Marta Maffei, Claudio Lozano. “Con muchos de ellos somos compañeros de la lucha sindical”, dice con orgullo. En la actualidad, no ocupa cargos ejecutivos, pero sigue colaborando tal como lo ha hecho en la vida sindical. También ha tenido una relación en el ámbito de la Iglesia, en la pastoral social y en el Movimiento Ecuménico de los Derechos Humanos.

— Nuestro primer gran obispo, Monseñor Jorge Novak, es el fundador de uno de los Movimientos Ecuménicos de los Derechos Humanos y ha estado muy cerca siempre del Servicio de Paz y Justicia, que coordina a nivel latinoamericano y a nivel argentino otro gran amigo: Adolfo Pérez Esquivel, premio Nobel de la Paz. También he trabajado en el ámbito del movimiento Ecuménico, en la búsqueda de convivencia interreligiosa. En eso estoy orgulloso porque este es un país con una gran convivencia interreligiosa, algo que no sucede en otros lugares. Argentina tiene muchos déficits, pero en eso es un ejemplo en el mundo.

Actualmente, Carlos forma parte de CALIR, el Consejo Argentino de Libertad Religiosa, que nuclea a la mayoría de todas las confesiones del país. También ha tenido cargos internacionales: fue secretario regional de la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT) en la oficina interregional para el Conosur. “Fueron los años duros de dictadura, yo ocupé ese cargo justamente entre el 74 y el 89”.

Desempeñó el cargo de diputado nacional por un breve periodo, donde tuvo la oportunidad de votar la creación de la Universidad Nacional de Quilmes. El proyecto, del diputado Ricardo Cornaglia, abogado laboralista, se aprobó una vez finalizado su mandato: “Tuve la suerte de ser no el autor, pero sí el promotor. En una noche memorable, conseguimos que la ley se aprobara en las dos cámaras”. Carlos Custer también fue embajador de la República Argentina ante la Santa Sede y la orden de Malta en Roma.

## **Golpe a golpe**

Como una gran parte de la sociedad argentina de su generación, Carlos fue testigo de cuatro golpes de Estado. En 1955, tenía tan solo quince años. Cuenta que en el período previo, se agudizó la relación entre la Iglesia católica y el gobierno. Se produjo así una situación muy delicada para quienes eran militantes cristianos.

— Eso no justificaba para nada el golpe, que fue orientado en su primer momento por Generales Nacionalistas Católicos, entre ellos el General Lonardi, cuyo lema había sido “Ni vencedores, ni vencidos”, pero que duró menos de dos meses, de septiembre a noviembre. Fue desalojado por el ala más liberal, más gorila, que encabezaba el General Aramburu.

Sobre ese golpe, Carlos reflexiona: “Si algunos pensaron que buscaba poner límites a ciertos excesos del gobierno anterior, se equivocaron, porque lo que vino fue una ofensiva terrible contra los trabajadores y contra los derechos sociales mediante la

represión”. El golpe contra Perón resultó muy duro para aquellos jóvenes que, como Carlos, tenían una militancia cristiana con orientación social y progresista. Si bien señala diferencias entre la Iglesia y el gobierno que llevaron a que se azuzara el clima contra Perón, esos años habían sido, sin lugar a duda y tal como decían sus mayores, los diez mejores años de los trabajadores:

— Los años de los derechos: de los derechos de la ancianidad, de los derechos de los niños, de los derechos de los trabajadores, de los derechos de las mujeres. Esa etapa es extraordinaria. Pero hay un desgaste de gobierno, hay errores. Como resultado de una reacción muy dura contra el gobierno, también se produjo la reacción contraria: se quemaron iglesias, la biblioteca del partido socialista de la vanguardia, fueron momentos muy feos. Sin embargo, el objetivo detrás del golpe no era sacarlo a Perón por sus defectos, sino precisamente por las cosas buenas que él había hecho, por lo que su gobierno significó en tanto progreso y justicia social.

Así es como Carlos detalla la época que le tocó vivir en su adolescencia. En efecto, en el 55, se producen los fusilamientos del General Valle, del Coronel Cogorno, los de José León Suárez y los veintiún fusilados de Avellaneda y Lanús: “Es un gobierno que toma la peor versión represiva y antisindical, yo diría antidemocrática. Felizmente, la resistencia logró que a los militares se les acortaran los tiempos. Estos, incluso, tratan de llamar a una reforma de la constitución”. Se trata de un hecho que resulta singular en la memoria de Carlos: si bien habían derogado la Constitución en 1949, los militares llaman a una convención

constituyente pensando en una salida política. Este hecho suscitó discusiones legítimas por parte de muchos partidos que señalaban que un gobierno de facto no podía convocar a ese tipo de convención.

— Pero ocurrió una cosa curiosa... se llegó a sesionar con quórum y se aprobó el artículo 14 BIS de la Constitución Nacional, que es un artículo extraordinario de los derechos individuales, colectivos y sociales de los trabajadores, aún vigente hoy. Es el que expresamente defiende el derecho de huelga, el derecho constitucional, las convenciones colectivas, el derecho a participar en el control de la producción y en la ganancia de las empresas. Un artículo que le da un cariz social a una constitución profundamente liberal, que venía desde la matriz de 1853.

Esa reforma desemboca en la elección del 1958, de la cual Carlos señala, tampoco era democrática: el peronismo seguía proscripto. No obstante, Perón establece un acuerdo con Frondizi, quien es electo por una mayoría:

— Después tendremos el otro golpe militar que derroca a Frondizi en 1962. Y después tenemos el golpe militar que derroca a Illia en 1966. Y después tenemos la tragedia del golpe militar y del genocidio, en 1976. Así que en muy pocos años tenemos cuatro golpes militares que pueden explicar en parte la inmadurez democrática de nuestro país. Vivimos hace 35 años en

democracia, es el periodo más largo que haya conocido la historia argentina.<sup>2</sup>

En 1966, cuando se produce el golpe de Estado de Onganía, Carlos ya era dirigente sindical y ya había tenido responsabilidades nacionales. Tras el golpe, surge una fractura en el ámbito gremial que se consolida un tiempo después. Se trata de la emergencia de un sector que llamaban “participacionista”: “El gobierno siempre busca aliados en los distintos sectores y, sobre todo, en el sector sindical, que es de donde puede tener, a veces, mayor resistencia”. En ese momento, a partir de la organización de distintos encuentros, se origina el germen del congreso de la CGT de los Argentinos que es el 28, 29 y 30 de marzo de 1968. En su relato, Carlos pone de relieve la importancia de ese congreso: “Ahí nace una CGT combativa que enfrenta permanentemente a Onganía. La CGT de los Argentinos se convierte en el seno de la oposición. El gran Rodolfo Walsh dirige el periódico de la CGT, que en ese momento nuclea a sectores muy importantes de la intelectualidad y de los estudiantes”. Carlos cuenta que a partir de ese momento se van gestando “el Cordobazo, el Correntinazo, el Ocampazo, el Tucumanazo, el Rosariazo” y las rebeliones populares que, desde la CGT de los Argentinos y a través de lo que Raimundo Ongaro llamaba ‘cabildos abiertos’, recorren todo el país y reúnen no solo a los trabajadores, sino también a la sociedad civil. “Ahí va germinando el fin de la dictadura, que va cambiando los presidentes -explica Carlos-. Onganía ya tenía totalmente desgastado su crédito. Entonces ponen a un general que estaba en

---

<sup>2</sup> Para el momento de realización de la entrevista, se cumplían 35 años desde el regreso de la democracia en Argentina.

EE.UU., el General Levingston; termina Lanusse haciéndose cargo y viene la transición democrática”.

En 1968, Carlos es elegido secretario general adjunto a la Confederación Mundial del Trabajo (CMT) y de este modo asume su primera responsabilidad internacional. Comienza el viaje a Bruselas, donde establece una relación interesante y fluida con el General Perón, con quien tiene oportunidad de entrevistarse en tres ocasiones. Si bien la estancia en Bélgica no tiene una relación directa con la dictadura de Onganía, sí tiene un vínculo indirecto:

— Cuando a mí me proponen para ese cargo, lo conversamos en el seno de la CGT. Ongaro era uno de los más entusiastas de que yo fuera, porque decía que precisábamos tener antenas afuera. Y por supuesto, nosotros desde Bruselas teníamos una incidencia bastante importante en la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en Ginebra –que tiene una comisión de aplicación de normas, una suerte de tribunal que vigila que los países respeten las convenciones que ellos mismos firman como estados– y otro comité de libertad sindical. Entonces desde Bruselas actuábamos mucho en Ginebra tratando de ayudar a la causa argentina.

En dos oportunidades lo recibieron a Ongaro y organizaron su gira. Ya en ese entonces había comités de ayuda al proceso democrático argentino, que se repetirían durante la dictadura del 76. “Fue una relación indirecta–comenta Carlos–, porque a mí me propone la Central Latinoamericana de los Trabajadores, pero la CGT de los Argentinos tenía interés en que yo pudiera estar en ese cargo porque entendía que era una forma

de tener un apoyo afuera que pudiera servir a lo que ellos hacían adentro”. Carlos describe a la Organización Internacional del Trabajo, como una suerte de Naciones Unidas en el mundo laboral:

— La OIT es el único organismo tripartito de las Naciones Unidas, de él forman parte oficialmente los estados, los empresarios y los sindicatos. Nuestra central sindical era la más antigua, fundada casi simultáneamente en la época de la OIT. También teníamos una oficina permanente en Ginebra y desde ahí, en esa actuación podíamos, de alguna manera, seguir en contacto con la realidad argentina y, a su vez, apoyar lo que se hacía en Argentina en el campo internacional. El operativo era sobre todo en Ginebra. En esa operación, vuelvo a decir, Ongaro vino dos veces.

En su rol de secretario adjunto, Carlos recibió la invitación de viajar a Cuba en una misión internacional de la CMT, invitado por la Central de Trabajadores Cubanos (CTC). En uno de sus tres encuentros con el General Perón, el segundo, para más precisión, dialogó con él sobre Cuba y sobre la posibilidad de este viaje. Perón se interesó mucho y le pidió que al regreso pasara a contarle cómo le había ido: “Lamentablemente, a mi vuelta de Cuba distintas circunstancias me impidieron ir a verlo como me había pedido, pude hacerlo tiempo después”, cuenta Carlos en su biografía. Desde el buró de la CMT, que es el secretariado permanente, la posición fue aceptar la invitación y así Carlos viajó a la Isla. Había mucho interés en conocer la Revolución Cubana, pero también había preocupación porque algunos sindicalistas del movimiento 26 de Julio, que se oponían

a la línea marxista-leninista del gobierno, se encontraban presos. Lo que la CMT le pedía en esa misión era que tratara de interceder para que no hubiera una represión con compañeros que eran revolucionarios. “Y bueno, yo voy... No es un hecho secreto, pero tenía cierta confidencialidad”. Ya en Cuba, Roberto Veiga, secretario general de la CTC, le propuso viajar dos días a Varadero, “que en ese entonces era apenas un pueblito sin la explotación turística de hoy”, para dialogar a fondo sobre el proceso político de la Revolución. Carlos aprovechó esa oportunidad para interesarse por algunos nombres de personas que estaban presas. Entre ellos, Reynold González, vinculado a la Juventud Obrera Católica Internacional, quien después fue un gran amigo suyo. Si bien los cubanos lo trataron muy bien, Carlos tuvo largas discusiones.

— La CMT tenía posiciones muy claras... estaba a favor inclusive del socialismo, mirábamos mucho a Yugoslavia y el proceso de la autogestión, pero también era bastante celosa de las libertades y la autonomía sindical. Entonces discutíamos mucho el rol de los sindicatos y el partido. Si el partido es la vanguardia y el sindicato es su correa de transmisión, su autonomía va limitada... Bueno, a este modelo me tocó después discutirlo en Moscú y en Beijing, porque son las Centrales Sindicales con las que teníamos relaciones, pero... también teníamos diferencias.

Fue así que cuando le tocó viajar a Beijing, plantearon muchos cuestionamientos. La Declaración de Principios de la Constitución de la Federación Nacional de Sindicatos de China, la más grande del mundo, decía expresamente que la Federación de

Sindicatos de China reconoce al Partido Comunista de China como la vanguardia del proletariado y del movimiento de los trabajadores. Tiempo después, los chinos quitaron esa afirmación. “Suponemos que no fue porque nosotros hicimos observaciones - se ríe-, pero esa idea del rol del sindicato y el partido, la autonomía, el rol revolucionario de uno y otro, los regímenes comunistas no lo tuvieron muy claro...”.

El caso de Polonia también es elocuente respecto de esta cuestión. Carlos observa una fotografía de Lech Walesa y menciona su encuentro con el líder polaco en su departamento de Gdansk. Desde su perspectiva, Polonia era un ejemplo muy claro de la discusión acerca del rol de las organizaciones sociales y el partido:

— El sindicato oficial que forma parte del Partido Comunista tenía aproximadamente dos millones y medio de afiliados, mientras que el sindicato clandestino tenía ocho millones. Esta es una vieja discusión, creo que ya viene de la época de Marx, acerca del rol de las organizaciones sociales, fundamentalmente los trabajadores, y el partido, que se arroga ser la vanguardia del movimiento revolucionario. Y eso ha llevado a desviaciones totalitarias, de la cual el estalinismo es uno de los peores ejemplos.

Felizmente, Carlos no volvería a Argentina inmediatamente después de su viaje a Cuba. De lo contrario, no habría podido ingresar tantos libros editados en la isla y en la URSS. Bélgica fue su siguiente destino, al que llegó con decenas de títulos invaluable en ediciones económicas. La colección

completa de las obras de Marx, de Lenin y de Engels formaban parte de los 24 ejemplares que le regalaron. Contenían hojas de bajo gramaje accesibles para cualquier bolsillo. En ese equipaje de mudanza internacional viajaron también la siguiente lista de títulos: *Artículos*, de Friedrich Engels, originalmente publicados en *The Labour Standard* (1881); *Acerca de la unidad del partido y la desviación anarco-sindicalista*, de Vladimir Ilich Lenin, publicado por Editora Política (La Habana, 1964); *El imperialismo, fase superior del capitalismo (esbozo popular)*, también de Lenin, publicado en Moscú por Editorial Progreso en el año 1966; *Fundamentos de la crítica de la economía política (esbozo de 1857-1858)*, de Marx, publicado en La Habana por Editorial de Ciencias Sociales en 1970; *Carta a los obreros norteamericanos*, de Lenin, en portada roja ilustrada con un retrato de su autor en posición  $\frac{3}{4}$  de perfil. Se añaden: *Los obreros soviéticos participan en la dirección de la producción*, de I. Tiurin, Ediciones del Consejo Central de los Sindicatos de la URSS, Profizdat Moscú, 1960; *La obra de los sindicatos de la URSS para incorporar a los trabajadores al gobierno de la producción socialista*, de Ivan Vladychenko; y por último, *El cincuentenario de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*, de L. I. Brezhnev (Moscú, 1972). Para 1974, cuando los Custer regresan a Buenos Aires, las cajas entran sin ningún inconveniente ni revista. Pero llega marzo del 76...

### **La casa de la calle Venezuela**

Antes del golpe, Carlos estaba afiliado a la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y también era secretario regional del Cono Sur de la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT), cuya sede central se encontraba en Caracas. La CLAT

tenía estatuto consultivo en el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (ECOSOC), lo cual le daba un alcance no solo regional sino también internacional. La matriz estaba en la ciudad de Caracas e irónicamente, como dice Carlos, su sede en Buenos Aires se ubicaba en la calle Venezuela, donde flameaban las seis banderas de los países del Conosur y se exponía una gran placa que Carlos aún recuerda: “Oficina Regional del Cono Sur con estatuto consultivo en las Naciones Unidas”. Esa casa sirvió de refugio y de reunión: “El golpe del 76 fue el 24 de marzo a la madrugada y el 25 nos reunimos con todos los riesgos que eso implicaba. En esa casa seríamos unos quince o veinte dirigentes sindicales, muchos de los cuales veníamos de la CGT de los Argentinos, del sindicalismo combativo...”. Lo primero fue tomar nota de las detenciones, que habían comenzado unos días antes. Luego, tratar de fortalecer la vinculación internacional para tener una alternativa, organizar la resistencia y salvarse del terrorismo de Estado. Tenían muchos vínculos con la Embajada de Venezuela y con la Embajada de Bélgica, donde estaba la matriz mundial, la Confederación Mundial del Trabajo. Además, Carlos tenía un buen vínculo con el embajador de Bélgica en esa época, y con la Embajada de Alemania. “Entonces, la relación con las embajadas, los estatutos... nos permitieron sobrevivir”.

La casa de la calle Venezuela albergó a muchas personas. “Por esa casa pasó el doctor Manuel Urriza, Julián Licastro, las Madres de Plaza de Mayo... a Azucena la conocí en esa casa. Era una casa fichada, pero tenía esa cobertura interna internacional”. En ATE, Carlos y sus colegas se alejaron prácticamente de la dirección porque en ese momento, esta se enrola con el llamado Grupo Independiente o Participacionista, que son los que van, en

junio del 76, a la Conferencia Internacional del Trabajo. Dado que el gobierno de facto tenía que llevar representantes empresarios y sindicales, la presencia de este grupo permitió blanquear -y en cierta medida, legitimar- la dictadura.

— Nosotros ahí nos separamos del gremio. Yo no tenía un cargo formal, me habían puesto como director de Asuntos Internacionales cuando volví de Bruselas, pero varios miembros de la organización renunciaron y así constituimos una agrupación opositora que tiene mucha historia: ANUSATE, Agrupación Nacional por la Unidad y Solidaridad de ATE.

Esa agrupación se fundó en 1977, en Casa Nazareth, donde le tributaron la bienvenida a Adolfo Pérez Esquivel cuando le otorgaron el Premio Nobel de la Paz. Esa Casa se encuentra junto a la Iglesia de la Santa Cruz de Buenos Aires, “Colegio al que le ponen una bomba porque era de esos curas extraordinarios... Ahí es donde desaparecen las monjas francesas y dos de las Madres...”<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Se refiere a las monjas Alice Domon y Leonie Duquet y las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo: Azucena Villaflor, Esther Ballestrino de Careaga y María Ponce de Bianco, el 8 de diciembre de 1977. Alejandro Rebossio relata: “El 8 de diciembre de 1977, tras la infiltración de Alfredo Astiz en la Santa Cruz, sucedió el secuestro de los 12: tres fundadoras de Madres de Plaza de Mayo, dos monjas francesas y otros siete militantes por los derechos humanos que habían comenzado a reunirse allí después de una gestión de Adolfo Pérez Esquivel ante los pasionistas”. “Bernardo y su Pascua en la Santa Cruz”, en *Pelota de Trapo. Agencia de Noticias*, 29 de mayo de 2017, <https://pelotadetrapo.org.ar/bernardo-y-su-pascua-en-la-santa-cruz/>. Cfr. “La otra cara de la iglesia”, de Diego Martínez. <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-95949-2007-12-09.html> y “¿Quiénes eran los 12 de la Santa Cruz?” de Ailin Bullentini. <https://www.pagina12.com.ar/388025-quienes-eran-los-12-de-la-santa-cruz>.

En Caracas, Carlos y sus compañeros contaban con la ayuda de la CLAT, que a su vez tenía la Universidad de los Trabajadores de América Latina, la UTAL, “un emprendimiento extraordinario de formación sindical a nivel superior, una institución por la que pasaron muchísimos sindicalistas argentinos”. En esa oficina, tenían relaciones con la Vicaría de la Pastoral Social del Arzobispado de San Pablo, donde estaba el cardenal Paulo Evaristo Arns: “una figura extraordinaria en Brasil, un gran promotor de los derechos humanos. Esa Vicaría y una organización brasileña que se llamaba Frente Nacional del Trabajo eran un pie de apoyo para muchos de los que salían del país. Algunos lo hacían vía Caracas, otros vía Lima y muchos lamentablemente se quedaban...”.

### **“Los libros, libros son”**

A Carlos le cuesta precisar el año, pero no el bienio: ocurrió entre 1976 o 1977. Fue el doctor Eduardo Proto, un amigo de la infancia, el que le advirtió sobre los libros. Eduardo también había estado en Bélgica con los Custer; había hecho un posgrado en Medicina en la Universidad de Bruselas. “En los años sesenta, Bélgica era una ebullición: había pasado el Mayo Francés, la IV Internacional con sede en Bruselas, el economista Ernest Mandel había sido secretario general de la IV Internacional...”. Tanto la Universidad de Bruselas como la Universidad Católica de Lovaina eran un fermento de ideas revolucionarias y de cuestionamiento de la sociedad. Así que Proto también trae a la Argentina muchísimo material. Él era, al igual que Carlos, un gran lector. Y también era escritor. Pero sobre todo, fue el que dio el aviso de fuego: era un riesgo tener libros, era una prueba de “la

subversión”. “Puede ser que el miedo nos contagiaba porque había una psicosis que no era teórica, era a raíz de lo que pasaba y de lo que nos enterábamos todos los días”. Incluso Carlos había sufrido una amenaza por su correspondencia. Tenía el teléfono intervenido y a través de los servicios recibía de vuelta sus cartas en lo que era una clara intimidación; un modo de decirle “acá está lo que usted manda”.

Así fue que un día, Eduardo le dijo: “Mirá, yo voy a liquidar parte de la biblioteca”. Primero trató de guardar los libros. Pensó en su tía, una señora “solterona” que vivía con su hermana viuda. En los años 70, nada mejor que dos mujeres solas y mayores para disimular una biblioteca “subversiva”. Carlos delega la voz de su amigo:

— Le pedí a Teresa y a Nina que me guardaran las cajas, contaba Eduardo, porque quién va sospechar de dos mujeres ya mayores, solas. Pero no, aterrorizadas estaban. Me dijeron que les pidiera cualquier cosa, menos que le guardara un libro. Así que yo voy a quemar una parte importante. Si vos me prestás la parrilla... Yo vengo y despacito los vamos quemando.

Carlos se resistía todavía. “Debe haber sido en esa época que tomamos la decisión de hacer las cajas nosotros”, unas cajas que resguardarían los libros de cualquier requisa. Sin embargo, algunos ejemplares fueron a parar al asador:

— Aproveché la quema de Eduardo y agregué al fuego algunas cartas y libros que me parecían comprometedores... Me acuerdo de la hermosa letra que tenía Raimundo Ongaro, con quien nos escribíamos mucho. También quemé misivas del

cardenal Pironio, que fue presidente del CELAM (el Consejo Episcopal de América Latina y el Caribe), obispo de Mar del Plata y a quien Pablo VI se lo llevó porque en aquella ciudad había aparecido “el obispo rojo”, “el obispo comunista”. En efecto, recuerda Carlos, Mar del Plata fue una sede de represión terrible, donde tuvo lugar “La Noche de las Corbatas”, en la que desaparecieron muchos abogados laboristas.

Décadas más tarde, Eduardo y Carlos recordarán, impresionados, su quema de libros y cartas: “Uno siente que es la barbarie, que retrocede, como las cosas que se cuentan del Medioevo, que parece que no fueran verdad y sin embargo uno las vive, ¿no? Quemar libros a cambio de que no quemem a una persona. Es realmente una expresión trágica del retroceso de la humanidad en ciertos momentos...”.

En el 77, arribó una misión de solidaridad en la que se encontraban, entre otros, un senador y un diputado de Venezuela, un dirigente de Bélgica y el presidente de los sindicatos de Canadá: era una misión significativa. Además, todas las embajadas estaban a disposición. El evento se clausuraba con una conferencia de prensa final en un hotel donde ahora funciona la cadena NH, en Bolívar y Alsina. Ese día, lo llamó temprano el comisario Papalardo, que era el jefe de orden gremial, con quien Carlos tenía un vínculo. El comisario le dijo: “Mire, la conferencia de prensa no, la presidencia la prohibió. No puede haber conferencia de prensa”. Querían evitar que la comitiva venezolana concluyera su propósito enunciado en las siguientes palabras de uno de los miembros: “Nosotros de lo que venimos a hablar es de las desapariciones, de la tortura, de los presos”. Es así que se canceló

la conferencia y los visitantes se fueron. Esa noche lo llamó por teléfono el secretario general de ATE, con el cual Carlos tuvo algunas diferencias, y le dijo: “Mirá, te quiero avisar que me dijeron de la comisaría que te vayas de tu casa... que te vayas de tu casa”. En ese momento, Gloria y Carlos tenían cuatro chicos y vivían con la madre de ella. Acudieron, entonces, al departamento del doctor Proto, en Lavalle y Alsina y permanecieron ahí unos días. Todo tenía que parecer “normal”. Cada mañana se levantaban temprano, volvían a la casa, vestían a los chicos con el guardapolvo para ir a la escuela. Cualquier anormalidad se anotaba: “Ruidos sospechosos, entradas y salidas. La red de informaciones era enorme”.

Corría 1976, o quizás 1977: en cualquier caso, el bienio quizás más violento de la dictadura. Había que preservar a la familia, la casa. “No puede ser que por tener unos libros corramos peligro”, pensaba Carlos: “Los libros, libros son”, se consolaba. Así fue como junto con Gloria y el Dr. Proto confeccionaron las once cajas donde guardaron todos aquellos volúmenes que podían significar un riesgo, y los llevaron a la casa de una señora viuda que vivía en Rivadavia y Zeballos. “Ella, pobrecita, no sabía nada de política, no tenía la menor idea, pero bueno, nos quería muchísimo, nos había ido a visitar a Bruselas con la mamá de Gloria”. Es por ese cariño que los unía que ella accede a esconder las cajas. Pero al poco tiempo se instala junto a su casa un comando militar. Era algo que acontecía habitualmente: llegaba el ejército, tomaba una zona y producía requisas casa por casa. Ella se estremeció cuando recordó las cajas, y decidió llamarlos. Carlos estaba viajando, entonces Gloria resolvió el asunto: se comunicó con el doctor Proto, y le dijo: “Mirá, nos piden que saquemos las

cajas de la casa porque está el ejército al lado”. Esa noche, Gloria movió uno por uno los contenedores y los trasladó a una quinta de Monte Grande, de un señor cuya hija, Marisa Canosa, era muy amiga de los Custer y había compartido tiempo con ellos en Bélgica. Hasta que se repitió la secuencia: cayó el ejército a la zona de la quinta y comenzó las requisas. Carlos supone que Marisa advirtió a su padre sobre las cajas y él les pidió que las sacaran. Fue entonces cuando un amigo, Miguel Gazzera, un dirigente sindical, le dijo:

- Mirá, olvidate, de las cajas me hago cargo yo.
- ¿Pero las vas a llevar al camping?
- Vos olvidate.
- ¿Pero las pierdo para siempre?
- No, si Dios quiere las vas a recuperar.

Fue un día corriente, ya en la década siguiente. Carlos no recuerda si era 1983 o 1984, quizás fue un poco antes, hacia finales de la dictadura. Pero sí recuerda que alguien lo llamó y le dijo: “Mirá, acá hay unas cajas que parecen que son de ustedes”. Aparecieron medio rotas, pero aparecieron. Gloria dice que eran tres, Carlos cree que eran cuatro o cinco. “Solo nos avisaron que habían aparecido en un sindicato y suponían que eran nuestras. Se ve que tuvieron varias etapas. Algunas las habrán tirado, a alguno le habrá gustado algún material y lo habrá retenido... pero nunca supe dónde estuvieron”. Miguel jamás reveló a Carlos en qué sitio escondió los libros durante todos esos años ni bajo la tutela de quién. Solo le dijo: “Vos olvidate, hay alguien que se va a hacer cargo”.

La fuerza arrasadora del fuego deja ver la fuerza atribuida a su objeto:  
una escritura considerada tan mágica como la llama.

Perla Sneh, *Palabras para decirlo. Lenguaje y exterminio* (2012, p. 219)



## Capítulo 8

### Lydia<sup>1</sup>

# Entrevista a Lydia Helander

*Andrea Quiroga*

Costó encontrar la casa. Lydia nos esperaba para hablar de libros. De cómo había tenido que desprenderse de los “libros peligrosos” en el setenta y pico. De cómo ese miedo profundo que nunca había sentido, ni volvió a sentir, la trajo a Varela, un paraje casi tan alejado, en aquellos tiempos, como el fin del mundo.

El acceso al Barrio Santa Rosa, de Florencio Varela, es difícil. Las calles se entrecruzan y confunden al GPS. Casi sin darnos cuenta, nos encontramos con los autos de frente en una callecita de carpeta asfáltica sin cordón. Era la dirección que buscábamos. Llamamos a la puerta, nos abrió Lydia. Patricia, Martín y yo la atravesamos detrás de ella, por un hermoso jardín.

---

<sup>1</sup> Edición escrita de la entrevista audiovisual a Lydia Helander realizada por Patricia Medina, Andrea Quiroga (entrevistadoras) y Martín Biaggini (realización multimedial), el 30/06/2019 en Florencio Varela, Provincia de Buenos Aires. Archivo audiovisual *Voces de la Memoria*, RID-UNAJ. Desgrabación: las entrevistadoras; colaboración en la primera versión de la entrevista escrita: Patricia Medina.

Nos invitó a pasar a su comedor y a instalarnos con comodidad. La casa es amena, amplia, prolija, natural y acogedora: como Lydia.

El espacio es amplio, pero poco luminoso y a Martín, que filmaba, le costó encontrar un buen ángulo. Finalmente, nos sentamos en una amplia mesa de madera ovalada frente a nuestra anfitriona. Su perrita, entre ladridos tímidos y aceptaciones ambiguas, fue acompañando la búsqueda de un clima distendido, aunque no logró relajarse en toda la entrevista y varias veces tuvimos que suspenderla por sus ladridos.

Lydia Helander nació en Buenos Aires, en 1942, pero pasó sus primeros años en Santa Cruz, con el frío helado curtiéndole la cara y con una abuela que la inundaba de historias. Después, y no nos precisa cuándo, la familia se instaló en Santa Fe donde, con el tiempo, se formó y transformó en militante y profesora. Sin embargo, el destino, los trabajos y las ideas los trajeron de nuevo a Buenos Aires.

### **Develar de la juventud: entre ideales y militancias**

“Hasta que entré a la universidad, de política ni idea de nada”. Lydia empieza a recordar sus inicios en la militancia. Estos comienzos se hicieron presentes cuando empezó a estudiar en Rosario, en la Facultad de Humanidades.

“Cuando vino el golpe de Onganía, en el 66, fue imposible no tener una relación con la política”. Los recuerdos afloran con timidez, pero con firmeza: “Allí empecé a militar con el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores)”.

Sin prisa y con una voz suave comienza a contarnos qué actividades realizaba dentro y fuera de la universidad. Se entusiasma y brinda detalles de las clases que preparaba en los barrios a los cuales asistía con su grupo: “Trabajábamos en la facultad y en los barrios como, por ejemplo, dando clases en lugares carenciados”.

La política se respiraba, latía en la Universidad. Nos cuenta que se vivían muchas situaciones tensas que los impulsaban a defender sus derechos: el presupuesto estaba en peligro, querían cerrar el comedor, etcétera. Entonces, el compromiso crecía: “Fue cada vez más grande. Estuve con la gente del PRT hasta que me vine a Buenos Aires”. Recuerda que, queriendo o no, los predisponían para la lucha: “Nos hacían hacer práctica de tiro como una especie de preparación”.

En Rosario, Lydia compartía un departamento con Ana María Sívorí, la compañera de vida de Enrique Gorroearán Merlo en ese entonces. Así se vinculó con él, desde las ideas. Con ella, aún mantiene un vínculo: “Actualmente nos comunicamos por la magia de la tecnología”. Nos cuenta que Sívorí está en silla de ruedas y vive en Nicaragua. “Justo ayer o antes de ayer pudimos hablar y, parece mentira, nos veíamos”.

### **Buenos Aires: la familia**

Cuando en Rosario las cosas se empezaron a poner difíciles, la familia decidió que el mejor destino era Buenos Aires: “Me vine a Buenos Aires con el padre de mis hijos, Ignacio y Pablo. Toda mi familia se vino. Mi papá estaba un poco asustado por mí y entonces me consiguió un trabajo acá. Él tenía un puesto en el

Ministerio de Educación. Era director de una escuela agrotécnica y lo ascienden a supervisor. Me consiguió un cargo administrativo". Al principio, vivió en la casa de unos primos. Después en un hotel con el papá de sus hijos. En el Ministerio de Educación, empezó a relacionarse con la gente de la juventud peronista, porque "acá había quedado como medio perdida con relación a la militancia, más con toda la situación familiar".

Nos habló de su padre con mucha ternura. Notamos que es una figura fuerte en su vida. Nos contó que él, por trabajo, viajó a Formosa: fue convocado como ministro de Educación. Se emociona cuando lo recuerda y lo envuelve en un halo de admiración y reconocimiento: "Siempre me gusta recordar... No sé bien dónde les entregaron tierras a los pueblos originarios. Eran sus tierras. Les dieron los títulos de propiedad". Después, las consecuencias del acto heroico: cayeron el gobernador y sus ministros. Su papá también: "Estábamos todos desocupados en un momento".

El padre de Lydia volvió a Buenos Aires sin empleo, delicado de salud tras haber sufrido un infarto y, como corolario, lo obligaron a jubilarse.

## **La quema**

Lydia es rubia y clara. Tiene una inmensa calma que se marca en sus silencios. Baja la cabeza y recuerda. Hace pausas en la que mira para adentro como si sólo estuvieran ella y sus recuerdos. Nos cuenta que su familia estaba preocupada. Especialmente su padre:

— Preocupado porque en la televisión aparecían buscadas las personas con las cuales yo estaba compartiendo, en su momento, la militancia. El hijo de un amigo de él que también formaba parte del grupo, Luis Pujals, fue uno de los primeros desaparecidos. Su señora era Susana Gallero, que también era militante, y se la llevaron en el 76.

La cuestión con los libros comenzó ahí, frente al miedo del padre, la jubilación forzada, el infarto, la falta de trabajo. Lydia recuerda que se quedó sola con sus hijos y apenas podía pagar el alquiler. La abuela de los chicos le llevaba la leche y era todo muy duro. Por eso decidió instalarse en la casa familiar.

Su madre no estaba feliz con esa situación. Tenía miedo por todo lo que pasaba, pero, además, Lydia cargaba con una biblioteca de la que no quería separarse. Entonces se pusieron firmes y la intimaron: “No podemos tener todo esto acá, es peligroso”. Hicieron un pozo en el fondo: “Vivíamos en Ituzaingó, provincia de Buenos Aires. Metimos todo en el pozo, lo quemamos y ahí quedó”, recuerda.

La casa y después el humo:

—Tenía mucho material marxista, más que nada marxista y los libros de Trotsky, como *La revolución rusa*, *La revolución traicionada*, *Literatura y revolución*. Dejé todo lo que fuera literatura ficcional o poesía. Aunque, por ejemplo, Cortázar se prohibió. Cuando empecé a trabajar como docente en el profesorado 50, en el año 81, Cortázar estaba prohibido y yo lo daba igual. Los libros de política los quemé, pero no sé cómo, me acuerdo de que me quedó un libro de Perón...no me acuerdo cuál.

Vuelve el silencio, la pausa. Después, retoma con un dejo de angustia:

— La verdad, no quemé voluntariamente los libros. Yo estaba viviendo en la casa de mis padres en ese momento y realmente hubo una presión familiar para que los hiciera desaparecer como fuera. Y bueno, mi papá me ayudó. Incluso, guardo un poema en un libro que todavía tengo que publicar.

Vuelve a mirar para adentro y agrega: “Es un crimen, es terrible quemar libros. Me parece algo tremendo lo que tuve que hacer por presión familiar”.

Pide un respiro. Nos dice que le cuesta bastante poder hablar de todas estas cosas.

Le damos aire. Después, Martín retoma. Le pregunta por los libros que quemó: ¿Cómo eran? Sobre la amiga del PC que los suministraba, sobre el circuito para comprar esos libros. Nos responde que venían directamente y los ofrecían en la oficina donde trabajaba:

— Viste como antes solía haber vendedores de libros que iban a las escuelas y a los ministerios y a los lugares de trabajo. Bueno, esa señora vino mientras pudo. Después la señora no vino más. Yo descubrí el marxismo en la facultad y con la gente del PRT con la que leíamos y teníamos como unos cursos. Entonces yo compraba libros. Empecé en Rosario, después seguí de acá. En Rosario no me acuerdo cómo conseguía esos libros...

Seguimos escuchando, preguntando. Nosotros queríamos saber qué otro destino podrían haber tenido esos libros en un

momento tan convulsionado, Lydia quiere dejar bien claro cuánto le dolió ceder a las presiones de su familia: “Los hubiese puesto en un lugar seguro. Los hubiera escondido, pero no los hubiera quemado porque quemar libros es simbólico. Es... es tremendo”.

Pausa. El silencio es terrible. Lydia habla en sus largos silencios, completa sus ideas. Y después nos dice: “No los hubiera... no sé, hubiera buscado algún lugar. Para mí el lugar más seguro era la casa de mis viejos”.

Después, viaja en el tiempo a ese día. Se ubica con su padre frente al pozo y ve los libros: “Estábamos los dos parados y era a la nohcecita, no era de día. Era un clima medio raro...”. Como respondiendo a su propio reclamo, intenta justificar esa acción, ese momento:

— Cuando uno mira para atrás, aunque yo no suelo mirar para atrás porque miro siempre para adelante, recuerdo esa sensación de miedo profundo... Ahora, estamos viviendo una época muy oscura. Pero esa sensación de miedo profundo, yo nunca la volví a vivir. Miedo de abrir la puerta. (...) El miedo que yo sentí con la dictadura militar del '76, cuando desaparecían compañeros así en esa forma... Y venía alguno que no tenía donde ir y... Eso no lo volví a sentir. Ni con Macri lo siento que es un..., es una porquería, pero bueno, en fin.

Vuelve el silencio, algún ladrido. “Durante mucho tiempo, no pude hablar nada de todo esto y eso que yo la saqué muy barata porque me vine a Varela”.

## **Florencio Varela: docencia militante**

El miedo no la paralizó. Con su título de maestra decidió buscar trabajo en Florencio Varela. Había trabajado en Avellaneda mientras era empleada del Ministerio, pero decidió ir más al sur: “Bueno, la verdad es que Florencio Varela es un lugar inhóspito, pero que a mí me dio mucho”.

Varela la invisibilizaba y le permitió superar el miedo, que era lo que buscaba en ese momento. Apareció la otra militancia, la de la escuela: “Yo pienso que el trabajo docente siempre es militante, es decir, vos tenés una ideología y no la podés tapar”. Y agregó:

— Yo no me limité nunca. Decían: “Está prohibido”. Les decía: “Esto está prohibido, pero lo vamos a leer igual porque hay que leerlo y punto. No, nunca me limité en ese aspecto. Lo peor que me tocó hacer fue la quema de libros en la casa de mi mamá”.

## **Su poesía**

Lydia publicó la antología poética *Viales y naufragios* (2014), *Digo sur* (2017) y *Camino a casa* (2019) y tiene en proceso un nuevo libro.

Nos habla de Diana Bellessi como maestra de escritura y amiga en este momento en que la poesía y la familia, en ese orden, completan su vida. Charlamos de su obra. En sus poemas, aparecen los libros, la quema y la militancia. Dice de su nuevo texto, próximo a publicar: “Ahí cuento la historia de un libro — que rescató de la quema y le regaló a su hijo—, que se volvió a

quemar porque a mi hijo se le incendió la casa y se le quemó la biblioteca, pobre”.

En Rosario participó de *La ventana* que era una revista literaria que publicaba Orlando Calgaro, el novio de una compañera de la facultad. Colaboraba, pero no publicaba, quienes escribían allí eran como sus “Dioses”, dice. Era muy tímida para mostrar su poesía. Diana la empujó a hacerlo, le dijo: “Vos tenés que publicar”.

En Rosario: “Ellos iban y visitaban a Juanele [Ortíz] en Entre Ríos, ahí yo empecé, mi cabeza se abrió un montón; yo siempre escribía como a escondidas, para mí”. Y agrega: “Juanele me puede, me puede, me puede, me siento identificada con lo que él escribe de esa forma que... no sé. Ves el litoral. Lo tenés ahí”.

Lydia escribe sobre paisajes, sobre historia, sobre su afectos y recuerdos; pero también escribe sobre libros...Ella escribe sobre la quema de libros.

Le pedimos que nos lea, especialmente el poema “Eva”, de *Digo sur*.

### **Eva**

Fue en julio,  
la hora de mis muertos  
y también la de mi nacimiento.  
Hace mil años,  
en el cincuenta y dos,  
mi madre citó a su hermana  
en la Avenida de Mayo,  
frente al Castelar, aquel hotel  
donde parara alguna vez

García Lorca,  
pero también Leonor,  
mi tía modista  
que había viajado  
para vacacionar en Buenos Aires.  
No recuerdo muy bien  
como llegamos al lugar,  
aunque sí a la multitud  
que en un silencio místico  
de flores y tristeza  
se apretujaba sobre la calle  
entorpeciendo el tránsito.  
Escuché decir a mi madre:  
*Se murió La Señora,  
no deberíamos haber venido  
a la Avenida de Mayo.*  
Sin embargo ahí estábamos,  
perdidas entre la gente,  
algunas enfermeras con uniforme azul,  
hombres de corbata negra y brazalete  
en el saco  
y mujeres que enjugaban sus ojos  
enrojecidos por el llanto.  
Unos días más tarde  
nos fuimos a Rosario  
y de nuevo, la misma caravana  
de dolientes  
acompañó nuestro fin de semana..  
Mucho después de esos tiempos enlutados

llegó el cincuenta y cinco  
con su cuota de espanto.  
Quemaron los libros de *aquella mujer*  
que seguía como una saeta  
clavada en nuestros corazones.  
Rescaté en secreto de una biblioteca  
“La razón de mi vida”,  
mis padres no se animaron  
a decirme nada.  
Comprendieron acaso,  
como escribiera Borges  
“los rumbos minuciosos de la muerte”  
y lo que más tarde vino,  
cuando el vacío se adueñó de las calles  
y las verdades mínimas quedaron olvidadas.  
(Helander, 2017, p. 32)



Si hay una preocupación y un sufrimiento en torno al archivo es porque sabemos que todo puede ser destruido sin resto. No solamente sin huella de lo que ha sido, sino sin memoria de la huella, sin el nombre de la huella. Y eso es a la vez la amenaza del archivo y la posibilidad del archivo. El archivo debe estar afuera, expuesto afuera.

Jacques Derrida, *Archivo y borrador* (2013, p. 223)



## Capítulo 9

### “Yo, los archivos, los vi”<sup>1</sup>

# Entrevista a Eugenia Cabral

*Iván Mantero Mortillaro*

El encuentro con Eugenia sucedió una fresca tarde de invierno de 2022. Cobijados por los libros que habitaban todas las paredes del living de su departamento y una taza de café caliente, ella comenzó su relato. Con las palabras que siguen empezó a contarme su historia:

Mi nombre es Eugenia Cabral, actualmente soy una escritora, aunque en la época de la dictadura aún no lo era. La dictadura la pasé en mi ciudad natal, en Córdoba, que pertenecía al Comando del Tercer Cuerpo del Ejército, que fue el área del país donde hubo la mayor cantidad de desaparecidos, especialmente en Córdoba y también en Tucumán: el Comando del Tercer Cuerpo fue sinónimo de masacre.

---

<sup>1</sup> Edición escrita de la entrevista audiovisual a Eugenia Cabral, realizada por Iván Mantero Mortillaro (entrevistador y realizador multimedial), el 27/08/2022 en la Ciudad de Buenos Aires, Archivo audiovisual *Voces de la Memoria*, RID-UNAJ.

En marzo de 1976, yo tenía 21 años, una beba de tres meses y un esposo. Ambos éramos militantes de la TERS, Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista, que estaba dentro de la organización Política Obrera. Los dos estudiábamos en la Facultad de Filosofía y Humanidades. Daniel, él se llamaba Daniel Ernesto Herrera, cursaba el cuarto año de la carrera de Psicología y yo había hecho solo un año y medio en Ciencias de la Educación.

### **El terror paraestatal gana las calles en los años previos al golpe**

Mi militancia comenzó a principios del 74. En febrero del 74, se produce en Córdoba el primer golpe de estado. Fue a nivel provincial, se llamó *Navarrazo* porque lo comandaba el coronel Navarro, jefe de policía. Sacaron al gobernador Obregón Cano y al vicegobernador, y asumió un interventor. Fue un día espantoso en el que bandas fascistas salieron a las calles armadas con ametralladoras. Recuerdo que Perón minimizó el hecho diciendo que era un problema provincial, y a mí me cayó tan mal eso, porque, ¡además el gobernador de Córdoba era peronista!, y Atilio López, el vicegobernador, era un sindicalista, entonces para mí eso fue decisivo. Durante el año 74, noté que empezaban los asesinatos de militantes. No habían sido solo los héroes de Trelew,<sup>2</sup> en su momento, sino que, bajo el gobierno peronista, volvimos a lo mismo que bajo la dictadura anterior.

---

<sup>2</sup> Se refiere a la ejecución en la madrugada del 22 de agosto de 1972 de dieciséis militantes del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), la FAR (Fuerzas Armadas

El 75 lo recuerdo con más terror que el 76 porque ni siquiera sabías qué actitud tomar: teóricamente no estábamos bajo un golpe de Estado, si bien teníamos interventor en la provincia, y el trabajo del Comando Libertadores de América (una banda paraestatal que en Córdoba cumplía el rol de las Triple A) era terrible, así como era también ardorosa la actividad de las organizaciones armadas. Pero uno no sabía qué hacer, íbamos a la facultad, etcétera. El ambiente ominoso a veces lo recuerdo como un ambiente raro: era, era, era... es algo inolvidable realmente.

A Daniel lo conocí, nos pusimos de novios a los pocos días, y después nos casamos. Recuerdo que un día fuimos a Audax Córdoba, que era un pequeño club de boxeo, que se solía alquilar para muchas cosas: mitines políticos, sindicales, etcétera, y ese día fuimos porque había un grupo que se llamaba *Canto Popular*.

Un nombre, *Canto Popular*, que incluía diferentes grupos musicales de distintas agrupaciones políticas. Yo tengo la imagen de que al final, casi sobre el final, empiezan a cantar el *Vamos Mujer*, de la cantata de Santa María de Iquique, que es realmente de un aire muy trágico, como trágica fue la historia, y, lo que recuerdo, es que todos nos tomamos de las manos: había guerrilleros, no guerrilleros, había un poco de todo, y tuve una sensación muy fuerte de que estábamos al borde de la muerte.

A algunos músicos de *Canto Popular* los mataron, la mayoría de ellos tuvieron que exiliarse. Recuerdo que fue una experiencia muy... nunca volví a vivir algo así: era musical, pero a la vez era profundamente política.

---

Revolucionarias) y Montoneros, en el penal Rawson. Eran presos políticos de la dictadura militar autodenominada "Revolución Argentina" (1966-1973).

Córdoba tuvo mucho arte político: grupos de teatro como *La Chispa*, *LTL*, algo menos en literatura, pero lo hubo. Años más tarde, cuando me dediqué a estudiar la historia de la poesía de Córdoba, descubrí lo que había pasado: a partir del año 73, por ejemplo, empieza a desaparecer prácticamente toda la actividad de las revistas culturales, porque era tan alto el grado de politización y tan laxo el de las revistas, en las que se debate de todo... No, no, no, allá íbamos a los bifés, como quien dice. Así que, en el 74, ya no quedaban prácticamente revistas culturales, aunque sí algunas ediciones de poesía.

El tema es que justamente durante los finales del 74 y el 75, la actividad de los grupos paramilitares y parapoliciales no solo se encarga de asesinar a referentes populares, como es el caso del asesinato del más importante de los abogados de presos políticos, el Cuqui Curutchet,<sup>3</sup> sino también de las quemas de bibliotecas. Y ahí es donde se quema la biblioteca de *Ceferino Garzón Maceda* que estaba en su estudio. Con los años, me enteré de que también se quema la de *Susana Aguad*, que ya venía estando detenida desde el 69, desde el propio Cordobazo, y que ya en esa época empieza el exilio, que en su caso fue absolutamente forzoso porque en el 75 cae detenida.

Recuerdo claramente que acercándose el golpe, todos empezamos a guardar libros. En nuestro caso, los enterramos envueltos en plásticos, plásticos, plásticos, plásticos, plásticos en

---

<sup>3</sup> Alfredo Alberto “El Cuqui” Curutchet (1940-1974) fue un abogado, defensor de sindicatos, trabajadores, presos políticos y luchadores por los Derechos Humanos, que fue secuestrado y asesinado por la Triple A.

la casa que hoy ocupa mi hija, y no sé por qué pero nunca he querido cavar para buscar. Creo que sería muy fuerte. Demasiado.

Muchos amigos tuvieron que quemar libros. Los militares, aparte de personas, secuestraban libros de las casas y realizaban grandes quemas, el caso más conocido fue la quema de libros que se hizo en el patio del Comando del Tercer Cuerpo del Ejército donde no se sabe qué se quemó y qué no: parvas, parvas y parvas.<sup>4</sup>

Con los años me enteré -muchos años después, cuando empecé a estudiar la historia de la poesía en Córdoba- del caso de Alberto Burnichón...<sup>5</sup> A Alberto, que era editor de poesía y ya estaba detenido en La Perla (donde después lo matan), directamente le hacen explotar la biblioteca.

### **Listas negras y el terror en primera persona**

Ya en 1975, el secretario académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades era un muchacho que andaba con una 45 bajo el saco y la dejaba ver ostentosamente en los pasillos de la facultad. Se supone que fue él, junto a los muchachones que lo secundaban, los que empezaron a armar las listas negras.

Ese año yo estaba embarazada y mi hija, tan oportuna, se ubicó desde el principio de tal forma que me apretaba el diafragma, de manera que tuve que dejar de hablar en público;

---

<sup>4</sup> Para ampliar la información acerca de este hecho, consultar: <http://infojusnoticias.gov.ar/nacionales/los-libros-quemados-por-el-iii-cuerpo-de-ejercito-en-cordoba-10207.html> y <https://ffyh.unc.edu.ar/libros-prohibidos/la-quema-en-el-iii-cuerpo/>

<sup>5</sup> Más información en <https://deodoro.unc.edu.ar/2015/03/20/en-memoria-de-alberto-burnichon/>

pero Daniel sí lo hacía y fue incluido en las listas negras de Psicología, como mucha otra gente. Al llegar el golpe, cerraron todas las Facultades. Algunas no las volvieron a abrir por un buen tiempo, como la de Cine, la de Ciencias de la Educación. Era muy alto el porcentaje de militantes que había en la Facultad de Filosofía y Humanidades, y también en Arquitectura.

A partir de mayo, empiezan las desapariciones y muertes en nuestra propia agrupación. En mayo es secuestrada Susana Ugarte, cuya familia nunca quiso denunciar. Fue a mí a quien le tocó ir a avisarle y, sin embargo, nunca pensé que la madre... Los hermanos eran chicos, eran muy chicos, pero la madre nunca hizo la denuncia, y como no la puede hacer un extraño a la familia, no pude hacerla, aunque hubiera querido. Susana estudiaba medicina. Claudio Zorrilla, de Arquitectura, ya estaba detenido y luego lo mataron, en el 77. Y de la Facultad nuestra, Osvaldo Coggiola pudo irse, al igual que Adrián, y otros que también se tuvieron que ir. Y nosotros no.

En julio del 76 lo detienen a Daniel, lo tienen 8 días torturándolo en lo que le llaman D2: en aquella época le decíamos *Informaciones*, en el Cabildo de Córdoba. Luego lo pasan a la penitenciaría, lo mantienen incomunicado, así que uno no sabía si los detenidos estaban vivos o muertos y, de hecho, mataron muchísima gente dentro de la cárcel o, en algunos casos, sacándolos a 2 o 3 cuadras y aplicándole la “ley de fuga”.<sup>6</sup> Y luego lo trasladaron a Sierra Chica ya con un decreto de que estaba bajo

---

<sup>6</sup> La aplicación de la “ley de fuga/s” es un tipo de ejecución extrajudicial o paralegal, que consiste en simular la evasión de un detenido para encubrir su asesinato. Durante la Dictadura, se fusilaba a prisioneros durante sus “traslados”.

el Poder Ejecutivo Nacional, el PEN, legalizado, digamos, y con una acusación concreta que desmiente totalmente la posibilidad de errores. Yo siempre he dicho que cuando fui a averiguar me dijeron los hechos tal cual eran: "Era militante de tal corriente, era delegado de curso, repartía volantes, hablaba en las asambleas", y qué querés que te diga: eso era lo que hacíamos. Era así, no había el más mínimo error. Yo me guío por eso.

La noche en que llegaron a llevarse a mi marido de casa, uno de los tipos que estaba totalmente travestido (anteojos negros, gorro, bigote falso, cosa que no lo pudieras conocer nunca) primero me pega una trompada, después me introduce una metralleta entre las piernas amenazándome con que me iba a violar con eso. Y yo sabía que lo hacían..., teníamos dos compañeritas de la secundaria y a una de ellas se lo habían hecho. Fue en el 75, le habían destrozado los órganos internos, después la dejaron tirada en un lugar y la chica se fue, se pudo ir hasta el hospital a que la operaran, porque la tenían que operar. Y hacían esas cosas para doblegarles la conciencia a los militantes, los hacían sentir que sexualmente eran basura. Ese era el código, ¿me entendés? Para ellos, las guerrilleras y las comunistas eran putas, ese era el primer insulto, ¡el primer insulto! Y como por suerte los teníamos vistos, digamos, uno ya sabía cómo se manejaban ellos; entonces yo sabía que la primera distancia que les tenía que poner era el "yo soy señora". No había otro modo, con esa clase de gente no podías emplear o decir "yo soy su compañera bla bla bla" o explicarle el concepto marxista de la pareja. No había modo. La única forma era decirle "yo soy señora, a mí no me tocás". Pasa una cosa, los represores, fueran policías o, en algunos casos, militares, eran clasistas en serio, entonces, el hecho, por ejemplo,

de que una mujer se les presentara como señora, “y a mí me van a llamar señora”, era fuerte para ellos.

### **“Yo, los archivos, los vi”**

Me pasó una cosa muy extraña en el 77, Daniel ya llevaba más de un año preso. Recuerdo que fue después de haber ido a Buenos Aires, al Ministerio del Interior, a donde íbamos todos para saber de nuestros presos, cómo seguía su causa, etcétera, etcétera. Y, para velar por su integridad, también teníamos que hacer trámites en la Dirección de Cárceles de Córdoba. Sucedió un día en que fui a retirar un documento para presentar un *habeas corpus*, porque por más que los presos estuvieran legalizados, seguíamos presentando esos recursos. Recuerdo que en esa ocasión, había presentado un *habeas corpus* y, cuando voy a la dirección de cárceles, me dicen que la respuesta del Ministerio del Interior era que Daniel debía volver al Comando del Tercer Cuerpo del Ejército. Un frío me recorrió todo el cuerpo, porque mientras estuviera legalizado y en Sierra Chica, yo esperaba que no corriera riesgo su vida.

Fue tal la desesperación que me dio, que recuerdo que corrí a casa. La Dirección de Cárceles quedaba en el centro y yo vivía en un barrio tradicional llamado San Vicente. Estaba con la nena que ya tenía un año y medio y corrí a la casa y le pedí a mi mamá que me la cuide -porque me había quedado viviendo con ellos mientras mi marido estuvo detenido-, que por favor me la cuidaran. Siempre la cuidaron, me ayudaron muchísimo, pero ese día no sé qué había -tipo consultas médicas y cosas por el estilo, y no se podía realmente-, y yo no quería esperar ni un día más. Entonces vestí a mi niña, me arreglé un poquito y volví a tomar

otros colectivos hasta el Comando del Tercer Cuerpo del Ejército, que queda por la avenida Fuerza Aérea, y me presenté: chau, sin abogados ni nada. Me llevaba la desesperación, nada más.

Cuando llegué, recuerdo que había una rejita baja, donde había un soldado. Le explico por qué iba -todo esto con la nenita en brazos-, y me dicen que no, que nadie me iba a atender porque "no se atendía a nadie ahí", y yo seguía llorando, llorando la carta: "Mira me tenés que atender porque yo soy sola, yo no tengo trabajo", lo cual era cierto, porque para la esposa de un detenido, no había trabajo, no había nada. "Yo estoy sola, mi marido está lejos", bla, bla, bla, hasta que el soldado se compadece y me dice: "Bueno, voy a preguntar".

Allá entra y vuelve y me dice -nunca me voy a olvidar de sus palabras-: "Bueno, la van a hacer pasar porque les he dicho que usted ha venido con buenos modales, no como otra gente que viene muy agresiva". "Ah, muchas gracias", le respondí, aunque por dentro hervía. Yo estaba fingiendo, como fingí tantas veces durante esa época. Y me hicieron entrar.

Recuerdo que había una construcción adelante y luego un salón de unos ocho metros por cuatro. En ese espacio, no había más que una mesita con un escritorio y dos tipos sentados. No sé, realmente, si los vieras en una película te darían miedo: la expresión de esos rostros y de esas miradas no las voy a olvidar jamás. Creo que, por algún motivo, no los podría reconocer en la calle como sí pude reconocer a los represores que fueron a buscar a mi marido a la casa. Hay uno al que he visto, tengo la foto, en el juicio junto a Menéndez, lo reconocí perfectamente. A estos no, vaya sabe por qué. Sí recuerdo que eran dos, los dos morochos, gente no muy delgada ni muy alta.

Uno de esos dos tipos se paró y se dirigió a la pared más larga que estaba al costado. Medía cerca de 8 metros de largo. La pared estaba toda ocupada con estanterías de metal, esas que se usan en las ferreterías, íntegramente llenas de libros de registros, esos tipos de libros de contabilidad de los de aquella época, encuadernados. El tipo recorrió los lomos de los libros, fue buscando, tenía el número de detenido a disposición del Poder Ejecutivo Nacional (PEN), tenía el apellido y, por el número, fue buscando así hasta que se detuvo bajo uno de esos libros de contabilidad, lo abrió, hojeó matemáticamente y encontró: “Sí, Daniel Ernesto Herrera, militaba, ‘tra, tra, tra, tra, tra’. Ah, -me dice- está para salir en febrero del 78”. Estábamos a fines de septiembre o primeros días de octubre, me acuerdo que era un día hermoso. Yo le digo: “No me des ilusiones por favor, yo solo quería quedarme tranquila de que va a seguir a disposición del PEN en Sierra Chica el tiempo que le toque”. “No, no señora -me dice- le estoy hablando en serio. Está para salir en febrero del año que viene”. “Bueno señor, muchísimas gracias, muy atento”, y me fui.

Eran tan fidedignos esos informes, porque si bien mi esposo salió ese mismo año, en el 77, fue por una amnistía de fin de año. En esa ocasión, salieron 500 y algo para la Navidad y, entre ellos, estaba Daniel. O sea, la organización de los tipos era perfecta, era perfecta, y yo me quedé fría cuando leí en el diario que estaba para salir en febrero y, efectivamente, lo hicieron salir con la amnistía de Navidad.

Imaginate toda la información que tenían ahí, porque se calcula que de los 30.000, 10.000 desaparecidos son de Córdoba. El Comando del Tercer Cuerpo del Ejército era un infierno.

No se sabe cómo han hecho para esconder todo eso, no se sabe. Pero yo, los archivos, los vi. ¿Por qué se les ocurrió dejarme pasar? No sé, tal vez por el aire de señora o por tener a mi hija en brazos o por el trato educado, probablemente por lo mismo que logré evitar el ultraje cuando llegaron a mi casa.

\* \* \*

Concluido el testimonio le dije a Eugenia: "Te agradezco un montón esta entrevista. Fue un hermoso intercambio, me encantó escucharte". A lo que me respondió: "Has logrado que hable de cosas que no había hablado nunca en público".



El descubrimiento de los documentos gráficos, sean estos películas o fotografías, jugó un papel destacado para los sobrevivientes de los campos de concentración nazis, para poder aceptar la propia experiencia, esto es, para poder constituir la propia memoria. Lo que habían vivido, debían *representárselo*, aunque solo fuera para poder dar testimonio.

Georges Didi-Huberman, *El archivo arde* (2004, p. 3)

Las imágenes grises, desenfocadas a veces, filmadas con el tembleque característico de una cámara que se sujeta con la mano, adquirirían una dimensión de realidad desmedida, conmovedora, que mis propios recuerdos no alcanzaban.

Jorge Semprún, *La escritura o la vida* (1997, p. 217)



## Capítulo 10

# Enterrados y desenterrados: la memoria revelada del peronismo

### Entrevista a Jorge Gusman<sup>1</sup>

*Elena Vinelli*

Frente a todos los demás, la vista era el sentido con el que captaba el mundo.  
Johann Wolfgang Goethe, *Poesía y verdad* (1999, p. 163)

“Me acuerdo de un plano de la filmación en el que empiezan a avanzar los tanques... Parecía el desembarco de Normandía: tanques, tanquetas, ametralladoras, FAL. Estaban armados hasta los dientes y nosotros íbamos con una cámara...”, afirma Jorge Gusman cuando relata el modo en que filmó el regreso de Perón en 1972. Filmó todas las marchas entre 1972 y 1974. Entrevistar y filmar su testimonio es hacer un documento para la memoria. Con

---

<sup>1</sup> Edición de la preentrevista y la entrevista a Jorge Gusman, realizadas por Silvana Aiudi, Elena Vinelli (entrevistadoras) e Iván Mantero Mortillaro (realización multimedial), el 23 y el 26/07/2019, en la Ciudad de Buenos Aires. Archivo audiovisual *Voces de la Memoria*, RID-UNAJ. Desgrabación: Andrea Vilarino y Elena Vinelli.

simpatía, el director y docente de teatro despliega y actualiza un relato concentrado en las vivencias de su juventud con la mirada puesta en el jardín de una casa de Avellaneda en el que enterró y desenterró el material filmográfico para resguardarlo de las requisas del Golpe de Estado de 1976. Con esos rollos, que estuvieron enterrados 8 años, diseñó y dirigió el documental *La lucha continúa*, toda una historia del peronismo.

### **El café Margot**

Jorge Gusman nos recibe en el café Margot de la calle Boedo, mediando una mañana de julio de 2019. Es el histórico café que fue frecuentado por jugadores e hinchas de San Lorenzo, por boxeadores -como el Mono Gatica-, por anarquistas -como Severino Di Giovanni-, por políticos -como Alfredo Palacios-, por bandoneonistas -como Ángel Ciriaco-, por poetas -como Raúl González Tuñón y Homero Manzi-, que asoman desde las fotos de sus paredes; por la gente del barrio de ayer y de hoy, por cientos de turistas. Sin duda el sitio sabe a tango. Los lugareños y los mozos conocen sus sectores: *las mesas de los cuervos, de los pintores, de los políticos, de los soñadores...* en las que nos espera Jorge Gusman, que se muestra empático, chistoso, seductor: cumple su oficio de director de teatro frente al mínimo público de sus entrevistadoras. A la mesa del bar que compartimos, llegan también las voces de un entorno que se va poblando de olor a café y de murmullos de otras mesas. Desde la calle interfieren las bocinas, las frenadas, el run-run del tránsito. En el siguiente encuentro deberemos filmar y grabar su relato y, entonces, ese alegre bullicio se transformaría en ruido y ahogaría la voz de Gusman en la prisión del grabador. Queríamos entrevistarlo en su

departamento de Boedo o en la Escuela de Teatro *Las Luces*, que dirige desde 1983; pero unos años antes se había tomado la decisión de demoler las salas del teatro y Gusman había sufrido unos una serie de intimidaciones, incluso desde la Secretaría de Cultura de la Nación del gobierno de Mauricio Macri, hasta que le ofrecieron asilo en el Museo Evita. Al teatro escuela de la Manzana de las Luces le había entregado la mayor parte de su vida; sin embargo, tuvo que llevarse todos sus bártulos: utilería, baúles, escenografías y vestuarios... que él mismo había aportado para presentar obras históricas como *Asesinato en masa*, *Mascaradas de Mayo*, entre otras; todo eso hubo de apretujarlo en su departamento de Boedo: no tendría lugar para recibarnos. Le ofrecemos otros espacios: el de la Universidad Arturo Jauretche, de Florencio Varela, o el de un barrio en el que había vivido y en el que se verán los libros y las fotos de quienes lo entrevistamos y no las propias. No lo duda, que sea en San Telmo.

Filmar su testimonio es hacer un documento. Hacérselo a un director de cine documental amedrentaría a cualquiera, pero filmará Iván, un buen coequiper nacido con la cámara en la mano. En el departamento de San Telmo, nuestro documentalista se mantiene ceñido a un banquito, casi inmóvil. Ya no seduce con la gestualidad sino con el relato profundamente concentrado en las vivencias de su infancia y juventud, con los ojos puestos en el jardín de una casa de Avellaneda en el que enterró y desenterró material filmográfico para resguardarlo de las requisas de los años setenta: es que el 25 de marzo de 1976, ocultó las películas en Super 8 filmadas entre 1972 y 1974, que le permitirían, 40 años

después, contar una historia del peronismo en la serie documental *La lucha continúa*.<sup>2</sup>

### **¡Shock! ¡Cámara! ¡Acción!**

Jorge Gusman nació en 1949, en una zona principalmente fabril de Avellaneda. Pasó su infancia en una barriada obrera de italianos y gallegos. Desde los 8 hasta los 17 años, trabajó para abastecerse y aportar a la complicada situación económica de su familia: aprendió a confeccionar cepillos, fue ayudante de albañilería, trabajó de sol a sol en una fábrica de bujes. Estudió año y medio en el Industrial de Avellaneda y reintentó continuar en un nocturno, pero el sueño lo vencía y abandonó el colegio.

Cumplidos los 18, ingresó al sector de Ceremonial y Audiencias de Salud Pública, en donde trabajaban su madre y su hermano Luis. Paralelamente, comenzó a hacer una serie de cursos que le facilitaron el pase al departamento de Emergencias Sociales. Supo, como Rodolfo Walsh, descifrar claves, leer bandas de teletipo, manejar el código Q y otras cuestiones técnicas que le permitieron acotar su trabajo a las guardias de sábados o domingos. Por entonces, Salud Pública pasó a ser el Ministerio de Bienestar Social. Como jefe de la guardia, debía atender todo tipo de problemas: incendios, inundaciones, accidentes. Acompañaba, coordinaba o dirigía el envío de helicópteros o ambulancias. En la central de teletipos, había una mesa con unos 12 teléfonos en los

---

<sup>2</sup> *La lucha continúa*. Documental de 8 capítulos de 24 minutos cada uno. Guión y dirección: Jorge Gusman. Producción y subdirección: Fabio Zurita, Gallo Verde, Cine en Marcha, 2017, Argentina.

que se recibían mensajes de todo el país: de los bomberos, la policía, incluso de Presidencia de la Nación.

— *En Bienestar Social hacías las guardias de sábados o domingos, ¿y a qué dedicabas el resto de la semana?*

— Empecé a trabajar en librerías: la librería Premier, del Indio Dávalos, en la calle Corrientes, enfrente del teatro. Tenía apenas 19 años cuando Susana Giménez y Marilina Ross, que estaban haciendo *Las Mariposas son libres* en el Premier, empezaron a frecuentar la librería. Marilina era más grande que yo, pero había todo un juego entre ambos: ella me preguntaba qué leer y yo orientaba sus lecturas. Era el momento del *boom* latinoamericano. Parecía encantada porque le iba recomendando un libro tras otro, incluso a Felisberto Hernández, el escritor uruguayo. Y un día me dijo: “¿Por qué no estudiás cine? Siempre hablás de los ojos, de la mirada, de lo que uno ve”. Seguramente yo habría citado esa frase de Goethe que dice que el órgano que le hizo comprender el mundo fue el ojo. Tal vez encendió algo que ya estaba en mí, porque poco después empecé a frecuentar la Asociación de Cine Experimental, en la calle Río de Janeiro, en donde conocí a una serie de académicos. En verdad, yo siempre fui un autodidacta, venía de leer lo que había en casa: *Las mil y una noches*, la *Biblia*, la revista *El Llanero Solitario*. En esa Asociación conocí a profesores como Simón Feldman, Adelqui Camusso, y me di cuenta de que me interesaba la cuestión más práctica: entonces me compré mi primera cámara de Super 8, de marca Ricoh, y empecé a filmar todo el tiempo.

En el estertor de la dictadura, de Levingston a Lanusse, Luis Gusman cumplió con el servicio militar en unos seis meses y

medio. Un compañero de leva lo acercó al discurso político. Cuanto pudo retomar la escuela de cine, con un grupo de amigos, empezó a militar en la Juventud Peronista. En Carupá, provincia de Buenos Aires, le decían “El Flaco”. En la escuela de cine, quedó fascinado con las charlas de Octavio Getino, que lo acercaron al cine de vanguardia del documentalista soviético Dziga Vertov y a su grupo del Cine-ojo (*Kino-Glaz*, en ruso). La librería en la que trabajaba le permitió acceder a las lecturas de y sobre Vertov y otras propuestas del cine ruso, como las de Eisenstein. Era asiduo del cine Lorraine y vio todas las películas que tuvo a su alcance, pero quedó prendado de la línea abierta por Vertov, quien había recorrido Rusia en un tren cultural filmando los pueblos: en cada pueblo mostraba lo que había filmado en el anterior. Corría el año 70, cuando Gusman y sus compañeros, Oscar López y Rodolfo Hermida, salieron a filmar en los barrios. Registraban las prácticas espontáneas de la vida cotidiana en los espacios públicos: filmaban las ferias, el trajín de los mercados y de los obreros construyendo muros, veredas, techos... acciones de las que él había participado de chico. Así fue fusionando, desde el ojo de la cámara, su experiencia barrial con la militancia. Su interés era hacer práctica de esa línea del cine documental. Esa confluencia entre su historia barrial, su militancia y su práctica fílmica lo llevó a apasionarse por las concentraciones populares multitudinarias.

## El documentalista

Ya había pasado *La noche de los bastones largos*<sup>3</sup>-explica Gusman- y empezaba una época de mucha convulsión y de avance del campo popular, como el Cordobazo del 69.

— ¿Cómo describirías ese pasaje?

— Se pasó, diría, de la “La Fusiladora” -mal llamada “Revolución Libertadora”<sup>4</sup>- a la resistencia, y, con Perón en el exilio, a la ofensiva, a través de organizaciones armadas, sobre todo las peronistas FAP, FAR y Montoneros, que era lo que había pedido Perón cuando decía: “Hay que hacer las formaciones especiales”. No lo decía claramente, pero estaba hablando de utilizar los *fierros*, dicho en términos de esa época. Creo que mi generación y la precedente eran hijas de ese peronismo: la gente había tomado esas banderas junto con los sectores de izquierda. Con el Cordobazo, se había producido un gran avance del campo

---

<sup>3</sup> Tras el derrocamiento del presidente Arturo Illia, el 28 de junio de 1966, el presidente de facto, Juan Carlos Onganía, dispuso por decreto la intervención de las universidades nacionales y ordenó reprimir a estudiantes y profesores que defendían la autonomía universitaria. El 29 de julio de ese año, en repudio a los hechos, estudiantes y profesores tomaron varias facultades de la Universidad de Buenos Aires. Acción que fue reprimida ferozmente por la Policía Federal, utilizando sus largos palos o “bastones” contra la comunidad académica. Miles de docentes abandonaron sus cargos y se dio inicio a la denominada “fuga de cerebros” del país.

<sup>4</sup> La “Revolución Libertadora” fue un golpe de Estado cívico-militar sangriento que derrocó al gobierno de Juan Domingo Perón el 16 de septiembre de 1955. El gobierno dictatorial proscribió el peronismo y sus principales dirigentes fueron encarcelados. Hubo centenares de muertos y heridos en todo el país, los militares bombardearon la Plaza de Mayo. En fábricas y barrios se inició la “resistencia peronista” que denominaría al golpe como “La Fusiladora”. El exilio de Perón y su proscripción se extendió incluso con la recuperación de la democracia, hasta 1973.

popular, pero el acto del ajusticiamiento de Aramburu en relación con la recuperación del cuerpo de Evita signó la ofensiva. Paralelamente, empezaron a darse grandes movilizaciones en el país. Empezaron las marchas, y a mí me atraparon.

Empezó entonces a filmar las marchas con sus compañeros Oscar López y Rodolfo Hermida, con los que había fundado el Taller Integral de Cine, el TAIC. Gusman volvió a recordar lo que decía Getino: que practicasen en el Hipódromo y filmaran el momento en que salían los caballos, *allá, a 2000 metros*, y que, instantáneamente, hicieran ver la cara del tipo que está a tres o cinco metros gritando enfervorizado. Hacer el primer plano del que estaba ahí a los gritos y en seguida girar y hacer a la vez el cambio de foco, con el teleobjetivo al máximo. Con aquellas cámaras no era fácil girar mientras se hacía el cambio de foco, pero la práctica intensa que hicieron les permitió filmar todo el plano de las marchas y, de golpe, cambiar el foco y hacer primeros planos de la gente, incluso el detalle de los pies en marcha.

Entre 1972 y 1974, filmó todas las marchas: el regreso de Perón del 17 de noviembre de 1972; la fiesta popular en derredor de la casa de Gaspar Campos, el 18 de noviembre; el lanzamiento de la campaña de Cámpora, en el Parque Municipal de San Andrés de Giles, en enero de 1973; la asunción de Cámpora, del 25 de mayo de 1973; el regreso de Perón del 20 de junio de 1973; las honras fúnebres del 2 de junio de 1974. No filmó la quema de películas ni su inmersión en lavandina en marzo de 1976; sí, la recuperación de los rollos enterrados.

## El avión negro

Refiriéndose a los sucesos políticos de 1972, Ricardo Piglia (2010) había afirmado:

Ese año es el año en que Perón está por volver y no se sabe si va a volver o no, y entonces había de hecho una serie de mitos, múltiples, populares, urbanos. Había un mito de un avión negro que siempre alguien había visto y en ese avión negro volvía Perón. (...) Había algo espectral en esa situación, era como el fantasma del padre de Hamlet, ¿no?, que estaba por venir, que estaba por volver y no volvía, y había siempre un Hamlet que estaba ahí esperando...

Como si ese Hamlet imaginario hubiese decidido no esperar más, el 17 de noviembre de 1972, sin haber cumplido aún 22 años, Gusman se propuso la imposible meta de llegar a Ezeiza para ver y filmar el regreso de Juan Domingo Perón. Con sus compañeros, fue cruzando el río Matanza varias veces. En aquel momento creyeron que eran varios ríos, pero era el mismo río que iba haciendo zigzag. Lo cruzaron dos o tres veces, con el agua hasta el pecho y la cámara en alto: “Toda una hazaña épica”, afirmó, risueño.

—¿Cómo fue, desde tu cámara Ricoh, ese 17 de noviembre?

— Me acuerdo de un plano de la filmación en el que empiezan a avanzar los tanques... Parecía el desembarco de Normandía: tanques, tanquetas, ametralladoras, FAL. Estaban armados hasta los dientes y nosotros íbamos con una cámara... Muchos años después me di cuenta de que para mí la cámara siempre fue mi arma. Fue en una sesión de terapia, cuando el terapeuta dijo: “Usted iba armado, con la cámara...”. Claro, por eso

yo iba para adelante, como el famoso documentalista chileno que avanza en una marcha y ¡pum!, le meten un tiro acá (se señala el entrecejo con el índice) y muere.

»En el puente de la autopista Riccheri que lleva al Aeropuerto Ezeiza, estaban los tanques y había unos 30.000 efectivos que hacían una barrera. Era como un cordón y nosotros nos íbamos desviando, desviando, desviando, pero siempre nos encontrábamos con algún grupo de soldados y de militares. Por eso, en el documental se ve que se llevan compañeros presos, manos arriba, apuntados con ametralladoras. Ellos iban con capotes o pilotines y tenían el poder, digamos. Y nosotros íbamos a ver a Perón: “Venimos a ver al General”, les decíamos. Obviamente, no pudimos llegar al aeropuerto: nos apartaban enviando patrullas, tanquetas, jeeps. Se metían con orugas en el barro y nos corrían con gases y balas de goma. Con mis 22 años era ágil y arriesgado, me trepaba a cualquier lado: a un árbol, a un palo... y otro compañero ¡pum! me tiraba la cámara y yo la abarajaba. Eso me permitió hacer los planos que hice, pero también había gases... “Tenés que orinar en el pañuelo y ponértelo acá”, me gritó un compañero de la Resistencia. Esas eran formas de resistir.

Perón fue alojado en el Hotel Internacional de Ezeiza. En la madrugada, Lanusse autorizó a que se fuera a su casa de Gaspar Campos, en Vicente López. Casi nadie durmió esa noche. A las 7 de la mañana del 18 de noviembre, Gusman y sus compañeros llegaron a Gaspar Campos: “Vicente López había sido invadida por peronchos choriceros y por la *grasa peronista* o la *grasa militante*, en el decir del ministro Prat Gay en 2016”, ironizó

Gusman. En esa casa, Gusman filmó a Perón en primer plano con los brazos en alto: aparecía en el balcón levantando los brazos con Isabelita al lado, con Esquer, su jefe de custodia y a veces con López Rega... Después seguiría la reunión en el restaurante Nino con representantes de las demás fuerzas políticas. Gusman entrevistó y filmó al secretario de Balbín contándole que Perón le había dicho: “Maestro, entre usted y yo sumamos el 85% de la ciudadanía del país. Tenemos que ir juntos en una fórmula”. Pero el radicalismo se había opuesto: Balbín quedaría representando a sus bases. Perón se fue entonces a Paraguay y luego a su casa en Puerta de Hierro y nombró a Solano Lima... Finalmente, delegaría la candidatura en José Cámpora, un militante vinculado con la juventud. “¿Y por qué se lo llamará ‘el tío’?” -nos pregunta y se responde- “Porque Cámpora le cuenta a su sobrino, Pedro Cámpora, que va a ser el delegado personal de Perón. Y el sobrino les dice a sus compañeros que *su tío* iba a ver a Perón...”. El sustantivo de relación parental pasó a ser su mote. En enero, lanzaron la campaña en el Parque Municipal de San Andrés de Giles y, en marzo, Cámpora, “el tío”, ganó las elecciones.

### **Los dos brazaletes**

Aquel 25 de mayo de 1973, asumía Héctor José Cámpora en la Casa Rosada como presidente electo. La guardia de la entrada reconocería a Gusman porque lo había visto trabajar en el Ministerio de Bienestar Social desde los 18 años. Él les explicó que quería subir a la terraza para hacer unas tomas y los guardias le advirtieron que arriba estaban los francotiradores, que se mantuviera agachado. Los puestos de seguridad estaban en los

edificios linderos por si había atentados: en el Banco Nación, en la Catedral. Subió con el bolso en el que guardaba la cámara, las baterías y los rollos Super 8. No fue la única vez que recibiría el grito: “¡Pibe, bajá la cabeza!”. Llegó hasta el borde de lo que hoy es la AFIP. Apoyó la cámara, se asomó para hacer un paneo y vio la Plaza repleta de gente gritando: “¡Se van, se van y nunca volverán!”. “Pero la Historia..”, comentó Gusman, “la Historia... se lleva todo puesto.”

— *¿Cómo fueron las tomas que hiciste desde la terraza?*

— De pronto descubro que están saliendo los comandantes en jefe de la terraza de la Casa Rosada hacia el helicóptero. Yo tenía el teleobjetivo al máximo y era muy susceptible al temblor del pulso. Entonces, para ganar estabilidad, puse la cámara lenta para filmar cómo van caminando y suben en el helicóptero, que enseguida empieza elevarse... y ahí la bandera flamea y envuelve el helicóptero. ¡Fue una toma... de Coppola!

»Hay muchas tomas muy originales: las de San Andrés de Giles, las del cruce del río, las del enfrentamiento con los tanques. Y de los diferentes ángulos desde los que filmé: como todavía trabajaba en el Estado, llevaba un brazalete de Bienestar Social y, por mi militancia, un brazalete de la JP, y me los iba cambiando. Con uno de los brazaletes nos metíamos en el grupo donde estaba la derecha; con el otro, donde estaba la Juventud. La marcha de la Juventud Peronista llegaba hasta la General Paz. Había como dos millones de personas.

»Después pasé por la oficina y me recibió el director, un suboficial del ejército peronista que me pidió algunas tomas. No me olvido: “Filme allá los trapos rojos que vienen por Diagonal

Norte. Ya se van a terminar”, dijo. En las marchas siempre se organiza el modo de acceso de cada columna. Y era la columna de la JP la que venía por Diagonal Norte...; por Diagonal Sur, venía la gente de la CGT y, por Avenida de Mayo, la izquierda, y luego se fusionaban.

»Cuarenta y nueve días duró la *Primavera camporista*. Se nombró a los compañeros en los cargos..., no sabían lo que era el poder ni la gestión ni el Estado.

En los días previos al 20 de junio del 73, en la jefatura de guardia del Ministerio de Bienestar Social, empezaron a aparecer armas: cargados con Itacas y FAL, apareció cierta gente anunciado que iba a usar la radio. Como nadie podía usarla sin la presencia del jefe de guardia, Jorge Gusman y el operador de la radio vieron y oyeron lo que empezó a suceder cuando agarraron el motorola y el micrófono para decir: “Móvil 1 a Central. Central llamando a móvil 1. ¿A qué hora llega Daniel? Daniel era López Rega, el brujo, que ya estaba en el Ministerio durante el gobierno de Cámpora”, y tenía, en el decir de Gusman, una suerte de secta que actuaba como si fueran los evangelistas. Trabajaban ahí y cobraban un dinero extra por ciertas tareas que les pedían. Así fue el inicio de lo que serían las Tres A, la Alianza Anticomunista Argentina.

### **“Y ahí ocurre lo que ocurre”**

Fue una época de euforia. En los barrios se preparaban para ir a Ezeiza con inmensa alegría porque el 20 de junio de 1973 volvía Perón. Si la consigna era: “Cámpora al gobierno y Perón al poder”, entonces Perón volvía a tomar el poder. “Y ahí ocurre lo que ocurre”, se lamenta Gusman.

Su relato se resolvió en imágenes contundentes, como si la mínima audiencia que lo entrevistaba estuviera viendo el rodaje.

— *Hubo palomas y balas*

— Tengo tomas desde el lado del palco, cuando vuelan las palomas, porque allí también fui con los dos brazaletes. Pero dentro de los canastos de las palomas había armas, las había llevado la gente de Gas del Estado. Escuché que daban órdenes en francés a los grupos de mercenarios. Y ocurre entonces el famoso enfrentamiento contra las columnas que vienen de La Plata, por detrás del palco, y entre los grupos de la Juventud Peronista y la Comisión de Organización, copada por la derecha peronista.<sup>5</sup> Ahí es donde muere el compañero montonero de Avellaneda, el Beto Simona. El tema era quién estaba más cerca del general. Las columnas avanzaban y no podías parar porque venían de atrás haciendo *burum bum bum burum bum bum...* Corrían las balas con un zumbido que cortaba el aire y ocurre la masacre de Ezeiza... Otra vez siento el grito: “Pibe, agachate que te van a hacer boleta”, porque yo no me daba cuenta y levantaba la cámara y filmaba hacia todos lados y recuerdo que al lado nuestro alguien se para y ¡pum!... cae. La cámara se mancha con un punto de sangre... Para mí, fue terrible. En ese momento tenía 23 años, por lo tanto, la cuestión del cuerpo y del riesgo estaba siempre en juego. Pero de esa filmación volvimos destruidos. Fue en ese entonces que

---

<sup>5</sup> Perón había dispuesto, desde Madrid, una Comisión de Organización (CdO), integrada por José Ignacio Rucci, Lorenzo Miguel, Juan Manuel Abal Medina, Norma Kennedy y Jorge Manuel Osinde. Salvo Abal Medina, los demás eran hostiles a la tendencia revolucionaria.

empecé a recibir amenazas, seguramente me habrían visto filmando. Amenazas telefónicas que a veces recibía mi hermano Luis. Llamaban y decían: “Gusman, hijo de puta, te vamos a reventar”. Mi hermano termina renunciando antes que yo. Yo aguanto. Sigo estando ahí... Del mismo modo en que sigo estando en la Manzana de las Luces, a pesar de todo lo que han hecho.

»Los meses posteriores al 20 de junio se desata la represión y una persecución muy fuerte. Como trabajaba solo el sábado o el domingo, trataba de mantener el perfil bien bajo... También seguía trabajando en la librería, seguía militando, seguíamos filmando. Pero para mí, el 20 de junio fue el principio del fin. En esa etapa, desde la asunción de Perón hasta su muerte, todo se precipita.

El lunes 1º de julio de 1974, María Estela Martínez de Perón anunció a todo el país el fallecimiento de Juan Domingo Perón. Su cuerpo fue velado en la capilla de la quinta presidencial de Olivos. Al día siguiente, fue trasladado a la Catedral Metropolitana. Gusman filmó la cureña en la que, flanqueado por granaderos, fue trasladado al Palacio Legislativo para las honras fúnebres del pueblo hasta la mañana del 4. Frente al féretro abierto desfilaron más de cien mil personas. Cerca de un millón de argentinos no pudieron entrar al Congreso, pero fueron multitudes las que siguieron el paso del cortejo por avenida Callao y del Libertador. Jorge Gusman y Rodolfo Hermida entraron al Congreso con una cámara oculta. Al llegar al cajón, Hermida se agachó, Gusman se subió sobre sus hombros y tomó un primer plano del rostro inerte de Perón. Lo cuenta no sin pesadumbre. Luego siguió el cortejo, se subió al puente del tren que pasa por el

Hipódromo y, desde allí arriba, filmó a toda la gente que iba por la avenida.

Siguió una época de mucha violencia, contradicciones, muertes.

### **La quema, el camuflaje, el entierro**

Cuando se produjo el golpe militar, el 24 de marzo de 1976, Jorge Gusman, Rodolfo Hermida y Oscar López guardaron cerca de 23 horas de películas en rollos de 10 minutos, tortas de 20 minutos, rollitos de 3 minutos. Mucho material sin clasificar. Hermida y López propusieron quemarlo. Gusman coincidió en que no podían poner en riesgo a los militantes filmados en los primeros planos.

— *¿Cómo se deshicieron de las películas?*

— Las empezamos a quemar. Pero la quema produce humo... En pocos minutos llegó un vecino a preguntar qué pasaba... Hubo que tapar todo. Alguien nos sugiere: “No, no. Usen lavandina”. Y agarramos un rollo y una torta de 20 minutos y la pusimos en lavandina, y ssssss... se fue quedando transparente. Y ahí empecé a decir que paremos, que no lo hagamos, que los guardemos. Además de las películas, teníamos la escuela de cine, la isla de edición con todos sus equipos, una cabina de sonido para hacer grabaciones, un set de filmación, entre otras cosas, muchas facilitadas por otros compañeros. Estábamos muy bien equipados: teníamos una Nikon que, en ese momento, era una cámara espectacular, con zum automático. Cosas que, para nosotros, eran como del año 2000. Ante mi insistencia, uno de los amigos me propone: “¿Vos te querés quedar con el material? Bueno, te lo

quedás; pero nosotros nos quedamos con todos los equipos y con la escuela. Y nos firmás un papelito que diga que no tenés nada que reclamar de acá y te llevás las películas. Pero te las llevás hoy”.

— *¿Y cuál fue la decisión?*

— Pensé un segundo: “La cámara me la puedo comprar”, me dije. Solamente pensé eso. Eran rollos de Super 8 resistentes a la humedad. Yo ya tenía a mi hijo Christian, de 4 años y me fui a buscarlo con el Citroën. Volqué el asiento de atrás y lo llené de juguetes, porque el ejército o la policía hacían pinzas: el 24, 25, 26 hubo pinzas en Buenos Aires; o sea, andabas diez cuadras y te paraban. Y yo tenía que ir desde Venezuela y Muñiz, entre Almagro y Boedo, hasta Avellaneda. Tenía que cruzar el puente viejo, el puente Pueyrredón, era tétrico. Pero llené el Citroën de juguetes y lo puse a mi hijo ahí y fui a buscar el material. Lo acomodé en una bolsa debajo de los juguetes. Y efectivamente me pararon. Dos cosas pasaron ahí: una es que yo llevaba un cartel que decía “Ministerio de Bienestar Social”, que me permitía estacionar libremente. Si eras del Ministerio, en ese momento, cuando te paraba la policía y se molestaba por algo, te podían decir: “Vos estás con los de *la niña bonita*”, ¿se entiende? Nos detienen. Christian era chiquitito. Muestro los documentos, revisan todo y se consultan entre ellos. Al fin dicen que estoy con el chico, con los juguetes... y me dejan ir. Cruzo el puente, que era mi preocupación y también mi inconsciencia. Y voy a la casa de mi abuela, en Avellaneda, que tenía un pedacito de tierra. Me habían dicho que poniendo los rollos en bolsas de plástico y adentro de esas latas de dulce de leche grandes de los restaurantes quedarían protegidas, que podían durar 500 años porque el material filmico es de celuloide. Puse en la lata todos los rollos. Y

la enterré. Mi abuela sabía que yo militaba y que hacía todo esto. Y cuando entré en su casa con mi hijo en brazos y la bolsa y la latita... agarró a mi hijo y dijo: "Dame al nene. Esa cosa no. No sé lo que vas a hacer". Y se metió a la cocina. Siempre sentí que ella pensó que yo iba a guardar armas. Y así enterré el material que todavía tengo.

— *¿Cuándo lo recuperaste?*

— Lo desenterré en el 84 y lo guardé. Fueron volviendo algunos compañeros del exilio. Esther Kauffman, el Canca Gullo, Nilda Garré, Pedro Cámpora se acordaban de que yo tenía un montón de material guardado y me dijeron: "Che, ¿por qué no lo vemos?". Y ahí fue cuando hice la primera proyección, con los rollitos de 3 minutos que iba agarrando y con el proyector Super 8. El material había estado enterrado ocho años, desde 1976 hasta 1984.

— *¿Pensabas que lo ibas a encontrar?*

— Sí, sí, sí, siempre pensé que lo iba a encontrar. También soñaba con eso constantemente. Soñé que mi mamá me despertaba a los cachetazos y me decía: "Devolvé eso. Devolvé eso. Devolvé eso". Soñé con perros que me agarraban y me mordían y me llevaban para allí... Un sueño persecutorio, obviamente, porque era un material complicado, muy comprometido. Si me hubieran agarrado con eso... creo que corría la suerte de Raymundo Gleyzer. Alguien me dijo: "¿Pero vos no pensaste?" Y, no... Lo enterré. En todo caso, al que se iban a llevar era a mí.

A esa primera proyección del material fílmico, en San Telmo, asistieron varios de sus compañeros y sus hijos, también Christian, el que había sido llevado en el Citroën a los 4 años, más

crecido y convencido de la irresponsabilidad paterna. Era Argentina, 1985; pero todavía hablaban en voz baja para que los vecinos no los oyeran.

### ***Nac & Pop. Peronismo crudo***

Todavía no sabía qué hacer con el material recuperado. El primero que se lo pidió fue Rodolfo Hermida, que estaba preparando el programa *El galpón de la memoria*. Se encontraron en un bar: Gusman se fue sin responderle. Rechazó todas las ofertas posteriores, aunque no tenía aún proyecto propio. Se lo quiso comprar un holandés por 20.000 dólares. No aceptó. Lo quiso la gente de la producción de Leonardo Favio. No aceptó. Ernesto Jauretche le hizo saber que David Blaustein quería verlo para el documental *Cazadores de utopías*. Pero ese proyecto no lo convenció. Otro interesado fue Lorenzo Miguel: “¿Usted cuánto quiere por todo esto?”. Pero Gusman no quiso venderlo. Lo que hizo fue proyectarlo en diversos sitios: fue empalmando fotograma por fotograma con un pegamento o con scotch y lo hacía ver con el proyector de Super 8. Había empalmado tortas de 20 minutos, sin orden, todo mezclado. Hasta que se lo pidió Rubén Stella, al asumir como secretario de Cultura.

— *¿Es el documental que en 2002 se presentó en el Centro Nacional de la Música acompañado por la Orquesta Sinfónica Nacional?*

— Sí. El material era mudo, porque en esa época el Super 8 no tenía sonido, pero nosotros lo teníamos grabado aparte, porque cuando filmaba siempre llevaba el grabador Nagra colgado, el micrófono abierto y la cámara. Y Rubén Stella me pidió proyectarlo en el Cervantes y en la Biblioteca Nacional. Pero

me dijo: “Podemos hablar con el Cabezón y que él diga unas palabras”. No, yo no estaba de acuerdo con que lo grabe Duhalde.<sup>6</sup> “No”, le dije, “lo proyectamos con la Orquesta Sinfónica en vivo”, pues la Sinfónica dependía de la Secretaría de Cultura. “¡Andá a convencer al director de la orquesta sinfónica, que es un gorila y con unos pelos!”, respondió. Acepté. Le llevé una torta de 10 minutos con el material del cruce del río. Y el tipo lo vio callado y después dijo: “¿Qué quiere que hagamos?” Y yo: “Quiero saber si usted puede elegir o hacer la música y tocarla con la orquesta, para proyectarla en tales sitios”. Hizo un concierto fantástico con música expresionista y algo de Albinoni. A esa versión, de unos 50 minutos, la titulé *Nac & Pop. Peronismo crudo* y la proyectamos en la ex Biblioteca Nacional, de la calle México.<sup>7</sup> Fue muy emocionante, hubo llantos y abrazos, porque hubo mucha gente que había estado en el exilio. El que siempre me insistió con hacer algo fue mi yerno, Pablo Trapero, que es director de cine: “Tenés que hacer algo con esto, Jorge”, me dijo, “es tuyo, vos te lo ganaste: lo guardaste, te arriesgaste” y me ofreció la productora Matanza Cine. Y yo: no, no, no. Había algo que no me termina de cerrar: la cuestión política del entorno. La cosa cambia cuando aparece Néstor y voy a Plaza de Mayo con otro compañero: se nos caían las lágrimas. Y en 2013, me llega un mail del Instituto del Cine convocando a un concurso de documentales en 8 capítulos. Ahí sí, busqué a alguien que sabía de producción, más joven, que

---

<sup>6</sup> Se refiere a Eduardo Duhalde, abogado y político, vicepresidente de Carlos Menem entre 1989 y 1991. Año en que asumió como gobernador de la provincia de Buenos Aires hasta 1999. Entre 2002 y 2003 fue presidente interino de Argentina.

<sup>7</sup> La ex Biblioteca Nacional, ya era el Centro Nacional de la Música.

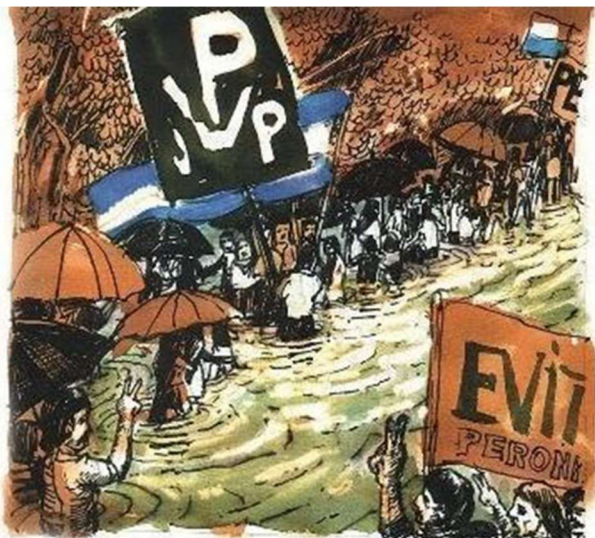
igualmente no entendía el valor histórico del material, como a todos los productores lo que le interesaba era cuánto dinero sacaría. En fin, me presenté con un tráiler de tres minutos, pensando en tomar desde la llegada de Perón de 1972 hasta su muerte, esos dos años. Pero cuando estaba armando el guion, se me ocurrió hacer reportajes y fui a hablar con Bonín para que los hiciera y le encantó. Sin embargo, el productor dijo que no podíamos no pagarle, etcétera. La cuestión es que terminé haciéndolos yo. Armamos el guion con Pepe Cazzola. Cuando me di cuenta de que en 2015 se cumplían 70 años del peronismo, me propuse armar una historia del peronismo, desde el 45. Reporté a treinta personas de aquellas épocas: a Rodolfo Decker, que había sido diputado en las dos primeras presidencias de Perón, y al director de la Escuela Superior Peronista. Reporté gente de un lado y del otro del peronismo y a personas que estuvieron encuadradas en algunas organizaciones. Busqué historiadores, como Brienza, Trimboli, Taiana, el Canca Gullo... Y lo concluí con una toma de la marcha del 25 de mayo de 2015, cuando se va Cristina. Estaba la Plaza llena y fui haciendo reportajes a gente grande que había estado el 25 de mayo de 1973. Un alumno, que era camarógrafo de Télam, me ofrece y regala la toma final: “Tengo algo para vos”, me dijo. Eran tomas con un dron: para mí era como ciencia ficción, de Bradbury. Algo fantástico: los drones recorren y filman toda la Plaza: en ese entonces tenías que ser Superman para hacer eso. En la compaginación, en 2014, lo concluyo con la cita de “la lucha continúa...”. Pero jamás pensé que ganaría Macri en 2015: en el Instituto de Cine, cambió la gestión y el productor... Me costó recuperarlo.

Después de haber filmado, enterrado, desenterrado, resguardado y editado el material fílmico proyectado en la ex ESMA, con el cambio de gestión de 2015, trasladaron los materiales del Instituto, aunque no supo bien a dónde. Finalmente se enteró de que había ido a parar al subsuelo de un edificio del ejército. Alguien logró rescatarlo y entregárselo digitalizado en 4 CD de 2 capítulos cada uno. Poco después, el pintor Daniel Santoro le regaló un diseño para el documental (fig.1).

Con los 8 capítulos pasados a un pendrive, Gusman comenzó a exhibirlo en diferentes lugares del país y del mundo: en Moscú y otras ciudades de Europa, en el Espacio Cultural Nuestros Hijos (ECuNHi), en ANDAR de Mar del Plata, en el Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Eva Perón del Museo Evita.

**Figura 1**

*Portada del documental La lucha continúa*



El terror no logra jamás el flujo informativo que la lengua oral preserva y que va a alimentar anónimamente la Historia, como si en el fondo de toda autenticidad documental bendecida por la academia siempre se ocultara la voz de los pastores de Edipo.

María Moreno, *Oración. Carta a Vicki y otras elegías políticas*  
(2018, pp. 67-68)



# Capítulo 11

## Autoentrevista

### *Parla che ti fa bene*<sup>1</sup>

*Elena Vinelli*

— *¿Y mis propios recuerdos?*

— Me asaltaron y asaltan en cada entrevista. Esperaban agazapados, deshinchados, se entretejían sin mezclarse con las voces de quienes narraban, pero no fueron los únicos que incidieron en el interés por indagar en el tema del que resultó este libro, como se verá.

En las madrugadas de 1975, habían empezado a sonar ametralladoras sobre los frentes de algunas casas vecinas.

Quienes cursamos la dictadura sabemos que en 1976 empezamos a oír voces susurrantes, desesperadas y urgentes por las que nos fuimos enterando de que estaban deteniendo a

---

<sup>1</sup> La expresión *Parla che ti fa bene* (Hablá, que te hace bien) es una frase de uso común en Italia que aspira a estimular a las personas a que expresen y compartan sus sentimientos, experiencias, preocupaciones; a que afloren sus recuerdos, a que reflexionen sobre determinadas vivencias e, incluso, a crear las condiciones que favorezcan el intercambio de pareceres e ideas. Se la considera intrínsecamente beneficiosa para hablantes y oyentes.

personas conocidas o amigas de allegados y parientes. Decían que alguien no había regresado a su casa, que habían detenido o secuestrado a un amigo, a una prima, a un tío, que no sabían dónde estaban. Pasaban las semanas, los meses y no volvían. Imperaban el miedo, el silencio, el boca a boca, las redadas policiales y del ejército: rodeaban la manzana y entraban en algunas casas. Se llevaban a alguien. Las familias y amistades que los buscaban empezaron a sufrir advertencias, amenazas, desapariciones. Imperaba la “desaparición forzada” (Freier, 2023). Detenían los autos y los ómnibus, nos apuntaban con armas largas, nos ordenaban que bajásemos, que nos colocáramos de espaldas con los brazos levantados (el imaginario activaba la pintura de los fusilamientos del 3 de mayo de Goya), nos pedían los documentos, nos revisaban las mochilas, nos separaban: cuándo y dónde nos habíamos conocido con la persona con la que viajábamos o caminábamos; eran preguntas capciosas que ningún *guardián del orden* nos había hecho jamás. Como siempre nos apuntaban, daba terror que la amiga o el novio erraran o no recordaran dónde o cuándo habíamos empezado a conocernos. Al volver de un *asalto* (una fiesta), a mi hermano le hicieron preguntas apoyándole el caño de la ametralladora en las pelotas: sabían aterrorizar. Sucedió en las plazas, las estaciones de tren, las rutas.

En las aulas universitarias y en los bares susurrábamos también porque alguien nos podía oír, malinterpretar, denunciar. Para conseguir los libros de literatura latinoamericana íbamos a las librerías que habían empezado a esconderlos. Las novelas de Manuel Scorza: *Redoble por Rancas*, *Historia de Garabombo el Invisible...* se conseguían en la librería Hernández o en Galerna.

“Pedilo en el mostrador y te lo traen”, decía alguna compañera de estudios. Las noticias de los diarios y la radio eran impersonales: *Hubo un enfrentamiento... Fueron anoche asesinados a tiros...* A la vez, empezaba a *correrse* el consejo de que había que deshacerse de ciertos libros, incluso de algunos que todavía figuraban en los programas de Didáctica de la Facultad, como Paulo Freire.

— *¿Me deshice de libros?*

— Lo pensé, pero no, no me deshice de ninguno. En marzo del 76, yo tenía 23 años y me acababa de recibir de profesora de Letras, daba clases en una escuela de Lomas de Zamora y cursaba la licenciatura. No me desligué de los libros que habían conformado la biblioteca familiar: estaban allí desde siempre porque mi mamá había estudiado Letras y en mi casa nunca se habían censurado libros, y, los más nuevos, habían formado parte de los programas de la facultad; estimo que no percibía que lo que estaba pasando era tan extremo, quizá porque no detuvieron a ningún allegado directo o porque no militaba en grupos sociales como algunas compañeras; sí oía y veía signos que me indignaban o aterrorizaban. Mucho después supe que los padres de alguna compañera le habían quemado los de filosofía, que otra los forró y colocó en los estantes altos. Alguna puso los libros y revistas de temas políticos en un embute en la misma casa y, sin embargo, no nos lo contábamos: lo empezaron a decir treinta o cuarenta años después, por ejemplo, cuando empecé a preguntarles qué habían hecho con los libros en la dictadura.

Dos por tres, había razias en las estaciones de tren, recuerdo una en particular en la Estación de Bánfield. Tendría 24 años, venía de dar clase y cruzaba el puente de la estación que estaba cercada por el ejército: con las manos puestas en sus armas

largas, apuntándonos, nos pedían documentos y hacían preguntas y mínimos comentarios cargados de desconfianza y desprecio respecto de nuestras respuestas:

- ¿Domicilio?
- Alem 1190.
- *No es el que dice aquí.*
- Está más atrás, en los cambios.
- ¿Usted me va a decir lo que tengo que hacer? *Carné de docente...*
- Los docentes no tenemos carné.
- *No se haga la viva.*
- No, no: es que no tenemos.
- ¿Qué libros lleva?

Fugazmente, en un segundo, la memoria repasó los que llevaba apretados entre el antebrazo izquierdo y el cuerpo: *La vida es sueño, Don Juan Tenorio, El coronel no tiene quien le escriba*. El último, el de García Márquez, no estaba en las listas de los libros “sugeridos” para los colegios, es decir, estaba censurado y yo lo daba igual porque estaba convencida de que éramos los y las docentes quienes teníamos competencias para decidir la bibliografía de nuestros programas. Igual se me apareció la imagen de que me arrastrarían a mi casa, aterrorizarían a mi familia, destruirían mis libros. Mientras el milico miraba la tapa del tercero, empalidecí. Pispear el inicio del título fue suficiente: *El coronel...* Me hizo la venia: “*Circule*”, dijo.

— ¿Conocía las listas?

— Las había, pero a mí no me llegaron listas de libros prohibidos en ninguna escuela secundaria; después supe que les llegaban a los directivos. Daba clase desde los 21 años. Hasta fines de 1975, se podía agregar libremente bibliografía vinculada con la asignatura impartida; mientras que a mis 23 años, en marzo o abril

del 76, había que ceñirse a las “sugerencias” de los programas del Ministerio. Meses después, el Ministerio de Educación convocó a los directivos de colegios secundarios públicos y privados de la Provincia de Buenos Aires a una charla de interés nacional a cargo de un comando del ejército... Era de asistencia obligatoria. La directora del colegio tenía miedo y me pidió que la acompañara. Decenas de directivos de zona Sur (Lomas, Temperley, Llavallol) fueron llegando a una sala céntrica en la que los milicos proyectaron un gráfico: una torta redonda como una pizza dividida en tres partes: una porción mínima, blanca, tacaña, *de queso*, pensé. “Estos son los blancos. Los nuestros: somos nosotros”. Los uniformados se señalaron entre sí: nos excluían. Otra porción roja, mediana: *de salsa de tomate*, pensé. “A los rojos ya los tenemos identificados”, dijeron. Nos convocaban para que los directivos denunciaran a “los rosados”, los sospechosos. No era un pedido, sino una obligación. En el gráfico, la zona rosada ocupaba casi las tres cuartas partes de la pizza y nos incluía. Había que vigilar y denunciar. “¿Cómo reconocer a los rosados, fueran profesores, no docentes o alumnos?”, preguntaron y respondieron: “Por los indicios: porque faltan mucho a clase o piden licencia médica o son muy callados y parecen tímidos, o no están acicalados o usan vestimenta no convencional, porque empalidecen cuando los abordan, porque recomiendan libros que no están sugeridos en los programas”. (Yo daba a leer cuentos de Cortázar, novelas de García Márquez, entre otros, y me indigné, pero nada dije, no había que hablar, no nos daban la palabra). “No importa si esos rosados no son rojos, eso lo investigamos nosotros”, dijeron los milicos.

Nos concedieron “un recreo” en el café más cercano: fuimos al antiguo bar *Los Galgos*. En ese ínterin quería irme, *desertar*, pero habían retenido nuestros documentos hasta el final de la charla: debía volver, solicitarlo e inventar una excusa, entonces supuse que el hecho de irme podría ser leído como un indicio... Ya habían hablado en contra de Cortázar y, ya en el bar, me burlé en voz muy baja ante una directora que había frecuentado mi casa como compañera de colegio de mi hermana. “¡Ay, querida!”, me dijo, “Sos muy joven para entender el peligro de leer a Cortázar”. Solo respondí que la profesora de literatura era yo y no ella. Nada más. Pensaba que no me denunciaría allí mismo: todas tenían miedo, incluso las que parecían conformes con la exposición. Había un acuerdo tácito de “hablar de otra cosa” mientras tomábamos el café. Yo sentía que me faltaba el aire.

— *¿Hicimos salidas culturales con nuestros alumnos?*

— Dejamos de hacerlas. Los llevé al teatro una vez, pero la policía me detenía cada dos o tres cuabras pidiendo documentos y la carta de la escuela. Dijeron que no podíamos andar en grupo, que nos dispersáramos. Mis alumnos eran menores de edad y no los dejaría regresar solos desde el centro de Buenos Aires hasta Lomas de Zamora: decidimos caminar en grupos de a tres o cinco, todos por la misma cuadra, tomando algo de distancia, digamos. No salimos más hasta 1982.

Años después, cuando empezamos a marchar y ganamos la democracia, estalló la alegría; aunque también el dolor, porque la información que ya venían ofreciendo las Madres de Plaza de Mayo se profundizó. Nos sumamos a gritar lo que ellas venían gritando: “¿Dónde están?”

También empezaron las reuniones abiertas, las fiestas y las calles se poblaron de coros, bailarines, muestras artísticas. Una de esas obras fue particularmente significativa: *El Partenón de los libros* de Marta Minujín, instalada en Buenos Aires, en diciembre de 1983.<sup>2</sup> Fue un acto de restitución de la memoria social. La instalación replicaba el formato del Partenón a través de una estructura metálica recubierta con 20.000 libros prohibidos durante la dictadura militar. Evocaba la democracia ateniense para articularla con la recuperación de la democracia argentina. Los libros habían sido donados por las editoriales y fueron posteriormente repartidos en instituciones culturales, educativas y entre las personas que nos acercábamos. Fue un estallido de felicidad. Fue en el mismo mes en que el gobierno creó la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) para investigar las desapariciones. Pero algunos hábitos se mantuvieron o modificaron lentamente.

— *¿Puede ser lento un estallido?*

— Estallar de alegría por recuperar nuestros derechos; de dolor, porque íbamos conociendo algunas de las perversiones que habían sufrido quienes ya no estaban, quienes habían sobrevivido y porque no sabíamos nada de las criaturas de las mujeres embarazadas desaparecidas: con las declaraciones ante la CONADEP fuimos sabiendo de las apropiaciones, un crimen que se sigue cometiendo día a día, hora a hora, minuto a minuto... porque cientos de esas criaturas son hoy personas adultas con

---

<sup>2</sup> Ver imágenes de esta presentación y la oscilación de su título en: [https://www.instagram.com/p/CuaBiLQt\\_3h/](https://www.instagram.com/p/CuaBiLQt_3h/) y <https://www.instagram.com/p/DG6gkA9JO2d/>

nombres y apellidos falsos que desconocen su origen, sus nombres legítimos, así como los crímenes que sufrieron al nacer y ser arrancados de los suyos. Y otras lentitudes: demoramos en perder los hábitos defensivos como el de hablar en voz baja en lugares públicos. Aun entre conocidos, muy pocos contaban qué tipo de atropellos o temores habían sufrido. Mucha gente había quedado modelada o mordida por “el silencio es salud” -la frase instaurada por López Rega en el 74 y promocionada en dictadura- o se había apropiado de los prejuicios falaces que habían hecho correr desde el gobierno militar y que todavía perduran entre los negacionistas: el “algo habrán hecho” resonaba como una justificación de las atrocidades vividas por quienes no habían tenido un proceso judicial ni regresado a la vida.

Poco a poco, cuando los grupos de amigos íntimos recordaban esos años y alguien preguntaba, empezaban a contar cómo y cuándo habían ocultado o incinerado sus libros. Hubo quienes los buscaron y hallaron mojados, mohosos, podridos ahí abajo. Hubo quienes no los buscaron: se mudaron, se exiliaron. Todos recordaban el lugar exacto del desasimiento: junto al limonero, entre el ceibo y el ligustro; en el tanque de agua de un inodoro del aeropuerto de Ezeiza para poder pasar la aduana hacia el exilio: la ilusión de partir con sus libros había hecho que los llevaran hasta allí.

Había que hacer un memorial que dé cuenta de nuestro *Fahrenheit*. La sola posesión de libros u hojas mecanografiadas o manuscritas incriminaba a cualquiera. A los enterradores de libros, siempre les preguntaba si los habían desenterrado.

—¿Hubo algún libro que me haya interpelado?

— En 2014 o 2015, llegó a mis manos el libro *Memoria en la fragua*, de Gilda Bona, que compila narraciones recabadas en un proyecto de investigación de la Universidad de Buenos Aires cuyo objetivo era constituir el Archivo Biográfico Familiar de Abuelas de Plaza de Mayo: habían producido 2117 entrevistas a familiares, amigos, compañeros de jóvenes desaparecidos, para que sus hijos pudieran reconstruir una figura identitaria de sus familiares y construirse una memoria de ellos. Ese libro me permitió tomar conciencia de que podía enmarcar el interés por recobrar la memoria del ocultamiento y destrucción de libros en un proyecto de investigación académico.

— *¿Había participado, antes, en investigaciones referidas al tema de la censura cultural?*

— Sí... Entre 2001 y 2013 participé en unas cinco investigaciones sobre políticas culturales en Argentina, dirigidas por Mónica Bueno, en la Universidad Nacional de Mar del Plata. En ese tema me formé con su equipo de investigación: con Patricia Somoza, hicimos una serie de entrevistas, tanto sobre el Centro Editor de América Latina como sobre la revista *Los libros*. Uno de los trabajos se publicó en 2006, en el libro de Mónica Bueno y Miguel Ángel Taroncher: *Centro Editor de América Latina. Capítulos para una historia*. Con Patricia escribimos un capítulo: “Los protagonistas: conversación retrospectiva”. Diría que con ella aprendí a entrevistar, recuperamos los testimonios de censura y riesgo extremo en las voces de Miguel Palermo, Nora Dottori, Graciela Montes, Jorge Lafforgue, Graciela Cabal, Susana Zanetti, Beatriz Sarlo, que me consternaron. Y en 2011, escribimos el prólogo de la edición facsimilar de cuatro tomos de la revista *Los Libros*, que hizo la Biblioteca Nacional.

A fines de 2016, en la Universidad Nacional Arturo Jauretche, cuando concluíamos un trabajo sobre la revista *Fierro* que abordaba la sección “La Argentina en pedazos”, de Ricardo Piglia, conversábamos con mis colegas acerca de continuar profundizando en el estudio de la revista para la convocatoria 2017, o presentar otro proyecto: trabajar con otra corporalidad discursiva de aquella misma *Argentina en pedazos*...

—¿Cómo fue ese episodio?

— Leticia Otazúa me lo recordó en un e-mail:

Me acuerdo de que al principio habíamos armado un grupo de investigación con la revista *Fierro*; en esas estábamos, avanzando de a poco, cuando me comentaste que, en realidad, te entusiasmaba trabajar con los testimonios acerca de lo que hizo la gente con los libros en la dictadura. Entonces, no te lo dije con estas palabras, pero la idea fue: “Dale pa' lante, que pa' trás asusta (como dicen los colombianos)”. Lo pusiste a votación y nos decidimos por este tema. Luego, votamos también el nombre del grupo. (Comunicación personal, 18 de mayo de 2024)

Siete docentes-investigadores decidimos indagar en el tema de los testimonios de ocultamiento de libros y en las prácticas de la historia oral. Anunciamos la propuesta en las reuniones de investigación del Instituto de Estudios Iniciales: se sumaron varios colegas, una alumna, dos investigadoras externas a la UNAJ. Conformamos el grupo *Voces de la Memoria* con dieciocho integrantes.

— ¿A partir de qué ideas empezamos a enunciar el proyecto y cómo nos acercamos a la metodología de la historia oral?

— Lo más nuevo para el grupo fue abordar las entrevistas considerando los desarrollos de la historia oral, pensando en filmarlas y producir materiales para conformar un archivo de la memoria. Cuando los estudios de Pollak (1989) y de Calveiro (1998) abordan el dilema de la *crisis de la experiencia* y del *silencio*, sostienen que la posibilidad de testimoniar y narrar no depende solamente de la capacidad de los testigos para reconstruir su historia de vida, sino de que se habilite la ocasión de narrarla. Nos propusimos habilitar ese encuentro de voces y fuimos a buscar a quienes trabajaban con entrevistas y archivos. Nos inscribimos en el Primer Congreso Internacional “Los archivos personales: prácticas archivísticas, problemas metodológicos y usos historiográficos”, organizado por el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDinCi-UNSAM), en abril de 2017, en el que Horacio Tarcus nos estimuló a desarrollar el proyecto: no existía en Argentina un archivo en esa temática. También nos brindó una excelente discusión el seminario de doctorado: “Dimensiones y usos de la Historia oral: género, memorias y archivos en el pasado reciente argentino”, dictado por Andrea Andújar y Débora D’Antonio, en la Universidad de Buenos Aires (2017). Visitamos el Archivo Oral de Memoria Abierta, que produce testimonios referidos al período del terrorismo de Estado, a la vida social y política de las décadas de 1960 y 1970. Es un archivo modelo de proyección internacional, que asesora y ofrece cursos y consultorías a diversas instituciones: la Dra. Alejandra Oberti nos asesoró y apoyó en la presentación del proyecto. Y organizamos una presentación en la universidad con una serie de invitadas especialistas en historia oral, en entrevistas testimoniales y en archivística.

Desde 2017, empezamos a vincularnos con personas amigas de las que conocíamos su historia: colegas, poetas, vecinos. Los mismos entrevistados nos relacionaban con quienes podrían estar dispuestos a ser entrevistados: “Vayan a *El Monje*, la librería más antigua de Quilmes”, y fuimos. Así, boca a boca, nos hacían llegar su interés, sus resquemores o su necesidad de brindar un testimonio que preservaría la memoria de la experiencia de censura y resistencia en el pasado dictatorial. Sus relatos no se ceñían a la escena de destrucción u ocultamiento de libros, sino que a esa escena llegaban actualizando sus vivencias, en ocasiones vinculadas con su militancia, con persecuciones, detenciones, torturas, exilios, desapariciones producidas por la represión estatal. En cada entrevista, la escena por la que preguntábamos traía una serie de acontecimientos que la trascendían o enmarcaban: revivían los hechos al contarlos, los resignificaban al momento de narrar. En sus voces, se reconocía también la dimensión actual y perturbadora de sus efectos, es decir, de qué manera esos hechos habían incidido en la vida privada y social de la ciudadanía.

— *¿Cómo se construía la confianza que les permitía a los entrevistados narrar situaciones tan delicadas de sus historias? ¿Cómo abordábamos a los interesados en transmitir las? ¿Y cómo incidía el hecho de que hubiera una cámara filmándolos durante las entrevistas?*

— Cuando nos poníamos en contacto con quienes mostraron interés en dar su testimonio, les explicábamos que se trataba de un trabajo de investigación para hacer un archivo de la memoria en la universidad. Esa pertenencia institucional y profesional era una carta de presentación que por sí misma construía confianza; luego, muchas personas eran conocidas o

amigas por haber compartido colegios u otros espacios culturales o los estudios o la profesión o eran amigas de amigos...; es decir, siempre había un nexo que funcionaba mutuamente como garantía de seriedad, de respeto, de sinceridad: el tema en sí mismo, la historia de vida, la relación con la memoria de una época histórica dramática y los objetos culturales que nos ocupaban constituían un interés mutuo; en muchos casos ya teníamos una relación de confianza construida. Conversábamos, les explicábamos cómo sería el encuentro, que sería filmado y que tendrían que firmar una autorización a la universidad para disponer de sus historias. Quienes eran renuentes a la filmación - fueron muy pocos- igual querían relatarnos lo que habían vivido y los escuchábamos, pero, en esos casos, no llevábamos a cabo la entrevista final, pues filmarla era la condición que permitiría construir un archivo. En el transcurso de la entrevista, se iba entretejiendo y profundizando el contrato de confianza. Entre las primeras conversaciones y el momento en que filmábamos la entrevista, se reactivaba la memoria de los hechos; es decir, ese lapso de tiempo entre un encuentro y otro permitía que afloraran los recuerdos.

El final de cada entrevista fue, por lo general, sumamente conmovedor: una vez concluida la filmación, en el fuera de cámara, incorporaban detalles íntimos y nuevas miradas sobre lo sucedido. También había abrazos, sobre todo con quienes nunca habían relatado esas historias previa o públicamente y estaban, como nosotros, conmovidos. Estimamos que la relación entrevistador-testimoniante, cuando se trata de quienes sufrieron censura o miedo o represión, se va consolidando durante la misma entrevista, la relación se afianza y la amistad incluso perdura en el

tiempo. Con el despliegue de esa “hermandad” no contábamos: en las entrevistas a las que estábamos habituados, siempre se había mantenido cierta distancia profesional. Mientras que en muchas de estas entrevistas se produjeron encuentros expresados en agradecimientos mutuos: por la capacidad de entrega de los relatos del desasosiego, por un lado, y, por otro, por el efecto reparador que produce la puesta en palabras de hechos largamente silenciados. Podría decirse que, en ambos aspectos, experimentamos la confirmación del dicho que titula este texto: *Parla che ti fa bene*.

— ¿Continuamos haciendo entrevistas en la actualidad?

— Sí, continuamos, ahora en el marco de un nuevo proyecto de investigación dirigido por Carolina Bartalni y Yael Tejero Yosovitch<sup>3</sup>, en el que ampliamos el alcance de nuestro trabajo precedente. Es decir, nos ocupamos del estudio de las relaciones entre archivo, memoria y derechos humanos tanto respecto de la producción y análisis de entrevistas testimoniales como del abordaje analítico de obras artísticas latinoamericanas. Aspiramos, asimismo, a continuar colaborando en la conformación del archivo oral de la memoria en la Universidad, haciéndolo extensivo e inclusivo del hacer de la comunidad territorial. En ese último sentido, consideramos la posibilidad de integrar los trabajos de otras organizaciones locales, como, por ejemplo, los del colectivo *Memoria Varelenese* (Picoli, 2024), que se ha ocupado de entrevistar, filmar y resguardar las voces de los

---

<sup>3</sup> Se trata de “Archivo y memoria en América Latina: archivos vivos en prácticas, poéticas y escrituras contemporáneas” (UNAJ, 2024-2025).

allegados a quienes fueron secuestrados por el terrorismo de Estado, para reconstruir la memoria de las personas que fueron víctimas de desapariciones forzosas, torturadas, asesinadas u obligadas a exiliarse de nuestro ámbito territorial.

— *¿Cuál es el hilo que vincula el relato de mis vivencias con la actividad académica del grupo Voces de la Memoria?*

— Lo que viví y percibí en los años de la Dictadura insistía en reaparecer e incidió en la elección del tema de investigación que llevamos adelante con el grupo *Voces de la Memoria*. A su vez, el interés y el trabajo del grupo hicieron posible la recuperación de historias del pasado reciente en las voces de las entrevistas plasmadas por escrito en esta compilación. Fue como un ida y vuelta, porque los recuerdos de las personas entrevistadas hacían aflorar los propios. Y estimo que el libro puede también producir efectos semejantes: que ciertos lectores recuperen sus vivencias de esa época, e, incluso, que quieran relatarlas o escribirlas; pero también que haya lectores que se sientan estimulados para ver y escuchar las entrevistas audiovisuales cuando se abra el archivo oral de la memoria en la UNAJ. Las voces de esas entrevistas estarán allí dirigiéndose a la comunidad, que es, sin duda, la destinataria -fantasmáticamente presente- en todo diálogo que prometa hacerse público para proteger la memoria social. Con ese propósito, estas páginas resguardan las voces de quienes se atrevieron a recordar una época histórica de despojamiento; voces que nos relatan lo que les fue arrebatado, lo que intentaron ocultar para preservarse o preservar a otros o para intentar recuperar lo que les fue arrancado.

Tal como afirmamos en la introducción, los “dibujos” de sus palabras portan las voces que vinieron a salvarnos del olvido.

Y no se trata solo de la voz de quien testimonia: su historia de vida es personal y social y trae resonancias de otras muchas voces en la propia, como habrá descubierto el lector en los surcos de las páginas recientes.

Y por eso cada día, durante estos treinta y cinco años, he experimentado el complejo de Sísifo que tan bien describió el señor Sartre y aún mejor el señor Camus; cuanto más paquetes se llevan más papel llega, y así siempre, hasta el infinito; en cambio, la brigada socialista de trabajo en Bubny está siempre al día, el sol ilumina sus cuerpos de efebos griegos, esos jovencitos pasarán el verano en la Hélade, sin saber nada de Aristóteles ni de Goethe, ni de la inmortalidad de la Grecia antigua, frescos como una rosa; ahora seguían trabajando con toda la calma del mundo, separaban flemáticamente el interior de los libros de las tapas y echaban sobre las cinta las horrorizadas y erizadas páginas, indiferentes e inmutables, sin darse cuenta del valor de cada libro, sin pensar que alguien lo habrá escrito, corregido, leído, ilustrado, impreso, compaginado y publicado, y que después otra persona lo habrá censurado y prohibido, y aún otro persona habrá ordenado su aniquilación, lo habrá cargado en un camión y traído hasta aquí donde jóvenes obreros de guantes rojos y azules y amarillos y naranja extirpaban sus entrañas y las tiraban a la cinta transportadora, muda pero exacta, que a empujones conducía las páginas erizadas a la prensa gigante que las comprimía en paquetes que luego pasarían a la fábricas de papel donde los transformarían en papel blanco, puro e inocente, inmaculado y todavía no ensuciado por las letras, con el que más tarde imprimirían nuevos libros...

Bohumil Hrabal, *Una soledad demasiado ruidosa* (2023, pp. 72-73)



# Donde hubo libros, cenizas quedan

## Un epílogo *A resguardo*

*Yael Tejero Yosovitch y Carolina Bartalini*

### **Sobre el libro que acaba de leer (y el taller donde se gestó)**

Si el proyecto *Voces de la Memoria* es resultado de una pregunta (¿Qué hiciste con los libros durante la última dictadura militar?), este libro también lo es. Pero en este caso, se trata de una segunda interrogación: ¿cómo volver a contar la historia de quienes nos ofrecieron su testimonio? La pregunta implica la revisitación del fondo documental a través de un proceso de escritura literaria; tarea que hemos llevado adelante durante varios años. En una primera etapa, realizamos las entrevistas siguiendo la metodología de la historia oral tal como se relata en la introducción a este libro. La segunda etapa estuvo marcada por el contexto de pandemia. Cuando el 20 de marzo de 2020 se decretó el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio en Argentina y se suspendieron todas las actividades laborales y sociales, *Voces de la Memoria* enfrentó una pausa inevitable en la realización de entrevistas. Nos detuvimos a pensar en los testimonios desde otro lugar; a interrogar la metodología, y también, a reflexionar sobre la forma de divulgar nuestro trabajo.

Entendimos que la crónica y el periodismo narrativo nos ofrecían recursos útiles para trabajar las entrevistas desgrabadas a través de estrategias de la ficción; estrategias que permiten ordenar, resignificar y construir sentidos en torno a lo narrado, sin ficcionalizar ni faltar a la verdad. Así fue que, aún en el contexto de aislamiento, organizamos un taller de encuentros mensuales virtuales para la reflexión, la escritura y la lectura de las entrevistas en la diversidad de formatos que se fueron plasmando en esta publicación. El camino del taller comenzó, entonces, con una revisión de los debates en torno a la crónica contemporánea, especialmente en el ámbito hispanoamericano. Leímos una selección de perfiles, entrevistas y crónicas que ofrecían algunas pautas para la transposición de las entrevistas en diversos géneros asociados a lo biográfico y lo factual.

Luego, en un segundo momento, regresamos al material audiovisual y a sus transcripciones escritas, fieles a la oralidad, para pensar en diversos estilos y recursos del periodismo narrativo que permitieran transformar nuestros textos. En particular, aprendimos a pensar un amplio conjunto de dimensiones -la narración, el punto de vista, los personajes, las voces, los tonos, las imágenes y descripciones- para echar luz sobre los sentidos disponibles en los materiales testimoniales que había producido nuestro equipo al momento de realizar las entrevistas audiovisuales. En suma, transitamos un sendero que se inició con el desarrollo y constitución de un fondo documental basado en un conjunto de protocolos científicos propios de la historia oral y de los estudios interdisciplinarios del testimonio, hacia un territorio literario y creativo pensado para divulgar el trabajo realizado.

Cuando Roberto Herrscher (2016) define el periodismo narrativo, se detiene en una serie de antecesores a los que agrupa por género: entrevistadores (Fallaci, Grobel, Terkel); perfiladores (Mitchell, Talese, Pla, Tomás Eloy Martínez); cronistas (Kapuściński)<sup>1</sup>. Decidimos explorar los tres géneros, dentro de los cuales tenemos referentes insoslayables de distintas generaciones en países de habla hispana: Rodolfo Walsh, Gabriel García Márquez, Carlos Monsivais, María Moreno, Leila Guerriero, Pedro Lemebel, Juan Villoro, entre otros. Para Herrscher, lo que define a un buen periodista está en la voz, la visión de los “otros”, la forma en que las voces cobran vida, los detalles reveladores y la selección de historias, recortes y enfoques. No es lo mismo elegir un formato de entrevista pregunta-respuesta marcado por la alternancia de voces sin más, que elegir el formato de entrevista glosada donde la trama dialogal se ve acompañada, también, de la intervención de un narrador que describe, narra, organiza y se apropia de la voz del entrevistado a través del estilo indirecto. Lo mismo vale para el formato del perfil, que sin necesidad de recurrir al reportaje ni a la fuente primaria, construye una mirada sobre la figura en la que se centra. Estos géneros nos ofrecen posibilidades que podemos combinar para trabajar con las transcripciones literales.

¿A qué llama Herrscher “detalle revelador”? Se trata de pequeñas escenas, frases, imágenes, cosas que escuchamos, vemos

---

<sup>1</sup> También los agrupa en función del desarrollo de herramientas: investigación en profundidad (Woodward y Bernstein, Hersh, Walsh); el uso de primera persona (Wallraff, O'Brien, y Orwell); la entrevista en profundidad para narrar una historia (Hersey, Capote y García Márquez).

olemos o tocamos, que quedan en la memoria porque permiten percibir con los sentidos algo complejo de expresar. Herrscher sostiene: “Como periodistas, cuando encontramos una escena así y la podemos transmitir para que el lector sienta que la ve con sus propios ojos, estamos entrando en una dimensión a la que muchas veces solo acceden la ficción, la poesía, la música o el cine” (p. 26).<sup>2</sup> Aprendimos a buscar, en nuestros testimonios, detalles reveladores. De ahí la importancia de que cada entrevista fuera escrita por aquel que la presenció y formó parte del equipo entrevistador.

En el prefacio a *Escritores descalzos* (2010), de Rodolfo Braceli, la referencia al *The Paris Review* se torna ineludible; es el modelo del reportaje literario por excelencia. Braceli sostiene que sin negar este caso paradigmático, en su primera entrevista a Borges en 1965, sintió la necesidad de “ir hacia los escritores por otros costados” (Sección “La literatura, ¿solo por y desde la literatura?”, párr. 1). En *The Paris Review* el objetivo es ilustrar la gestación literaria: comienzos, influencias, apetencias, rutinas de creación, vínculos y convivencias con los personajes, y esto se busca a través de una batería de preguntas previamente pautadas. Para el autor, sin embargo, lo mejor aparece cuando el periodista se aparta del modelo: se salta al azar de una conversación

---

<sup>2</sup> Un referente del detalle revelador, para Herrscher, es el reportero polaco Ryszard Kapuściński. En *Ébano* (1998), hay una imagen que el periodista argentino considera ejemplar para pensar este concepto: el momento en el que los pescadores de un lago cercano a la capital de Uganda comienzan a sacar peces de un tamaño jamás visto. Ese momento coincidió con el comienzo de los desaparecidos de la dictadura de Idi Amin, del que se decía que mandaba a matar a sus prisioneros y echar los cadáveres al lago. Cfr. Herrscher (2016, pp. 26-27).

aparentemente intrascendente, menos interesada en el asunto literario, pero esencial para conocer al personaje:

Cuestión de ángulos. Soy del parecer que los escritores, como otros personajes, se revelan más cuando se salen o son sacados del comentario o la discusión de su oficio, cuando se apartan del comentario referido a su teoría y su carpintería, cuando dejan de reflexionar sobre literatura propia o ajena. (Sección "La literatura, ¿solo por y desde la literatura?", párr. 3)

Es el hilo que le atrae: detalles aparentemente pequeños descubren a los autores y, de este modo, facilitan la comprensión y el conocimiento vivencial de su literatura. Braceli sostiene: "Con mis entrevistas-reportajes (entrevistas en cuanto a diálogo y reportajes en cuanto a observación) me aventuro a algo que, pienso, trasciende a la pregunta y a la respuesta" (Sección "Lo superfluo, ¿es superfluo?", párr. 6). Desde esta premisa nos permitimos pensar en el desvío semiestructurado de preguntas. Aunque los encuentros con los testigos ya habían acontecido al momento de escritura del libro (lo que no impedía, pero sí limitaba en gran medida la posibilidad de repreguntar y observar con otra perspectiva), estas palabras nos permitieron repensar las entrevistas por venir desde preguntas laterales y recuperar las anotaciones de los entrevistadores sobre los detalles observados. Así, desnaturalizamos la transcripción literal de la grabación bajo el presupuesto de que en la intervención -por muy pequeña que sea- sobre el desgrabado de la entrevista, ya hay montaje.

En el texto "Entre nos", del libro *Vida de vivos. Conversaciones incidentales y retratos sin retocar* (2005), María Moreno narra su propia historia como entrevistadora para

introducir los perfiles que componen el libro. Esta introducción funciona también como autobiografía de ella misma a través de la mirada que ofrece de los demás. Allí, Moreno construye un personaje entrevistador, que se identifica con ella misma y a la vez con cierta alteridad. Señala que, a lo largo de su trayectoria, su concepción de la entrevista fue cambiando. Si en un principio la consideraba el “género de los que no sabían escribir” (p. 12) o apenas un género orientado a obtener información sobre el personaje, con el tiempo, esta concepción cambió por completo: se reconcilió con la entrevista, que, a partir de ese momento, constituyó para ella un arte: el arte de estar ausente para hacerse presente. Este aprendizaje que comparte Moreno nos resonó a todos en el taller, ya que nos sentíamos amordazados por ciertas interdicciones metodológicas. Según el instructivo, y en esto encontrábamos cercanía con Moreno, nuestro objetivo era dejar hablar, volvernos también ausentes para hacer presente al testigo. Pero también veíamos el desenfado de María Moreno en sus textos, su tendencia admirable a la provocación, lo cual era muy difícil de incorporar en nuestras entrevistas. ¿De qué manera podíamos aprender y adaptar su metodología sin perder la distancia que nuestras entrevistas ya tenían o debían tener? Empezamos a pensar en la adaptación del método. María Moreno habla de buscar tachos de basura del entrevistado; encontrar qué dicen de la persona los objetos que desecha. Pero nosotros no podíamos obrar de ese modo. ¿Cómo traducir esa forma de observación en un protocolo menos invasivo? Una manera posible fue la observación de su entorno, sobre todo en los casos en que la entrevista se produjo en su hogar. Evidentemente, no teníamos las posibilidades de compartir espacios y transcurrir

varios días con él o ella, a la manera de una observación etnográfica (con la que el periodismo narrativo tiene muchos puntos de contacto). Pero podíamos recuperar algo del origen antropológico de la entrevista y reclamarlo para nuestra propia práctica. En ese sentido, la preentrevista se convirtió en una instancia fundamental, porque pudimos ver a nuestros entrevistados en otra interacción y otro entorno, buscar gestos, observarlos dialogar con terceros y aprovechar al máximo el registro de su tono, de sus modos y sus rituales y, a partir de esas interacciones, presentar a nuestros entrevistados como personajes en una escena teatral.<sup>3</sup> Cuando se trata de escritores o artistas, por ejemplo, recurrir a sus obras previas, a materiales de archivo o entrevistas que hayan ofrecido. De igual modo con aquellas personas que realizaron labores de militancia o tareas políticas. Tal fue el caso de la entrevista a Carlos Custer, titulada “El camino secreto de las cajas”, cuya preentrevista se realizó en un sindicato -lugar muy significativo en relación con su trayectoria política-, mientras que la entrevista se realizó en su domicilio, donde pudimos ver, entre otras cosas, algunas fotografías. Herrscher señala: “Pedirle a alguien que nos muestre

---

<sup>3</sup> “Una primera recomendación, tanto para las entrevistas que serán publicadas como tales como para las de recolección de información, es intentar que el encuentro se realice en un lugar significativo para el personaje. Primero porque al ver el ‘hábitat’ del personaje ya nos damos bastantes ideas sobre quién es, quién quiere ser y cómo quiere ser visto. Segundo, porque en esos lugares suceden cosas, entra y sale gente de su entorno y, sobre todo, podemos ver cómo interactúa con la gente de su entorno y cómo lo tratan ellos. Y tercero, porque de lo que vemos, oímos y hasta olemos podemos hacer preguntas que saquen al personaje de su discurso habitual y lo coloquen en contacto con las cosas y la gente que le son significativos.” (Herrscher, 2016, p.120).

fotos suele llevarlo a una dimensión de recuerdo y apertura emocional” (2016, p. 120).

Por otro lado, en el marco de nuestro taller y a partir del texto de Moreno, Elena Vinelli rescató un saber que fue esencial para nosotros: no hay entrevista que falle. Incluso cuando nos niegan una entrevista, eso nos sirve para formular hipótesis. Con respecto, precisamente, a las hipótesis que las entrevistas confirman o refutan, es fundamental el caso del diálogo con Carlos Custer, quien recientemente, había presentado su biografía titulada *Carlos Custer. Apuntes de una vida*, escrita por Marcelo Paredes. En la preentrevista, cuando nos focalizamos en los momentos de ocultamiento y destrucción de libros, le preguntamos a Carlos si esos episodios estaban en su biografía, que pronto leeríamos. No estaban. Esa instancia previa nos permitió confirmar nuestra hipótesis de partida del proyecto: un trabajo de gestión de la memoria y la posibilidad de testimoniar transforma lo que se cree secundario en algo relevante.<sup>4</sup>

Esta y otras entrevistas que realizamos nos enseñaron que las respuestas son siempre significativas, estén dentro o fuera de una suerte de catálogo de preguntas generales que, se supone, hay que hacer. La preentrevista entonces ya no es solamente un modo de conocer de antemano la historia personal del entrevistado para dar cuenta de un orden posible de preguntas. Es también un

---

<sup>4</sup>“Partimos entonces de la hipótesis de que la restitución discursiva, edición y circulación de las historias de vida, vinculadas con la experiencia del ocultamiento o destrucción de materiales culturales durante la dictadura, permitirá que el saber registrado salga del dominio de la insignificancia (Davallon, 1999, p. 25) y del olvido social” (Vinelli y Bartalini, 2020, p. 44).

espacio de observación sumamente rico para elaborar hipótesis posibles que guíen la escritura de estos perfiles, organizados -ante todo- por un hecho particular: “la escena primaria”.

## **La escena primaria**

Absorto ante el crepitar del fuego y el papel que se consume sobre la parrilla, un hombre se pregunta por qué hay algo de belleza en este acto de barbarie. ¿Cuál será el olor de ese asado? ¿Acaso las brasas tendrán otro color? ¿Otro fuego? ¿Otra incandescencia? Sola frente a la tierra movida de su jardín y con una pala en la mano, una mujer mira los ejemplares de bajo gramaje que componen su biblioteca, regada precozmente a fuerza de ahorro y constancia. Se pregunta cómo quedarán las hojas después del contacto de largo aliento con la humedad del suelo fértil. Sabe que no las va a recuperar. Estas y otras escenas nutren el imaginario de nuestro libro. Y muchas describen muy de cerca lo que podría haber sentido cualquiera de nuestros testimoniantes a la hora de esconder o destruir sus libros.

Si bien nuestra indagación abarca también la historia de vida y el modo en que cada entrevistado transitó la dictadura, gran parte de nuestras preguntas gira en torno a lo que hemos llamado “escena primaria”. Con este término nos referimos a la narración del momento en el que los testigos destruyen, queman, ocultan o utilizan alguna estrategia de desprendimiento de bibliografía, filmografía, discografía y/o documentos personales que puedan representar un peligro para ellos en el contexto del terrorismo de

Estado.<sup>5</sup> Las entrevistas que se incluyen en este volumen se organizan en torno a la escena primaria. Es esa escena la que guió gran parte de nuestras decisiones narrativas.

¿Por qué hablar de escena primaria? Estamos hablando de entrevistas orientadas hacia un recuerdo en particular, lo cual distingue nuestro corpus de otros acervos testimoniales. Esto no significa que toda la entrevista se reduzca al relato puntual de este *evento*, sino que, por el contrario, el evento rememorado se amplía hacia un relato de vida más extenso y también resignifica otras tramas vitales. Asimismo, observamos que la preentrevista ayuda en un proceso de sensibilización y rememoración en torno a un evento que en general se consideró secundario en relación a la magnitud de los crímenes de Lesa Humanidad, pero que se torna central en el marco de este proyecto. Es la escena primaria la que da origen a la entrevista y la que da pie a la rememoración y el relato. Esta escena se vuelve, entonces, una categoría de análisis, una estrategia metodológica y un fenómeno intrínseco a la entrevista testimonial orientada.

---

<sup>5</sup> “En todos los casos, hablamos de una percepción de peligrosidad metonímica extendida del objeto cultural (libros, pero también discos de música, revistas o periódicos) a la persona y viceversa. Esta perspectiva implica en la lógica de las fuerzas represivas la consideración de que la tenencia de un objeto ‘rojo’ contagia a la persona que lo porta y que la consecuencia es una impregnación del ‘mal’ que convierte a ese lector o lectora en un enemigo interno, tal la denominación de la propaganda dictatorial. A la inversa, los creadores y creadoras de los objetos culturales prohibidos por censura o por haber sido creados directamente en la clandestinidad (como sucedió con el periódico *Evita montonera*, por dar un ejemplo) traducen su peligrosidad a un mensaje semiótico factible de ser difundido y de rozar los cuerpos y las mentes de los oyentes y lectores, de modo tal que se produzca esa impregnación tan sensible para las lógicas totalitarias”. (Vinelli y Bartalini, 2020, pp. 39-40).

En nuestro primer testimonio, titulado “Dos. Entrevista a Isabel Vassallo”, Laura Kaplan retoma un episodio clave: la purga de la biblioteca del Colegio Nacional de San Isidro, donde trabajaba desde 1976. A través de comunicados y órdenes del Poder Ejecutivo y el Ministerio de Defensa, la escuela recibió la directiva de destruir los libros que podían ser considerados objeto de censura, pero también de detectar estudiantes y docentes “subversivos”. La imposición de ese rol implicó una gran contradicción para Isabel, que se debatía entre el rechazo a ejercer la censura y el sentido de pertenencia que la conducía a estar presente a pesar de todo. El dilema implicaba la obligación de enunciar criterios de exclusión de libros para realizar una censura que jamás hubiera elegido realizar. Esos criterios, que se desarrollan en el diálogo, ponen en evidencia el carácter político de la lectura. También se despliegan reflexiones sobre las pequeñas estrategias de resistencia que los docentes activaban para acatar las órdenes y, a la vez, salvaguardar de algún modo el mundo que no querían destruir. Hacer lo que no podían dejar de hacer tratando, en la medida de lo posible, de “serle fiel a los autores”. Kaplan desarrolla, entonces, un recurso que podría considerarse una reivindicación de las bibliotecas destruidas. Es el recurso de la lista. No es la lista de la censura, no es una lista de libros escondidos. Tampoco es una lista de bibliografía académica; es la lista de libros que tienen una relevancia y una significación en el relato de Isabel Vasallo. Es un rescate y a la vez, un homenaje.

En el momento de “emparedar” su biblioteca en una casa situada en las sierras de Córdoba, Res les dirige unas palabras a sus libros, imaginariamente humanizados: “Quédense acá, que en algún momento pueden servir de guía para alguien”. Allí

quedaron, escondidos en el cemento fresco de una pared recién levantada. Yael Tejero Yosovitch utiliza estas palabras para titular la entrevista, donde da relevancia al momento de evaluación del acontecimiento por parte del entrevistado: “Quemar un libro era el último recurso, algo que había que evitar, y al mismo tiempo, la situación imponía medidas extremas”. Esta es la contradicción que habitaban buena parte de nuestros testimoniantes. En todos los casos, hay una evaluación posterior a la escena primaria que es sumamente importante destacar porque construye una trama que trasciende la experiencia singular y comulga con lo colectivo. Es la evaluación la que permite, asimismo, enlazar la experiencia del entrevistado con su propia obra fotográfica, que da cuenta de una mirada de la historia argentina que se pretendía silenciar durante la dictadura: la del Viñas denunciante. En la entrevista, la escena primaria constituye el *incipit* del texto, a partir del cual se produce un *flashback* hacia el pasado (los inicios de Res en la educación pública y en su formación como fotógrafo).

En el texto “Con una pala de punta”, Elena Vinelli fragmenta la vida de Ciro Annicchiarico a través de breves apartados que dan cuenta del perfil del escritor, también abogado penalista, que escondió libros en su casa de Lomas de Zamora, donde a la sazón, recibe a los entrevistadores de UNAJ. Vinelli no escatima en deícticos a la hora de dar cuenta de este paralelismo; describe el mapa del pueblo que devino ciudad y en el que se halla la casa de su infancia, a la que nunca dejó: “*Allí* vivieron sus abuelos, *allí* cursó su niñez y juventud, *allí* hacía sus reuniones literarias y militantes, *allí* descansan sus bibliotecas -la enterrada y la nueva-, *allí* atiende hoy su estudio jurídico, *allí* vive su hijo,

*allí* se presta a testimoniar”<sup>6</sup>. Vinelli encuentra en este sistema de referencias un detalle revelador, un conjunto de señalamientos que conducen a la misma casa donde ocurrió todo.

Después de relatar una historia de militancia y lecturas, Ciro cuenta cómo enterró sus libros. Vinelli decide explicitar las dudas de Ciro: cree primero que fue en un aljibe donde los escondió. Luego, recuerda que, en realidad, se trató de una cisterna rellena de tierra: “Cavó en la parte blanda, echó los libros, tapó el pozo con tierra”. ¿Hasta dónde contar o no a la familia lo que se estaba haciendo? Vinelli da cuenta de las reflexiones y los temores de Ciro a través del discurso indirecto libre. La escena primaria se narra de manera concisa, práctica, como si esa brevedad del tiempo del relato diera cuenta también de un cierto ritmo en el tiempo de la historia. “Entonces yo, con una pala de punta que estaba en *ese sitio*, en un bajo-escalera lleno de herramientas, hice un pozo, cavé y la tierra se aflojó muchísimo, se fue hundiendo: se hizo un pozo de unos dos metros: *allí* fue donde tiré todo”. La tierra donde Ciro excava se hace lugar, devora, hunde, se perfora, deja entrar los libros y les da cobijo para siempre.

Muchos testimoniantes no recuerdan los títulos que escondieron o destruyeron. Quizás como mecanismo de defensa o como inevitable efecto del paso del tiempo. Pero Cuco, no. Cuco recuerda muchos títulos. Nos referimos a Guillermo “Cuco” Nández, cuya historia Andrea Quiroga relata en el texto titulado “El único héroe posible es el héroe colectivo”. Actualmente director

---

<sup>6</sup> El destacado es nuestro.

de Derechos Humanos en la Municipalidad de Florencio Varela y profesor de Problemas de Historia Argentina en UNAJ, Cuco tiene presente varios de los autores que ubica en su biblioteca pretérita: Kropotkin, Bakunin, Diego Abad de Santillán, Héctor Oesterheld. No son solo nombres ni ejemplares en un anaquel. Son algunas de las lecturas escondidas que Cuco narra, incluida aquella clase sobre “La balada del álamo Carolina”, de Haroldo Conti, que dictó en una escuela: “Recuerdo que cerraron las ventanas porque el aula daba a la calle”. También menciona los descubrimientos de nuevas lecturas: Jauretche, Santoro, Urondo, Hélder Câmara, entre otros. Cuco se refiere a la Iglesia como espacio de resistencia. El año 1977, en el que transcurre un duro momento familiar, resultó un punto de giro: “A partir de ahí, empecé a buscar lecturas alternativas, formas de leer; sospechaba que había libros prohibidos”.

Al leer la entrevista de Cuco, se tiene la impresión de que la escena primaria no se concentra en un momento determinado de su relato, sino que se manifiesta a lo largo de diversas microescenas de lecturas clandestinas, libros sustraídos de escondites ajenos o, incluso, mediante la publicación de documentos sensibles y necesarios. Tal es el caso de la impresión de cartillas del CELS con testimonios de desaparecidos en una imprenta Rotaprint, que se repartían al finalizar la ronda de las Madres en la plaza San Martín de Quilmes. De los espacios de escondite, Cuco cuenta que tomaba prestados ejemplares del atilillo de la sede del Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ). De ahí se llevó, por ejemplo, el libro *Caminos de liberación latinoamericana* de Enrique Dussel. También señala la librería de Quilmes, donde un amigo le consiguió un ejemplar de *Operación Masacre*, de Rodolfo

Walsh. Cuco ensaya una estrategia de ocultamiento “a la vista”, al modo de “La carta robada”, de Edgar Allan Poe: “Los libros estaban en su casa en un ropero, prolijamente escondidos. No era un lugar secreto”.

Quiroga trabaja con el formato de entrevista glosada, donde las intervenciones de Cuco, entrecomilladas, son breves y se encuentran fuertemente entrelazadas con la voz de la narradora. Por esa razón, decidimos dejar la palabra de Cuco entre comillas, evitando así la raya de diálogo, que produce un corte abrupto entre la voz de la narradora y el entrevistado (salvo cuando la autora quiere explicitar la alternancia de voces). Entendemos que esta hibridación supone una cercanía mayor entre las voces y perspectivas en juego y encontramos en esta estrategia un modo de respetar esa cercanía.

“Memorias en papel carbónico”, el diálogo con Silvia Mortillaro, tal vez sea uno de los casos más singulares que trabajamos en el taller. En una primera entrega, Iván Mantero Mortillaro propuso un texto más cercano al perfil o la entrevista glosada. Con las sucesivas lecturas del material desgrabado, identificamos una familiaridad particular que solo se evidencia en la dinámica pregunta-respuesta. Decidimos no perder ese ritmo y esa confianza entre ambos interlocutores y trabajar el texto respetando ese formato. En el taller leímos “La flor de fuego”, un texto donde Elena Poniatowska describe y entrevista a su amiga Leonora Carrington. A partir de esa lectura, Laura Kaplan señaló los modos de construir un perfil de alguien que es, para nosotros, profundamente familiar. Kaplan identificó una complicidad entre la entrevistadora y la entrevistada que pone en barbecho algunas enseñanzas de María Moreno: las mejores entrevistas son aquellas

donde no se conoce mucho sobre el entrevistado. En este caso es al revés: Poniatowska logra capitalizar esa familiaridad sin que eso obstruya la posibilidad de construir un perfil sincero de quien fuera su amiga. También recurre a la obra pictórica de Carrington, y a la descripción de los seres de los cuadros, a los orígenes irlandeses de Leonora y a la tradición de los pueblos originarios. Si los entrevistadores a veces buscan un motivo para construir un perfil del entrevistado, en Leonora ese motivo se estructura a partir de la religión, las cosmovisiones originarias y la fuerza de la naturaleza. Estos recursos permitieron pensar en nuestras entrevistas como tramas fuertemente enlazadas con determinadas líneas temáticas presentes en todo el relato: el arte fotográfico, la escritura de ficción, la militancia y, en el caso particular de “Memorias en papel carbónico”, con la historia social latinoamericana.

A través de un referente de la crónica como Gabriel García Márquez, aprendimos también el modo de incorporar el anecdotario previo a la entrevista. En “Obregón o la vocación desaforada”, el escritor colombiano parte de una historia que lo involucra a él y al entrevistado. Estos materiales externos al diálogo propiamente dicho son fundamentales en todos los textos, pero particularmente en “Memorias en papel carbónico”, donde Iván Mantero Mortillaro repone gran parte de la historia familiar. Esta proximidad era tan clara y valiosa en el texto que decidimos presentar el diálogo en formato pregunta-respuesta. Si en otros casos, la trama dialogal así estructurada podría suponer cierta distancia y formalidad, en este caso, es la forma perfecta para dejar entrever la potencia de la familiaridad ya implícita en la conversación. Es por eso que respetamos esa alternancia de voces,

apenas interrumpida por algunas referencias a la posición de la cámara, como una suerte de estrategia metatextual que podemos comparar con los prólogos de Javier Cercas en su libro de no ficción *Anatomía de un instante* (2009), donde describe el registro documental del intento de golpe de Estado ocurrido en España en 1981. Tomamos de esa fuente un trabajo de poetización del movimiento de la cámara, que habiendo podido eliminar de la transcripción de la entrevista, Iván decidió incorporar al texto. Hay otra razón por la cual este texto es singular: las modalidades de ocultamiento de libros y otros materiales. Vemos cómo un ejemplar titulado *Cacao* logra sortear la requisita policial en la visita a los presos políticos porque lo confunden con chocolate. El libro, en este caso, se esconde detrás del significante. Otra suerte corrió el traje de la milicia cubana, que Silvia Mortillaro decide no traer por miedo a los controles fronterizos.

Otra lectura insoslayable en nuestro taller fue el libro de no ficción *Voces de Chernóbil*, de Svetlana Alexievich. Leticia Otazúa, autora de “La casa de los libros. Entrevista a Nelly Jara”, señaló que Alexievich plantea su obra como si fuera una tragedia griega. Pero, a diferencia de este género, trae voces que fueron silenciadas: no tuvieron posibilidad de catarsis. Es por eso que plantea una postura de escucha psicoanalítica. En cuanto al trabajo de edición, aparecen muy pocas intervenciones entre paréntesis y pocas preguntas. Otro tipo de indicación frecuente marca el silencio del personaje: “calla”. Apenas hay una indicación que nos revela si el entrevistado solloza, murmura o hace silencio un largo rato. Esta estrategia convierte el texto en un diálogo conmovedor que logra un sutil equilibrio entre el presente y los distintos pasados. Alexievich trabaja con el silencio psicoanalítico; genera

el efecto de una intervención mínima que da lugar al despliegue de una narración muy ordenada; algo que está relacionado con una manera de escuchar. Todo esto nos condujo a la pregunta acerca de cuánto intervenir y cuándo respetar el silencio como herramienta para que se dispare una capa más profunda de reflexión del entrevistado.

La narradora que Otazúa construye en su texto genera un efecto de mínima intervención y de una edición solo donde sea estrictamente necesaria para evitar confusiones o ambigüedades. En este texto hay un trabajo sobre el dolor: al contar la historia de Nelly Jara y de la casa que se cimentó con los libros escondidos, la autora deja hablar a la entrevistada, escenifica su palabra y reduce su intervención a breves fragmentos que describen a Nelly y ofrecen un perfil. El recuerdo del ocultamiento de libros es muy prematuro en su vida; el hecho ocurrió cuando desapareció su tío, y su padre decidió tomar recaudos: escondió los libros en ladrillos huecos con los que estaba construyendo las plantas de arriba de la casa. Aunque todavía era una niña, para Nelly se trató de un recuerdo singular, posiblemente traumático, que quiso olvidar y no pudo.

El sitio donde se desarrolla la escena primaria se describe como un espacio cubierto de plantas y hierro que cubren todo lo que fue necesario esconder: no solo los libros, sino también documentos sensibles. Leticia echa luz sobre la importancia del gerundio en relación a los libros: “Fueron *desapareciendo* en distintas mudanzas que yo tuve, entonces algunos sí, anduvieron

conmigo *trajinando* y otros se quedaron”<sup>7</sup>, como si aquella escena primaria no terminara nunca, siguiera ocurriendo en un tiempo mítico, hasta el presente.

“El camino secreto de las cajas”, de Yael Tejero Yosovitch, anuncia, desde su título, un misterio irresuelto: cuál fue el recorrido de los libros de Carlos Custer durante la Dictadura. Grupos de libros (imprecisos) en un número de cajas (impreciso) con un itinerario (impreciso) que reaparecen (nadie sabe cómo) en un sindicato (no se sabe cuál) gracias a un llamado de *alguien*, que vale como *anónimo* en la entrevista. Destino incierto y nebuloso, en contraste con la figura pública y conocida de Carlos Custer, cuyos recorridos ligados a la militancia aparecen con detalle, además de un listado de libros que encontró y trasladó en sus viajes. Quizá algunos de estos textos fueron a parar a las cajas que escondió y aquí el camino se vuelve sinuoso y queda oculto para el entrevistado, sus entrevistadores y los lectores. Queda allí, como señal, como cifra de esos libros, *Carta a los obreros norteamericanos*, de Lenin, que se describe en el inicio, del cual se explora el paratexto exhaustivamente para fijar su origen (las dos ubicaciones posibles de la imprenta ya anuncian que quizá, hay pocas certezas): ese objeto arracima las diversas tensiones entre lo público y lo privado, lo (re)conocido y lo oculto. El abordaje lateral de la entrevista, al que se refirió Braceli a la hora de hablar de las preguntas, nos permitió en este caso pensar en otra manera de contar la historia, centrada esta vez en el camino -en parte real,

---

<sup>7</sup> El destacado es nuestro.

en parte imaginario- de un libro -objeto material- testigo de la vida de Carlos.

En Ituzaingó, Provincia de Buenos Aires, en el pozo que alguien cavó en el fondo de una casa, Lydia Helander y su familia enterraron libros de Trotsky y otros ejemplares políticos. Lydia recuerda el clima de aquella noche, la extrañeza y el miedo. Y recuerda también el valor simbólico que ya entonces atribuyó a la quema de libros. Pero de ese miedo también surgieron cosas positivas, por ejemplo, su llegada a Florencio Varela, que en la pluma de Andrea Quiroga y en la voz de de Lydia, representa un espacio de refugio y seguridad en medio del terrorismo de Estado. A pesar del miedo y a pesar de la censura, Lydia continuó con su empeño de enseñar a Cortázar, aunque estuviera prohibido. Toda esta experiencia, Lydia la convierte en poesía. Su poema “Eva”, con el que se cierra el texto, traza una historia del país, un hilo sutil que teje los recuerdos primigenios de la muerte de Eva Perón hasta el silencio y la censura de la última dictadura, pasando también por el golpe del 55. Insistamos en este detalle revelador: Lydia convierte sus libros quemados en poesía.

Aunque originalmente fuera una entrevista, el diálogo con Eugenia Cabral se convirtió en un relato autobiográfico enmarcado por la voz del entrevistador, Iván Mantero Mortillaro, quien escucha a Eugenia y se encuentra ante una cohesión narrativa imposible de interrumpir. En este relato, las quemas y escondites de libros están intrínsecamente ligados a grupos de arte político, redes de edición y poesía. Pero el detalle revelador, en este caso, no está relacionado con la censura ni con la destrucción de libros, sino con la sistematicidad del archivo. Eugenia describe con detalle la prolijidad del registro que los militares tenían en sus

oficinas del Comando del Tercer Cuerpo del Ejército: largas estanterías con libros de contabilidad donde los funcionarios, que conocían al dedillo cada tomo, encontraron fácilmente la fecha de la pronta liberación de su marido Daniel. Por eso, Eugenia afirma: “Yo, los archivos, los vi”. Nada más elocuente que este título, que denuncia la actual complicidad de aquellos que niegan información a la sociedad argentina y a las víctimas del terrorismo de Estado.

Apremiado y sin dilaciones, el 25 de marzo de 1976, Jorge Gusman esconde sus films en el jardín de una casa de Avellaneda. Son sus películas en Super 8, filmadas entre 1972 y 1974. Forman parte de este material las imágenes que 40 años después le permitirían contar una historia del peronismo jamás contada, en su documental “La lucha continúa” (2017). La escena primaria de destrucción del material fílmico se inserta en una enumeración de lo que Gusman filmó y lo que no filmó: “No filmó la quema de películas ni su inmersión en lavandina en marzo de 1976; sí la recuperación de los rollos enterrados”. La escena primaria, entonces, queda mediada por la filmación, que en esta oportunidad incluye la recuperación del material. El regreso temporario de Perón el 17 de noviembre de 1972, la asunción de Cámpora el 25 de mayo de 1973, el regreso definitivo del General ese mismo año: todo fue filmado por Gusman y todo es relatado desde su recuerdo de lo que pudo ver, alguna vez, a través del objetivo de la cámara. Pero ese material tuvo una historia antes de convertirse en una enumeración. Aquel marzo del 76, Jorge arranca su auto en Almagro. Lleva consigo todo el material fílmico que decidió rescatar de la lavandina y el fuego. Escondidos debajo de un montón de juguetes de su hijo de cuatro años, los

films cruzan el viejo Puente Pueyrredón hasta la casa de la abuela de Gusman en Avellaneda, donde había un pequeño patio. Envueltos en plástico, guardados en latas de dulce de leche, protegidos por la perdurabilidad del celuloide, los rollos descansan bajo tierra; pero los hechos que registran crecen y se estremecen en la memoria colectiva. Gusman entierra el material, en sentido literal y metafórico: entierra el recuerdo del material enterrado, hasta el punto tal que este emerge a través de sueños persecutorios. Recuperadas en 1984 mientras regresaban sus compañeros del exilio, las imágenes fueron proyectadas en más de una ocasión y constituyen un testimonio invaluable de la historia argentina.

Finalmente, la autoentrevista de Elena Vinelli, a la manera de la autoetnografía, nos propone un recorrido que explica la génesis de este libro. Relata sus recuerdos de la dictadura, de las requisas, de la censura en el ámbito escolar, del control y la vigilancia, de los amigos que ocultaron o destruyeron sus bibliotecas, de la recuperación democrática y los miedos que tardaron en irse: todo eso se convirtió en el proyecto *Voces de la Memoria*. Elena menciona a todos aquellos que colaboraron en las distintas etapas de la investigación. Y sobre todo, destaca la importancia de la evaluación que hace el entrevistado respecto de la escena de destrucción y ocultamiento de libros, discos, películas y otros materiales. Elena pensó en destruir su biblioteca, pero quizás por cierta “inconsciencia” del riesgo que corría, desistió. Hay, sin embargo, un episodio en el que logró evadir la censura, cuando un militar la inquirió por sus libros en medio de un viaje interurbano; el azaroso camuflaje del título *-El coronel no tiene quien le escriba-* le sugirió un contenido inocuo. Los testimonios se

cierran, entonces, con esta historia personal e íntima de Elena, muchas veces contada pero nunca antes escrita.

## **Conclusiones**

La mayor parte de los testimonios que integran este volumen toman la forma de entrevistas glosadas o perfiles biográficos. En ocasiones, se construye una primera persona (incluso un nosotros colectivo que representa al equipo que realizó la entrevista audiovisual). Otras veces predomina la tercera persona. Hay dos excepciones: el diálogo con Silvia Mortillaro se estructura en torno al formato de entrevista pregunta-respuesta, enmarcada por una suerte de prólogo y epílogo. Asimismo, también a través del relato enmarcado, se abre el espacio para que Eugenia Cabral narre en primera persona su propia historia. Tal como lo hiciera García Márquez en *Relato de un naufrago* (2017), la primera persona convierte la entrevista en crónica autobiográfica.

La escena primaria dispara el pensamiento y moviliza el dominio de lo afectivo. Riega, nutre, alimenta los campos semánticos a partir de los cuales volvemos a contar, una y otra vez, las experiencias de los testigos. Por eso decimos que la escena primaria es generadora de metáforas. Nos permite explorar analogías y demás tropos capaces de resignificar una y otra vez el mismo acontecimiento, tantas veces como lo permita el lenguaje.

La renombrada tesis sobre el cuento de Ricardo Piglia señala que un cuento siempre narra dos historias. “El arte del cuentista consiste en saber cifrar la historia 2 en los intersticios de la historia 1. Un relato visible esconde un relato secreto, narrado

de un modo elíptico y fragmentario” (2000, p. 106). Las historias de este libro, aunque factuales, también son susceptibles de una interpretación en clave cuentística. Algunas participan del policial o el terror; otras son sagas familiares, relatos que revisten de un trasfondo épico y que a la vez se sitúan en la cotidianidad ordinaria de la historia argentina en la que transcurren. Todos estos rasgos contradictorios habitan estas páginas, con historias que pueden ser leídas como los cuentos que lee Piglia: relatos donde se cifran dos historias: las personales y las colectivas, las de lo privado y lo público, las de la libertad y el encierro. En todas hay preguntas sin resolver, puntos ciegos inaccesibles, muchos de ellos velados por el carácter clandestino de la represión. Quizás como respuestas inagotables e insuficientes a esas preguntas sin resolver, nuestro libro propone una historia fragmentada de la destrucción de libros a través de los epígrafes. Estos crean un hilo narrativo que se puede leer en dos niveles: por un lado, de manera autónoma, como recortes de lectura que el equipo realizó mientras escribía este volumen; por otro, tejen y enmarcan los testimonios aquí compilados. La historia de la censura es parte, también, de la historia de la literatura y la cultura en general.

## Referencias bibliográficas

### Del texto

- Benedetti, M. (1977). Hombre preso que mira a su hijo. En *Poemas de otros*. Nueva Imagen.
- Benedetti, M. (1978). *La tregua*. Cátedra.
- Braceli, R. (2010). Prefacio. Hacia el descalzo (Azares conversados / ConversAcciones). En *Escritores descalzos (Entrevistas / Ensayo periodístico)*. Capital Intelectual. <http://www.rodolfobraceli.com.ar/escritores.html>.
- Bueno, M. y Taroncher, M. (2006). *Centro Editor de América Latina. Capítulos para una historia*. Siglo veintiuno.
- Bullentini, A. (9 de diciembre de 2021). ¿Quiénes eran los 12 de la Santa Cruz? *Página/12*. <https://www.pagina12.com.ar/388025-quienes-eran-los-12-de-la-santa-cruz>
- Calveiro, P. (1998). *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Colihue.
- Cercas, J. (2009). *Anatomía de un instante*. Barcelona: Mondadori.
- Freier, M. (2023). Desapariciones forzadas - Desapariciones. La experiencia argentina - Implicancias subjetivas. *Interdisciplina*, 11 (31), 93-120.
- García Márquez, G. (2017). *Relato de un naufragio*. Bogotá, Debolsillo.

- García Márquez, G. (1982). "Obregón o la vocación desafortada". *Los cuadernos de Arte*. [https://elpais.com/diario/1982/10/20/opinion/403916420\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1982/10/20/opinion/403916420_850215.html)
- Gerchunoff, A. (27 de agosto de 2016). Tapiamos la biblioteca en la dictadura; la "liberamos" treinta años después. *Clarín*.
- Helander, L. (2017). Eva. En *Digo sur*. Dock.
- Herrscher, R. (2016). *Periodismo narrativo. Cómo contar la realidad con las armas de la literatura*. Marea.
- Martínez, D. (9 de diciembre de 2007). La otra cara de la Iglesia. *Página/12*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-95949-2007-12-09.html>
- Orlandi, E. (2007). Silêncios e Resistência. Um estudo da Censura. En *As formas do silêncio. No movimento dos sentidos* (pp. 93-132). Unicamp.
- Paredes, M. (2019). *Carlos Custer: apuntes de una vida*. CTA Ediciones.
- Picoli, L. (2024). *La Ciudad Flagelada*. Encontrarnos.
- Piglia, R. (09 de septiembre de 2010). Conversando con Piglia. La casa de América de Madrid. <https://www.casamerica.es/conversando-con-piglia>.
- Piglia, R. (2000). Tesis sobre el cuento. En *Formas breves*. Anagrama, pp. 105-111.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Al Margen.
- Poniatowska, E. (2007). "La flor de fuego: Leonora Carrington 90 aniversario". En *La Jornada Semanal*, 4 de noviembre de 2007, N° 661. <https://www.jornada.com.mx/2007/11/04/sem-elena.html>.

- Quignard, P. (2023). *El hombre de las tres letras*. Cuenco del Plata.
- Rebossio, A. (29 de mayo de 2017). Bernardo y su Pascua en la Santa Cruz. *Pelota de Trapo*. Agencia de Noticias. <https://pelotadetrapo.org.ar/bernardo-y-su-pascua-en-la-santa-cruz/>
- Somoza, P. y Vinelli, E. (2011). Para una historia de *Los Libros*. En Revista *Los Libros* (V.1, prólogo, pp. 9-19). Ed. facsimilar Hector Schmucler. Biblioteca Nacional.
- Somoza, P. y Vinelli, E. (2006). Los protagonistas: conversación retrospectiva. En M. Bueno y M. Taroncher. *Centro Editor de América Latina. Capítulos para una historia* (pp. 279-323). Siglo veintiuno.
- Urondo, F. (2022). *La patria fusilada*, Fondo de Cultura Económica.
- Vilariño, A. y Vinelli, E. (2020). En determinado momento, enterré y desenterré libros... Entrevista a Horacio Tarcus. *Cuarenta Naipes. Revista de Cultura y Literatura*, (n° 2, pp. 113-130). Universidad Nacional de Mar del Plata. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/cuarentanaipes/issue/view/204/showToc>
- Vinelli, E. y Bartalini, C. (2020). Un pozo en la noche. A modo de introducción. *Everba. Revista de Estudios de la Cultura*. Enero de 2020, pp. 39- 48. <https://biblioarchivo.unaj.edu.ar/uploads/5ff3adf02eef7ecc60e0249d0142d06c9f89be6e.pdf>

### **De los separadores y epígrafes**

- Calamaro, A. (2000). P.N.S.U.R.H.Q.S.U.R (Recuerdo reloco) [Canción]. En *El Salmón (CD 2)*. Warner Music.

- Certeau, M. de (1996). *La invención de lo cotidiano 1. Artes del hacer*. Universidad Iberoamericana.
- Cervantes Saavedra, M. de (1990). *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Océano.
- Couto, M. (2024). *Trilogía de Mozambique*. Titivillus.
- Derrida, J. (2013). Archivo y borrador. En G. Goldchluk y M. Pené (Comps.), *Palabras de archivo*. (pp. 207-235). Editorial de la UNL.
- Didi-Huberman, G. (2004). *El archivo arde*. Trad. J. A. Ennis para uso de la cátedra de Filología Hispánica de la Universidad Nacional de La Plata. <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.4632/pm.4632.pdf>
- Gerchunoff, A. (27 de agosto de 2016). Tapiamos la biblioteca en la dictadura; la liberamos treinta años después. *Clarín*.
- Goethe, J. W. (1999). *Poesía y verdad*. Alba.
- Halac, G. (2017). Leer y escribir. En T. Alzogaray Vanella, G. Halac y A. Berti (2017). *La Biblioteca Roja. Brevísimas relaciones de la destrucción de libros* (pp. 65-75). DocumentA.
- Hrabal, B. (2023). *Una soledad demasiado ruidosa*. Galaxia Gutenberg.
- Liscano, C. (2007). Prefacio. En E. Fabbri, *Oblivion*. Fondo Editorial Casa de las Américas.
- Mastellone, G. (2015). *Antología fundamental inconclusa y el prólogo a los libros quemados*. Autoedición.
- Moreno, M. (2018). *Oración. Carta a Vicki y otras elegías políticas*. Penguin Random House.
- Piglia, R. (26 de febrero de 2016). Comunicación personal.
- Semprún, J. (1997). *La escritura o la vida*. Tusquets.

- Sneh, P. (2012). *Palabras para decirlo. Lenguaje y exterminio*.  
Paradiso.
- Quignard, P. (2023). *El hombre de las tres letras*. Cuenco del Plata.
- Tácito, C. (1979). *Anales*. Gredos.
- Urondo, F. (2022). *La patria fusilada*. Ediciones de Crisis.
- Vallejo, I. (2023). *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*. Penguin Random House.



## **Autoras y autores**

**Elena Vinelli** ha dirigido el proyecto de investigación “Voces de la memoria: archivo y testimonios de ocultamiento y destrucción de libros y otros objetos culturales en la última dictadura cívico militar” (IEI, PEL, UNAJ). Fue docente del Taller de Lectura y Escritura (UNAJ), de Introducción a los Estudios Literarios (UNLZ), de Introducción en el Análisis del Discurso (USAL) y de Semiótica de los Medios II (UBA). Es profesora en Letras y Magister en Análisis del Discurso.

**Yael Tejero Yosovitch** es Licenciada en Letras (UBA), doctoranda en Literatura (UBA) y Especialista en Periodismo Cultural (UNLP). Ha sido investigadora del proyecto “Voces de la memoria: archivo y testimonios de ocultamiento y destrucción de libros y otros objetos culturales en la última dictadura cívico militar” (UNAJ). Participa en diversos proyectos UNAJ y UBACyT. Es docente de Taller de Lectura y Escritura (UNAJ), de Teoría y Crítica Literaria I y II (UNLZ) y de Literaturas Hispanoamericanas en el ISP “Joaquín V. González”.

**Laura Kaplan** ha sido investigadora del proyecto “Voces de la memoria: archivo y testimonios de ocultamiento y destrucción de libros y otros objetos culturales en la última dictadura cívico

militar” (IEI-UNAJ) y de proyectos del programa “Malvinas, Patagonia y Atlántico Sur...” (PEMAP-UNAJ). Se desempeña como docente del Taller de Lectura y Escritura (UNAJ).

**Carolina Bartalini** ha codirigido el proyecto “Voces de la memoria” (UNAJ) y actualmente dirige “Archivo y memoria en América Latina: archivos vivos en prácticas, poéticas y escrituras contemporáneas” (UNAJ). Es profesora en Talleres de Lectura y Escritura (UNAJ), donde también coordina el Programa de Estudios Latinoamericanos (UNAJ). Dicta clases en Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y en posgrado en UNTREF. Es licenciada en Letras, magíster en Estudios Literarios Latinoamericanos y doctora en Teoría Comparada de las Artes.

**Andrea Quiroga** ha sido investigadora del proyecto “Voces de la memoria: archivo y testimonios de ocultamiento y destrucción de libros y otros objetos culturales en la última dictadura cívico militar” (UNAJ) y ha conformado los equipos de una serie de proyectos CyT en UNAJ, donde se desempeña como docente en TCL. Es profesora en Lengua y Literatura, especialista en Ciencias Sociales (FLACSO) y maestranda en Periodismo Narrativo (UNSAM).

**Iván Mantero Mortillaro** es licenciado en Comunicación Audiovisual. Ha sido investigador del proyecto “Voces de la memoria: archivo y testimonios de ocultamiento y destrucción de libros y otros objetos culturales en la última dictadura cívico militar” (UNAJ) y de “El cine que nos empodera: mapeo colectivo, antropología visual y ensayo sobre el cine comunitario del Gran

Buenos Aires y de Córdoba” (CONICET). Es profesor de en la cátedra Prácticas Culturales (UNAJ).

**Leticia Otazúa** es licenciada y profesora en Letras. Ha sido investigadora del proyecto “Voces de la memoria: archivo y testimonios de ocultamiento y destrucción de libros y otros objetos culturales en la última dictadura cívico militar” (UNAJ). Es escritora y narradora, Formadora de alfabetizadores en espacios no formales. Coordinadora de talleres de lectura y escritura creativa y es docente del Taller de Lectura y Escritura de la UNAJ.



Este libro reúne historias que fueron silenciadas durante la última dictadura cívico-militar en Argentina (1976-1983), cuando miles de personas escondieron o destruyeron libros, discos, documentos para protegerse de la represión.

El grupo de investigación *Voces de la Memoria*, de la Universidad Nacional Arturo Jauretche, recopila los testimonios de quienes vivieron la censura y el horror del terrorismo de estado. La puesta en palabras de vivencias ahogadas y olvidadas durante décadas compone su legado para las nuevas generaciones.

La mirada del lector recuperará las chispas de las fogatas de libros, los pozos cavados, los exilios, a través de unas páginas que rescatan las voces soterradas por el miedo y las reintegran al presente, revelando el poder de la resistencia cultural. *A resguardo* es también un homenaje a quienes se atrevieron a recordar, un arca de múltiples voces en las que resuena la historia de nuestro país.



Secretaría de  
**Investigación y  
Vinculación Tecnológica**

Dirección de  
**Gestión de la  
Investigación**

